

I. VAL DE UR

CRIMENES
LITERARIOS

CA

8

2035 U.de Oviedo. Biblioteca Universitaria

CRIMENES LITERARIOS

Y MERAS TENTATIVAS ESCRITURALES Y DELICTUOSAS

PERPETRADOS POR EL PROFESOR

D. Iscariotes Dal de Ur

Catedrático de

Paleografía, Criptología y Zoofonía

en la UNIVERSIDAD DE POLANES

Publicados, comentados y precedidos de una biografía del mismo

POR

RAFAEL URDEVAL

TELARAÑISTA

Su discípulo y albacea.



1908

TIPOGRAFIA URÍA HERMANOS

OVIEDO

CRÍMENES LITERARIOS

CRÍMENES LITERARIOS

Y MERAS TENTATIVAS ESCRITURALES Y DELICTUOSAS

MÁQUINA CEREBRAL.—DOGMAS ÉTICOS.—BANQUETE ANUAL.—ÁUREAS LAVAS.—LOS OJOS DEL AMOR.—
EL CUADRÚPEDO-DIOS

PERPETRADOS POR EL PROFESOR

D. Iscariotes Val de Ur

Catedrático de

Paleografía, Criptología y Zoophonía

en la UNIVERSIDAD DE POLANES

Publicados, comentados y precedidos de una biografía del mismo

POR

RAFAEL URDEVAL

TELARAÑISTA

Su discípulo y albacea.



1906

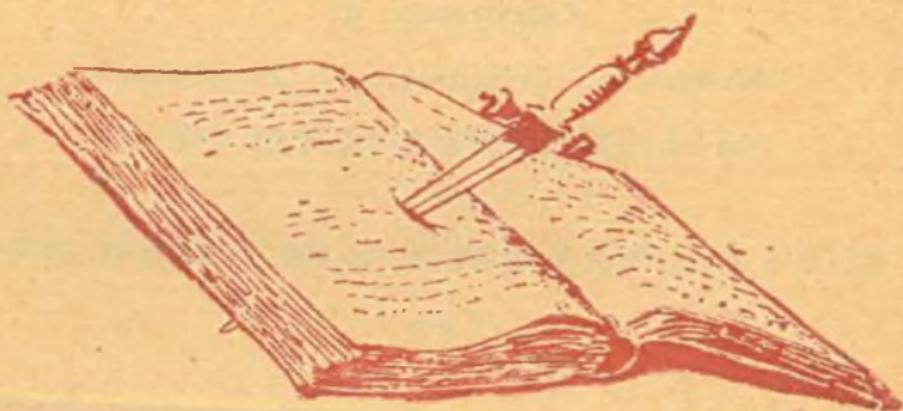
TIPOGRAFÍA URÍA HERMANOS

OVIEDO

R. 50.813

U.de Oviedo. Biblioteca Universitaria

SIGNVM SCELERIS



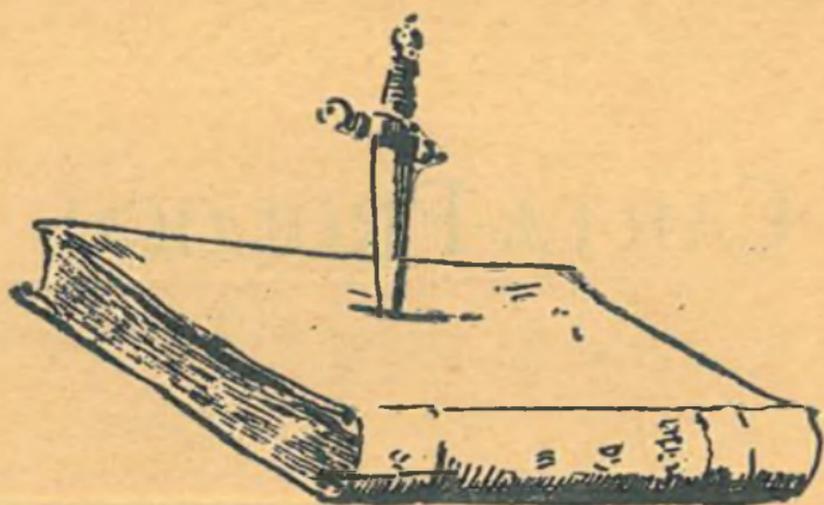
Es propiedad — Derechos reservados

*A mi docto y respetable amigo el
señor Marqués de Valero de Urría,
bachiller en Letras por la Sorbona, li-
cenciado en ambos derechos por la Sal-
manticense, traductor eximio de la di-
vina "Iliada" y despreciador indulgente
de la especie humana.*

Rafael Urdeval

Telarañista

CARTA-PRÓLOGO



CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Rafael Urdeval, telarañista.

OVIEDO.

Mi muy estimado amigo y compañero:

Ha tenido usted para conmigo la deferencia inmerecida y amable de dedicarme su libro CRÍMENES LITERARIOS, intitulado de este modo por razones que salen de mi competencia, y que íntegras dejo á la responsabilidad de su conspicuo representado don Iscariotes Val de Ur que así lo ha dispuesto; y en justa reciprocidad por su tan cortés procedimiento, sólo me pide usted una carta que á guisa de prefacio figure en las primeras páginas de su curioso volumen y predisponga

en su favor la indiferencia del público, cual untuoso jabón suaviza y reblandece los hispídos cañones de la barba sometida al filo rapador de la navaja; rogándole de paso me perdone esta comparación de la que sin pensar acabo de valerme, y parece plagiada en el inagotable repertorio que de ellas poseía el gran Paleógrafo, su maestro. Pero ella le demostrará también que he leído con atención y deleite su interesante obra, puesto que el estilo tiende á pegárseme, como esas armonías que oídas una vez, siguen repercutiendo por muchas horas en nuestro cerebro, y tengo por momentos que realizar verdadero esfuerzo de voluntad, para que el contagio—dispense la palabra y tómelala en buen sentido—no me conduzca á la inconsciente imitación de sus giros y períodos; advirtiéndole que otro tanto hubo de acontecer á algunos amigos míos que se enteraron de su manuscrito. Esto asimismo le probará que su libro reúne excelen-

tes dotes literarias; pues lo que tan suavemente se insinúa é incorpora en el ánimo de los lectores, crea usted que contiene prestantes condiciones de asimilación, que no son otra cosa sino amenidad en las ideas y elegancia en el decir.

Mas tornando á la honrosa misión que usted me ha confiado de ser su introductor en el alcazar de las bellas letras, mucho me temo que la venda de la amistad cegara su vista en el momento de dirigirme la petición. Pues, ¿qué influencia, ni qué hipnotismo, ni qué fascinación podrá ejercer sobre ese Argos de penetrantes ojos innumerables y despiadadas entrañas que es el público, un hombre como yo, tan sólo conocido en restricto é indulgente círculo de lectores y oyentes por algunas composiciones musicales de muy menor cuantía, pobres y pocos artículos aceptos por favor en amigables publicaciones, y una inédita traducción de la Iliada, llevada á cabo con menor ciencia que pacien-

cia, y mayores deseos de acertar en su obscura labor que de granjearse lauros presto marchitos al soplo devastador de la incuria y de la ignorancia?

Convendrále además saber, mi buen amigo, que soy adverso á toda clase de preámbulos y presentaciones de librería, como también lo soy de esos rótulos falaces que esculpidos en marmol ó en tabla pintados por artífices inmejorables al frente de una tienda, pueden sin embargo ocultar y más de una vez ocultan, desde la fachada, lamentable inopia en el interior y lóbrego desamparo. Mas en los casos editoriales, que son á los que ahora me refiero, parece que la hipocresía se agrava con ciertos requilorios especiales que la hacen más repulsiva; y he podido observar, sin que por ello tuviese que convertirme en lince, que cuando un autor novel acudía en demanda de prólogo á algún maestro—y conste que no va por mí tan egregio dictado—muchas cosas solían ocurrir ajenas al

arte hasta no más y envueltas todas ellas, por lo general, en los velos de bastardas conveniencias y en las negras hopalandas de la intriga, maternal encubridora de los talentos negativos —y conste que no va por usted tan triste calificación.

Puede suceder, claro está, que el trabajo de un primerizo sea bueno, como lo es el suyo; y entonces el padrino, á quien supongo honrado é imparcial, redacta el anhelado proemio con placer y convicción; pero este es el caso que menos suele presentarse, no tanto por falta de padrinos honrados como por sobra de perversos ahijados. Pues lo que sí acontece con una reiteración propia y característica tan sólo de la desgracia, es que la recién nacida lucubración, sin ser abominable y vitanda, adolezca no obstante de cuantas máculas y lacras sean necesarias para que se la considere como mala, en cuya circunstancia su progenitor impertinente, al mendigar las

glorias del preámbulo, se transforma en un verdugo que recuesta y tortura al presunto patrocinador sobre un verdadero lecho de Procusto; pues, ó el mísero solicitado se resiste á doblegarse á la pretensión y como consecuencia, á más de las molestias anejas á toda negativa, se crea un enemigo tanto más encarnizado y truculento cuanto que son menores los motivos; ó se presta á la exigencia movido ya sea por debilidad, ya sea por librarse de odiosas importunidades, ya también, con harta frecuencia, por hallarse enzarzado y preso entre las redes inextricables de compromisos amistosos ó familiares que de todo tienen menos de literarios, viéndose entonces colocado, al ceder, en una alternativa por demás desairada de estulticia ó mala fe profesional.

Pero también, en ciertas ocasiones de excepcional escasez, he visto al invocado paracleto, ó sea el aburrido presentador de juveniles impericias, salirse por la tangente con arte y suti-

leza; y entre mis recuerdos más facetos y jocundos, conservo el de un mozal-bete barbilindo y galán, pero desastrado escritor por mal de sus pecados y tan corto de alcances como largo de presunción, que habiendo suplicado á cierto estilista malicioso y renombrado que le pusiera unas letras recomendarias al frente de raquítrico y desme-drado engendro, las recabó de tal índole y naturaleza que más le valiera no haberlas conseguido; pues el pícaro del prologuista, abusando á una de su mordacidad ingeniosa y de la simpleza del prologado, confeccionó pasmosísimo proemio y dióle papilla al autor con tan fina traza y chistoso acierto, que todos conocieron la burla menos el mismo interesado, que á cada cual nos iba ostentando y ponderando con lamentable petulancia y obcecada vanidad sus propios dislates literarios y la pérvida gracia de aquel preámbulo socarrón, único tal vez en su género desde los tiempos de Guttenberg hasta

el día de hoy. Así, viéndose acosado por la insistencia temeraria de un indiscreto adolescente, logró vengarse y *quedar bien* un cierto amigo mío renombrado y malicioso.

De todo lo dicho puede inferirse, si usted no vé en ello inconveniente, que los tales preliminares y prefacios resultan en su mayoría vanos y ociosos, cuando no perjudiciales, tanto para quien los compone como para quien lo utiliza. Ni tampoco es razón que hagamos al público leyente tan lerdo y tan obtuso que le incapacitemos en absoluto para formarse juicio personal en achaque de escrituras, imponiéndole perpetuo é injurioso curador *ad librum* que le ayude á distinguir lo blanco de lo negro, y á la fuerza pretenda inculcarle sus propias opiniones.

No negaré, con todo, que al vulgo en general lo podamos considerar como un menor veleidoso y mal criado, ó si usted lo prefiere, como necio y mentecato, según axioma del gran Lope,

y muy digno de llevar, en ocasiones, la sarta de floridos atributos que con pródiga elocuencia le cuelga Mateo Alemán en los umbrales de su Guzmán de Alfarache. Pero también muy en cuenta hemos de tener que en materia de gusto, este mismo vulgo disfruta autonomía; y así como fuera fútil y risible empresa el pretender que, sólo porque se nos antoja, perciba un niño amargor en las golosinas ó dulzura en la coloquintida, asimismo resulta pueril, en asunto de letras, el intento de torcer el seguro instinto del público con grecas, guirnaldas y perifollos en la delantera de los libros; que si la obra fuere buena sobran los aditamentos, y si fuere mala, no hay prólogo ni perendengues que la puedan poner en salvo.

Sin embargo, guárdese, le ruego, de recelar con esto que yo le preste á regañadientes y rezongando el auxilio modestísimo de mi pluma, por usted pedido con un comedimiento que le

agradezco y una lisonja que rechazo. Pero tenga asimismo la evidencia que si sus CRÍMENES alcanzan el éxito que les deseo y preveo, cierto que no lo deberán á mi cooperación insignificante, sino única y exclusivamente á su propia originalidad que es mucha y delicada.

Es usted buen humorista, mi querido Urdeval; y bien se trasluce á leguas que ha bebido en fuentes tan límpidas y saludables como nuestros Clásicos picarescos, Rabelais, Voltaire, Quincey, Anatole France, Carlyle, Rudyard Kipling y otros autores escogidos y festivos cuyas obras, según propia confesión de usted, exornan inseparables la cabecera de su lecho y su mesa de trabajo, y son por usted hojeadas, conforme al precepto de Quinto Horacio Flacco, en diurno y nocturno manoseo.

Y muy en particular se me antoja que su celebérrimo Val de Ur procede en recta descendencia del famoso abate

Jerôme Coignard, preste negligente y relajado es dolorosamente cierto, pero delicia de las tabernas parisianas, consuelo de meretrices y prez de la erudición; así como tampoco fuera imposible que en las venas del gran Paleógrafo corriesen algunas gotas de la sangre de Baloo, el plantígrado pedagogo de las selvas vírgenes; ó del Profesor Herr Teufelsdrœckh, el insigne filósofo de la alfayatería; ó también quizás de Sir Thomas Graindorge el pensador yankee mercantil como un quintal de tasajo y mundano como un frac. Líbreme Dios, no obstante, de insinuar aquí que don Iscariotes naciese mancillado con estigma de hibridismo, bastardía ó abigarrada paternidad; sino que por lo contrario me complazco en concederle legítimo abolengo, que dejando á su individualidad la independencia más limpia y estimable, le hace solidario, sin embargo, de nobilísimo linaje.

Instruído por tales ejemplos y pre-

cedentes, maneja usted la ironía con agudeza y oportunidad; y sin llegar á la sabrosa, aunque á veces excesiva causticidad de los áticos, acierta usted á producir la risa en ocasiones, y siempre el entretenimiento, por cierta gravedad en el decir, que antitética se contrapone á la trivialidad de los perances por usted narrados, ó á la anomalía de los sucesos que nos expone.

Es este, á mi ver, uno de los manantiales más copiosos y cristalinos con que la sátira nos brinda; y usted ha sabido aprovecharlo con fortuna, pues no serán muchos en su trabajo los pasos donde no encontremos algo de proficuo al par que de recreativo y jocoso. Es cierto que también, en la tarea, vino á ayudarle con eficacia su inventiva fecunda y abundante, y no menos el ritmo cadencioso con que suele usted medir la expresión, cual músico escrupuloso y siempre atento á las oscilaciones del metrónomo.

Mas para que esta carta no se pro-

longue por demás, ni tampoco degenerare en apología de sus prendas literarias,—cosa que su modestia no habría de tolerar—permítame que, así como he ponderado las cualidades, pase ahora, por concluir, á indicar los defectos que por dicha son veniales, é hijos más bien de ciertas tendencias que en usted observo y me inquietan, que no productos de un hábito arraigado é incorregible.

Huya usted con prudencia y discernimiento de la rebusca exagerada é incisiva de rarezas y genialidades: que no dista mucho de caer en lo ridículo quien pretende ridiculizarlo todo y hace burla á cada paso; y si forzamos los resortes de la imaginación hasta los extremos del desquiciamiento ó de la completa rotura, corremos inminente peligro de pasar plaza de fatuos y extravagantes antes que de ingeniosos y discretos.

Tampoco, y muy á pesar mío, logra producirme todo el agrado que yo de-

seara, la crudeza un tanto repugnante de su *Banquete antropofágico*. Y menos aún puedo aprobar el cuento, número, ó capítulo de sus CRÍMENES denominado *Gemas eróticas*; porque las tales pedrerías más participan, á mi sentir, de la naturaleza del vidrio que de la valiosa esencia de zafiros ó rubíes aquilatados y verdaderos; ya que á pesar de las precauciones y salvedades de que usted se rodea con maña en el preámbulo, bien se echa de ver en el fondo transparente de su pensamiento, la desnudez de una lubricidad inexcusable y mal oculta (como no acentuada) por el ropaje modernista de un estilo difuso, amanerado y presuntuoso.

Cuide usted asimismo con esmero y diligencia de no emplear á roso y velloso, con una frecuencia rayana en abuso, esa cáfila de voces y palabras tomadas del latín, del griego, ó de otros idiomas menos respetables, y si á mano viene de su propia cosecha. Mire con atención y reflexione que el

mérito principal del que á escribir se dedica, es ser entendido claramente por los lectores, sin imponerles, á cada línea, penosísima solución de jeroglíficos y charadas de etimología, que lejos de acreditar erudición por parte del autor, revelan al contrario, cuando con exceso se repiten, inanidad insoportable y triste pedantería.

Y para librarse de esta inclinación que en usted todavía no llegó á vicio, como ninguna de las que le vengo señalando, tenga á bien concretarse á explotar, como lo hace en ocasiones, el rico venero de nuestro Diccionario, donde existen á profusión vocablos anticuados pero castellanos netos, que le vendrán de perlas y como anillo al dedo para echársela de neologista con arcáicas expensas, ya que usted no se aviene de buen grado á vaciar el metal de la frase en el molde de la normalidad.

Doy por seguro, mi buen amigo, que no habrá de llevar á mal estas

observaciones y consejos inspirados por la mucha solitud que me merece el innegable talento del que nos ofrece usted con este libro tan gallarda prueba; y que así como habrá recibido sin empacho ni rubor, porque son merecidos, los elogios que á su trabajo he dedicado, también acogerá sin acrimonia ó displicencia los francos y bien intencionados reparos de este su afectísimo amigo y compañero q. b. s. m.,

VALERO DE URRÍA.



TESTAMENTO

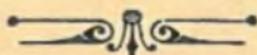
DE

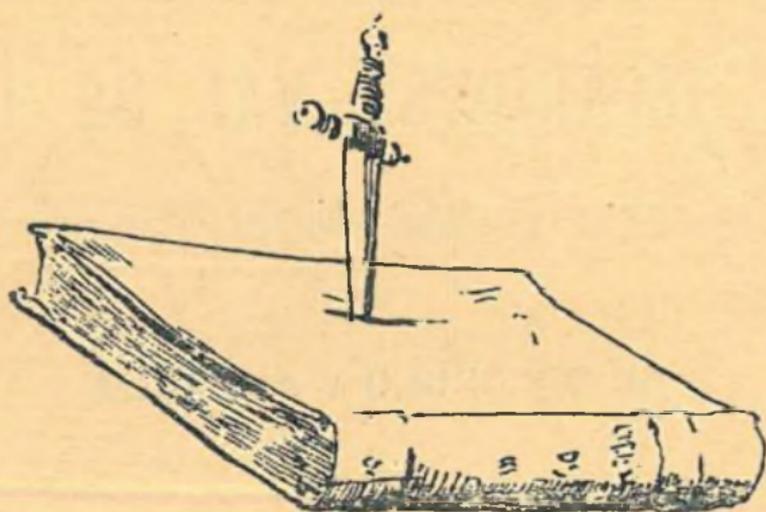
D. ISCARIOTES VAL DE UR

CON ALGUNAS ADVERTENCIAS

DE

SU DISCIPULO Y ALBACEA





TESTAMENTO

DE

D. ISCARIOTES VAL DE UR.

con algunas advertencias de su discípulo y albacea

I

Soy albacea y ejecutor de las últimas voluntades del que en este mundo fué mi amigo muy querido y maestro venerado el gran paleógrafo don Iscariotes Val de Ur, quien en su testamento me confiere tan honroso cargo, con las siguientes palabras exornadas de esa gravedad conceptuosa y elegante floridez que alternan á veces, y otras serpentean enlazadas en el estilo de aquel varón prestantísimo cuya muerte es para siempre lacrimosa y deplorable:

—Instituyo ejecutor de mis últimas voluntades al llamado Rafael Ur-

deval, telarañista, y mi discípulo que fué en ocasiones. Y esto lo hago, no porque me inspire especial cariño, ni tenga en su buena fe temeraria confianza, sino precisamente por cuanto las syllabas ¹ que componen su obscuro apellido son las mismas, invertidas, que figuran en el mío, cuyo esclarecimiento también, sea dicho de pasada, me tiene algo más que despreocupado, conforme después lo haré patente. Y asimismo le nombro porque es telarañista, esto es propagandista y adepto de una ciencia enmarañada y superfetativa, cuyas afinidades con mi predilecta Paleographía nadie podrá negar, si considera que consiste—descartando ya todo industrial desprestigio—en desenredar, contar y pesar los hilos y encajes arachnídeos contenidos en un espacio

¹ En toda la extensión del actual Testamento, he procurado respetar, en sus partes esenciales, la ortografía del Maestro; y para mayores detalles sobre tan interesante particular, ruego al lector se traslade amablemente al final de la Biografía, que á continuación publico, y en donde hallará conveniente refrigerio para sus dudas, si es que las tuviese. (*Nota del albacea*).

determinado, y en suputar, por añadidura, la cantidad de polvo, mosquitos, ácaros y piojillos presos en la urdimbre; después de lo cual todo telarañista deja demostrado con evidencia el candor de sus facultades, y su relativa competencia para cumplir instrucciones ajenas y postrimeras.

Advierto no obstante á Urdeval, que jamás le hubiese designado á él para representarme después de muerto, si me fuera dado encontrar algún perro, algún gato, ó cualquier otro apreciable tetrápodo que supiese leer, escribir y practicar, según humanas fórmulas, lo que en artes aritméticas se suele llamar las cuatro reglas; pues los Zoarios ¹ son siempre superiores á los hombres en general y á mi testamento en particular, ya que también son impecables, y entre ellos no existen literatos, ni borrachos, ni deicidas, ni proxenetas, ni casados, ni asesinos alevés; y dicha superioridad, aunque yo no la tuviese latamente evidencia-

¹ Nombre científico y respetuoso aplicado por el Maestro á los Animales. (*Nota del albacea*).

da en varias monographías convincentes, mi amigo Urdeval se sobraría para confirmarla por antítesis y contraste, con su conducta que algunos tachan de lasciva y disoluta, pero que yo me limito á calificar de poco ó ningunamente científica. Por lo tanto, quien compara á un Zoario con un individuo de nuestra especie, degrada al primero: no lo olvide D. Rafael.

Pero también es doctrina comunmente aceptada por los Zoófilos más eminentes, y profesada por mí como axiomática, que los repetidos Zoarios no encaminan sus aptitudes intelectuales por los mismos rumbos que nosotros; y que siempre, con tino exquisito y singular prudencia, acertaron á prescindir de ese convencionalismo curialesco y envilecente que hoy, en el momento de testar y elegir albacea, me fuerza á preterirlos. Por esto mismo, y á falta de algún probísimo can, ó gallo madrugador, ó sobrio dromedario, ó casto ornithorynco, es mi voluntad, que después de mi chapuz en el pozo de la eternidad, entre á hacer mis veces el hombre Urdeval; con lo cual le distingo y favorezco.

Encomiendo, pues, á mi albacea con especial empeño, que tan pronto como yo haya cerrado los respiraderos del olfato á las fetideces del mundo, y él se entere, proceda á registrar los cajones y los estantes de las que hoy todavía son mi mesa y mi bibliotheca; que se ocupe en reunir, ordenar, descifrar y copiar cuantos papeles, cartas y otros inéditos escritos míos pudiera colegir; y que los publique en uno ó varios cuerpos de libro, alhajados con un emblema ó simbólico signo que dejo á su elección perspicua,¹ y que estampado con arte en la portada y páginas divisorias, sugiera claramente á quien lo vea, conceptos de libricidio; otrosí, quiero que el título forzoso é ineludible de la publicación, sea el de CRÍMENES LITE-

¹ Penosa y ardua tarea fuera para mi modestia, el afirmar que anduve acertado en el cabal cumplimiento de este gráfico deseo de Val de Ur; así como también dolor y amargura me causara el no haber sabido corresponder, por ignorancia ó mal gusto, á la confianza en mí depositada. Así es que en este conflicto surgido entre mi humildad y mi buen deseo, fuerza me es guardar silencio, y

RARIOS, que paso á explicar seguidamente.

Jamás en vida, y por mucho que lo intentara, he logrado conseguir el apetecible total desprecio de los que me sonroja y avergüenza llamar mis semejantes; pues siempre vino á estorbarlo, con el fatal despotismo de lo inevitable, la endémica y radical estolidez humana, á quien por lo mismo considero incapaz de un dynamismo psyquico tan noble, enérgico y elevado como lo es el desprecio razonado y systemático. Mas después del óbito (si es que algode nosotros supermanece como en los Zoarios) me será grato realizar un último ensayo, y ver si al fin alcanzo omnímodo sarcasmo y universal vilipendio.

sólo al público le pertenece juzgar si el Libro traspasado por el Puñal, es trasunto fiel y estético de la voluntad de Don Iscariotes. Por lo demás, respondo de la pureza de mis intenciones, con libertad y placer tanto mayores, cuanto que la elegante viñeta de referencia es debida al lápiz siempre inspirado y feliz de mi buen amigo el laureado pintor Don José Uría y Uría, también discípulo de Val de Ur. (*Nota del albacea*).

Alguien no saltará que á orgullo y afectada hypérbole achaque este mi afán de ser escarnecido y este mi sentimiento por no haberlo sido hasta ahora según la mensura de mis deseos, pues ¿quién duda que en tan alto grado desdén y menosprecio significan tanto como gloria y nombradía? ¹ Pero los que así pensaren, á sus vicios innumerables y morales deformidades,

¹ Grave error cometería quien aquí supusiera que el Maestro confunde la gloria, que es el resultado emanativo de hechos heroicos, sublimes ó perfectos en su género, con la notoriedad, consecuencia de toda acción retumbante sea buena ó sea mala, y cuyos rasgos peculiares se encarnan á maravilla en la menguada figura de Erostrato, arquetipo de incendiarios y precursor de petroleros. Téngase muy en cuenta que en este pasaje Don Iscariotes, para ser mejor entendido, hace suyas, por un momento, las comunes ideas que reinan entre los hombres, á quienes, sépase bien, odiaba con reposada pero inflexible execración, por mucho que á veces sostuviese lo contrario; y en todo les atribuía las tendencias y vilezas que Rudyard Kepling, el gran zoófilo, coloca en el corazón de sus Bandar-Log. (*Nota del albacea*).

añaden la vaciedad de no conocerme, cosa que con lógica satisfacción jamás he ambicionado.

Por tales eficiencias, pues, y no por otras, es mi deseo que todas mis perpetraciones atramentosas que hasta la presente fecha guardaron severa clausura en el monástico recinto de mi despacho, sean expuestas á general infamia en la picota de la publicidad, con el epigráfico y antedicho cartel de CRÍMENES LITERARIOS; pues, si bien en substancia contienen abundantes elementos y principios de nutritiva confortación para quienquiera no se viese inficionado por la imbecilidad grotesca que á los *Ánthropos*¹ caracteriza, en cambio por lo que toca á las proporciones y armonías de la forma, pueden y deben ser consideradas como verdaderos desmanes y atentados contra el régimen, cánones y normas que gobiernan la sana pho-

¹ Apelación despectiva con que el Maestro solía designar á los hombres. (*Nota del albacea*).

nología, ya que me he visto precisado, para que se me comprenda, á valerme de broncas y deficientes palabras humanas, aglutinadas en inconexa conglomeración de frases y períodos; y á desechar pesaroso la majestad augusta ó el gracejo inimitable de los ladridos, rebuznos, graznidos, arrullos, cacareos y otros medios de expresión no menos perfectos é ingenuamente significativos que usan y practican los reyes legítimos y despojados de la creación, los Animales venerables. Y esto lo digo sin que sea mi ánimo ofender excesivamente á la especie humana, á quien por forzosa desdicha no por obra de mi voluntad pertenezco, y hacia la cual experimento sentimientos profundamente contemptorios, es muy cierto, pero en modo alguno solicitudes de odio y detestación.

En tal virtud, mis CRÍMENES contribuirán, espero, con eficacia lisonjera y justa reciprocación, á granjearme *post mortem*, sino la unánime reprobación de la humanidad—pues esto propasara con grandeza poco probable los confines y aledaños de mis esperanzas más gratas—al menos la de

muchos de mis congéneres, acaso de los más ilustres según la vulgar acepción de este epíteto, quedando compensadas de este modo placentero, las deficiencias del número con las excelencias de la calidad.

Después de lo dicho, supongo á mi testamentario sobradamente impuesto de mis ideales y aspiraciones de ultratumba; y considero que no vacilará en el cumplimiento de mis instrucciones, retrayéndose por unos días de sus cómputos telarañosos, y reflexionando, por si alguna hesitación le quedase, que la verdadera grandeza, hermosura y disculpa de todo crimen artístico, literario, ó simplemente latrocinario ó cruento (conservando al substantivo crimen ese puro aroma de nequicia, encanto de audiencias y tribunales) consiste en su ejemplaridad.

Y con efecto ¿quién dudará que si cada hombre tuviese al lado en íntima y perenne compañía á un asesino, que para conquistar el almuerzo cotidiano ó la cotinocturna cena, debiera ejercer sus funciones profesionales con

isocrónica periodicidad, ¹ presto se vería nuestra raza entera convertida en un conjunto de nulidades incapaces de toda iniciativa sanguinaria, no porque renunciase á sus naturales instintos, sino vencida y cohibida por la repulsión y el terror efectos de nuestra actual ignavia y degradación?

Pero también pudiera ocurrir, sin salirnos de los límites del anterior supuesto, que cada hombre remontándose por lo contrario á la era de su atávica y pristina inocencia, y subyugado por el ejemplo, se ciñese á la imitación de su consocio inseparable; en cuyo caso el mundo todo, con homogeneidad perfecta y universal concordancia, se vería poblado de ho-

¹ En este ejemplo mi digno Maestro se ve precisado á enfocar, como antes, y á graduar el objetivo de su dialéctica, según las exigentes parvedades del convencionalismo vigente; pues bien se verá después, v. gr. en el *Banquete anual* publicado en este tomo, que Val de Ur consideraba el homicidio como lícito en general, cuando el ó los matadores invocaban razones de alimentación, y gástrico aprovechamiento de la víctima. (*Nota del albacea*).

micidas sin malicia; y nadie habría ya que los censurase, castigase, ni reparase en ellos tan siquiera; produciéndose en la tierra una regresión feliz á la edad de oro, la cual no conocía venganzas sociales abominables, ni injustificables atropellos individuales, ni aspavientos gesticulatorios y clamorosos ante la muerte necesaria de los inútiles; sino lisa y llanamente la satisfacción fisiológica y expansiva de las naturales apetencias, como á nuestros jefes los Zoarios les acontece, quienes gustan de suprimirse unos á otros con selecta parsimonia y consiguen de este modo, no la extinción y anonadamiento de las especies, sino su cathártica purificación.

De toda suerte quede sentado para mi albacea y para mí, que la evolución criminosa—ya sea retrogradando hacia las fuentes de toda perversidad que son las leyes y la moral que las informa; ya sea progresando á un estado de latitudinarismo colectivo, quien á su vez no sería sino la realización de una tendencia innata pero atrophiada hoy hacia las animales y primordiales preeminencias—revesti-

ría en ambos casos todos los caracteres distintivos de la ejemplaridad más absoluta.

Pues bien, y si *parva licet componere magnis*, confío en que mis escritos flagiciosos no constituirán una excepción aislada ni un caso de teratología único dentro de la robusta y pululante familia de las empresas facinerosas, y que en consecuencia—reservando siempre el objeto inmediato que persigo y es el póstumo desprecio de mi memoria—podré alcanzar con ellos cualquiera de los dos fines ejemplares y recomendables antes indicados, y que son para mí indiferentemente seductores.¹

¹ Es posible que en toda la argumentación anterior, á juicio de algunos, la tuerca expositiva de Val de Ur se pasara de la rosca trazada por la claridad en el acerado tornillo de todo raciocinio. Saturado, como lo estoy, é imbuído, por mi posición de alumno predilecto que fuí del malogrado Profesor, en todos sus principios filosóficos, y concedor también de los sustentáculos en que los apoyaba, me atrevo á intercalar aquí este escolio humildísimo, que es, á mi sentir, como querer dar luz al sol ó echar agua en el mar, pero

Nada tengo que añadir acerca del particular á mi convencional amigo, discípulo y albacea Don Rafael Urdeval, telarañista. Tan sólo me resta encargarle, modulando á una tonalidad de ideas totalmente diferentes—un músico diría: pasando de bemoles á sostenidos por enarmónico procedimiento—que deposite en discreto é inviolable refugio, cuantas fichas monetarias y banquísticos crematismos

que acaso me agradecerán ciertos espíritus enemigos de toda fluctuación dudosa. Val de Ur, consecuente con su doctrina mil veces predicada por él con elocuencia y persuasión, comienza por afirmar aquí que todo crimen es ejemplar, y eficaz por lo tanto, de dos maneras: una negativa y positiva la otra. La primera, con el horror que el hecho puede infiltrar entre los que lo presencian ó sepan de él, tiende á suprimir los actos análogos por *aversión*; en tanto que la segunda, por la iteración frecuente y continuada de los mismos actos, propende á debilitarlos primero y á extirparlos después por aniquilamiento consuetudinario; los crímenes en esta última hipótesis irían perdiendo en intensidad todo lo que ganasen en extensión, hasta que al fin se disolviesen y pudiesen dentro de los limbos de la insignificancia, esto es por *extenuación consuntiva*.

pudiere encontrar en el cofre sandalino que embalsama mi escritorio; y que concentre todos sus esfuerzos, aunándolos con toda la agudeza de que fuera capaz su inteligencia por desgracia rudimentaria, en no solventar mis deudas, cuya multitud sospecho y con evidencia se me trasluce, tanto por la hormigueante profusión de facturas, extractos, cuentas y memorandums, tristemente soeces y

Así nos exponía su teoría Don Iscariotes. Pero siempre he recelado que en las manidas latebrosas de su *ejemplaridad positiva* morase el tácito deseo de ver á la humanidad destruirse á sí misma con mutuos y suficientes atentados. Hechas estas aclaraciones, resulta obvio aplicar con limpidez la consecuercia á los CRÍMENES LITERARIOS del Maestro; máxime teniendo en cuenta el aborrecimiento profundo que pretendía sentir por toda obra de pluma con vistas al arte; y en el caso presente la intención de Val de Ur, no es otra sino contribuir con su *criminal* ejemplo á la ruína y destrucción de la literatura humana, (pues otra cosa fuera si se tratara de los Zoarios), ora por aversión, ora por consunción; según he dicho antes. Mas séame lícito agregar aquí, que jamás he podido encontrar razones bastantes de credibilidad, en las especu-

groseros que recibo diariamente, y hasta perturban los santos momentos que natura nos concede para las languideces del concubio ó las urgencias de la mesa; como también por el desfile interminable y pestilente de gentes inurbanas que desdoran con sus ascensiones la limpieza de mi escalera, al par que con sus voces imposibilitan mi trabajo, y quebrantan el armis-

laciones sobre las que el gran Paleógrafo basaba su pretendida repugnancia y enemiga á las bellas letras. Y en cuanto á ese desprecio total y póstumo que, según dice, anhela inspirar á la humanidad, séame también permitido husmear en él, más que sinceridad y paladina franqueza, cierto prurito y comezón de singularizarse, con sus puntas y ribetes de orgullo y vanidad. Huya de mí, sin embargo, el propósito de faltar en lo más mínimo con estas apreciaciones, acaso erróneas y temerarias, al respeto que me inspira la memoria de Val de Ur, ni de dar por cierto lo que tal vez no sean sino vanas conjeturas: *ægri somnia vana*; pues es bien noto que nadie más ofuscado, injusto, ni despiadado que el discípulo cuando se cree con derecho á enmendar la plana á quien le enseña; por lo cual nació el refrán sanguinario y asesina sentencia de: *Al maestro cuchillada*. (*Nota del albacea*).

ticio reparador que para mí se encarna en el sueño de mi patrona; y asimismo por el enjambre de rostros, actitudes y semblantes que plácidos y amenos cuando no me divisan, se convierten en carantamaulas y ostentan de súbito inequívocas señales de destemplada iracundez, si me topan por las calles ó durante los hygiénicos esparcimientos de la deambulaci6n vespertina; todo lo cual no deja de serme amargo y enfadoso, supuestas mi natural cortesía y espontánea benevolencia.

Mas no llegue á figurarse mi testamentario, que sea el cebo de ultraterráquea y ruín venganza, ni el aguij6n de rencores bestialmente humanos, ni tampoco las seducciones de una bancarrota caprichosa y macabra, lo que en estos momentos de expectorar el alma me induce á hacer tabla rasa en mi cerebro, y á borrar de mis células mnemónicas, los rótulos onomásticos de quienes ha tiempo me persiguen y acosan con saña tanto más injustificada, cuanto más exhaustos se deslizan los arroyuelos de mi pecunia; y á quienes, con colectivo é infamante anonymato,

consiento en llamar mis acreedores.

Más elevados son mis móviles, señor telarañista; y á esta hora suprema, sólo me animan razones de imparcial serenidad y desapasionada justicia, que tan alto se ciernen en las próceras excelcitudes de mi conciencia, como viscosas y rastreras trepan y rebullen por los abismos inferiores de la concupiscencia más inmunda, las protervas exigencias de aquellos philargyros.¹

Pues si usted se aviene á apretar conmigo las tenazas de un dilema que no habrá de causar exagerada fatiga al raquitismo de sus facultades, verá

¹ Este helénico vocablo significa propiamente *amigo de la plata, del dinero*; pero debe ser tomado en el sentido más denigrante de *usurero*. De este ejemplo puede deducirse que los eruditos, cuando exteriorizan su indignación con palabras, suelen ser más temibles que los que yacen en las tinieblas de la ignorancia ó en la penumbra crepuscular de una instrucción anemiada; pues para dar vida y matíz á los sentimientos que el enfado les sugiere, disponen de profuso caudal de voces apropiadas y tomadas en distintos idiomas; teniendo además la ventaja inapreciable de conservar el debido decoro en la expresión, siempre nítida y mesurada. (*Nota del albacea*).

cómo esos seres hostigantes y parasitarios que intentan exacerbar las fibras de mi quietud con su injuriosa tenacidad de dípteros punzadores, ó fingen pretendidos créditos, nada me han entregado jamás, y abusan con engañoso artificio de los medios y aptitudes que el egoismo bien entendido nos tiene otorgados para el culto y fomento del medro individual; ó bien en un raptó de culpable obcecación, han dispuesto en mi favor de lo que no era suyo; y en ambas alternativas nada les debo ni les he debido nunca, sino que desde el fondo de mi agonía, con el último de mis estertores, los cito y emplazo para que en el primer caso desistan pesados y contritos de sus propósitos viles, ó que en el segundo aduzcan sus derechos á poseer aquello que me prestaron ó dicen haberlo hecho, y restituyan, antes de exasperar á un moribundo ¹ con

¹ Queda con todo esto irrefutablemente demostrado que Val de Ur otorgó testamento *in artículo mortis*; y nada más admirable que la sencillez gallarda y conmovedora elocuencia con que el Maestro, aun postrado por los rigores del trance, desmenuza y pulveriza la

sacrílegas impertinencias, lo que deben ellos mismos á la estulticia de sus iguales.

Tenga presente, pues, el ejecutor de mis cadavéricas voliciones, que quien presta tiene; y quien tiene, poca ó ninguna vez se halla exento del

endiosada soberbia de sus acreedores, á una que gratuitamente se constituye en firme baluarte de los infelices acaso despojados por los mismos; y todo ello con un leve capirotazo, digámoslo así, de su inteligencia poderosa; clamando á la chusma farisaica y sedienta que enturbiaba las límpidas ondas de su filosofía: «¡O intentáis robarme á mí, ó habeis hurtado á los demás!» He de declarar, sin embargo, por respeto á la verdad, que aquella caterva de logreros inverecundos y rebeldes á toda evidencia lógica, no renunció á sus pretensiones, como cualquiera pudiera imaginarse, después de la defensa brillante empleada por Don Iscariotes; pues aun ahora se obstina en perseguirme como albacea, aunque con pujanza atenuada por la imposibilidad de cobrar, debida á mi voluntad inquebrantable de no rendirme á sus asaltos. ¡Fuerzas aun mayores me diera la convicción de que cumpla con mi resistencia una misión sagrada! (*Nota del albacea*).

afrentoso estigma que siempre acompaña á los devotos y secuaces del nefando monopolio; y que sólo mediante lustración purificadora, y previa devolución de sus bienes mancillados y polutos por iniciales usurpaciones, podrán exigir de mí lo que á ellos, por ventura, no les pertenece.

Mas en este momento siento que dulcísima ironía sucede en mi alma á la acritud de la indignación, y refrescante céphyro de hilaridad viene á orear mi frente sudorosa y contraída por los esfuerzos del raciocinio y las angustias del malestar propio de todo ser expirante, al considerar el error píceo en que se enviscan y la decepción que sufrirán los abyectos numularios que me acechan, cuando quieran dar á su voracidad el pábulo de mis despojos, y se convenzan de mi penuria artificiosa reivindicante y previsoras.

Pero por ningún concepto debe nadie darse á creer que mi jocosidad, en este caso, pueda responder á reprehensible expansión de fúnebre chanza y sepulcral rechifla, hacia unas gentes harto disculpadas con sus propias de-

ficiencias cerebrales; pues las irradiaciones de mi desdén festivo aunque mortuorio, no van dirigidas á los que en séquito de rutinarios hábitos calificaré de personas, sino á meros entes de razón ó sinrazón y á puras ó, mejor dicho, impuras abstracciones, que son las pasiones y arrebatos que caricaturizan á la humanidad.

En cuanto á mi testamentario don Rafael Urdeval, telarañista, y mi discípulo que fué en ocasiones, no cuente con estipendio, manda ó remuneración alguna por el trabajo que le impongo de publicar mis papeles, y la lucha que habrá de sostener contra judiegas invasiones; pues si bien le entrego mi arca exhaladora de lígneos y orientales esfluvios y no del todo huérfana de áureas vulgaridades, no le concedo empero derecho alguno para que se distraiga, convirtiendo su contenido en integración posesiva de su personalidad. Sin embargo, desde la gloriosa cumbre en que será mi delicia transubstanciarme y confundirme con las supervivencias eviternas de los Zoarios, sabré ser indulgente con él, si invenciblemente sucumbe á las fla-

quezas y tentaciones que arrastran á los hombres. ¹

Ahora doy al cálamo la manumisión, y me despego de la vida.

II

Así terminan las disposiciones de don Iscariotes Val de Ur, relativas á mi gestión de albacea; y me abstengo de comunicar al público las demás, no porque carezcan de interés—pues lo tienen y muy intenso hasta los menores vestigios de la estela y paso por este mundo de los grandes hombres,—sino porque religioso pudor me veda

¹ Quienquiera conozca mi honradez y absoluta adhesión á los dogmas y disciplina sustentados por mi buen Maestro, jamás podrá remusgar que mi empeño y tesón en no pagar á sus acreedores, pudiera estribar en otra cosa que en el propósito de llevar á bien sus propias instrucciones. (*Nota del albacea*).

franquear al acceso profanador de las turbas los más íntimos y santos penetrales de ese espíritu primoroso, que sólo á mi indignidad tuvo á bien abrir sus criptas é hipogeos. Y aquí también, de consiguiente, pensaba yo sin otra introducción, iniciar mis tareas de albacea publicador, dejándome de empañar por más tiempo aquel espejo de testamentos con el hálito trasnochado de mis insulseces y trivialidades.

Pero amigos cuya hipocresía y falacia no me constan, admiradores también de mi Maestro, acudieron á instarme para que por vía de prolelegómenos, agregase en este volumen datos y pormenores relativos á la vida y persona del insigne Profesor, así como también algunas consideraciones vendimiadas en mi propia viña; y al hacerlo, se fundaban en razones para mí tan laudatorias, que en silencio las embozo para que no se me ponga inmerecida tilde de vanidad y presun-

ción, pero que me obligan á complacerlos.

Por lo cual, cada uno de los escritos del difunto Val de Ur comprendidos en esta colección, irá precedido de un breve preámbulo debido á mi tosca pluma y que llamaré «*premeditación,*» tanto porque será, con efecto, á manera de meditación preliminar ó pequeña plática encaminada á comentar ó aclarar el correspondiente trabajo del Maestro; como por antojárseme que dicho nombre, exhalador de un vaho carcelario tan pronunciado, cuadra excelentemente y se aviene á maravilla con la rúbrica de «*Crímenes*» impuesta por el autor, á esta publicación.

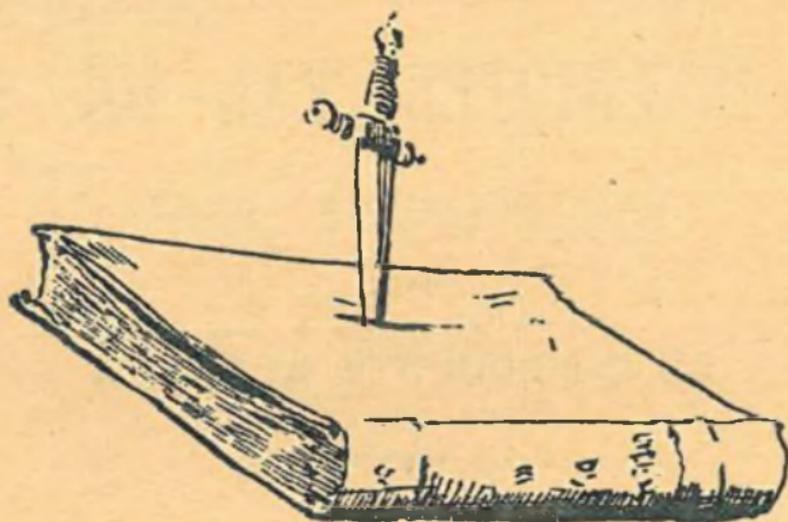
Y por idéntico motivo, paso ahora á trazar, no la crónica completa y minuciosas efemérides de aquella existencia magna—cima inaccesible á los intentos de mi flaqueza—sino sucinto y compendioso resumen de los acontecimientos más notables que la iluminan, á modo de faros que diseminados en

las costas, no bastan, es muy cierto, á descubrirnos las riquezas y tesoros del subsuelo, y sin embargo son suficientes, abarcados en conjunto, para darnos idea del geográfico diseño de dilatado imperio.



BIOGRAFÍA
DE
D. ISCARIOTES VAL DE UR
DILIGENTEMENTE ESCRITA
POR
SU DISCIPULO Y ALBACEA

—*noen*—



BIOGRAFÍA

DE

DON ISCARIOTES VAL DE UR

diligentemente escrita por su discípulo y albacea

I

El perínclito sabio D. Leviatán, Sardanápalo, Iscariotes Val de Ur, nació en Nápoles el 18 de Junio de 1840, cuando por el espacio ilimitado vibraban sonoras y campanudas las nocturnas ondulaciones de las doce.

Y esto lo hizo (al acto de nacer me refiero, que fué el primero y muy principal de su vida) de unos progenitores cuya prosapia no podía ser más clara; pues su padre Don Alcolino, oriundo de Grecia, descendía del ingente Minotauro, si he de dar crédito á las propias atestaciones de mi Maestro;

y su madre Doña Liviana, romana y transteverina de cuerpo entero, contaba, por mitológico cruzamiento, entre sus antecesores más remotos y lustrosos, á la Cerda famosa cuya blanca presencia reveló á Eneas el emplazamiento de Alba la Longa. Escasas serán, pues, las familias, aun las más linajudas, que en antigüedad de estirpe y limpieza de sangre, puedan establecer con la de Val de Ur victoriosa competición.

Pero por desdicha, la divinidad parsimoniosa á cuyo impulso gira el mundo cual voluble peonza á manos de un gigante, no acostumbra depararnos á un tiempo todos sus dones y favores; y de tanta verdad nos ofrece nuevo é infausto ejemplo la casa de mi biografiado, entre cuyas decrepitas paredes, al par que timbres y blasones, también se aposentaban sombrío despecuniamiento y tétrica lacería. Tal, por las ruínas majestuosas de algún helénico templo, anidan los murciélagos y rondan las alimañas.

Y es fama, que á tal extremo rayaban en aquel hogar las injurias de la indigencia, que Don Alcolino apenas

si conseguía conquistar los macarroni de cada día con su profesión, la cual no era otra sino rehabilitar con su honrada lezna todo calzado prostituído por los excesos del uso; al paso que su esposa Doña Liviana, se dedicaba por las *trattorias* y hosterías parthenopéas, á componer con aromoso queso pastas alimenticias de succulencia diversa; y como el lucro que retirase de los cazos y torteras no le bastara tampoco á ella para remediarse con el debido decoro, solía con repetido sacrificio de su persona, requerir algún alivio y oportuno suplemento, en el amoroso tesoro que á trueque de monetaria devolución, tenía siempre abierto al buen talante de sus favorecedores; no movida por las avideces y cogitaciones de una venalidad vituperable, sino espoleada por el acicate de la necesidad, y no menos por la idiosincrasia de su temperamento que todo era cariño y dulcedumbre.

Nada he podido averiguar con satisfactoria certeza tocante á los primeros infantiles años de Val de Ur; pero es presumible que corriesen como los de cualquier otro bambino de su cla-

se, travieso y menesteroso; y que el joven Iscariotes pasara la existencia, ora deslizandó la gracilidad de sus falanges en las húmedas oquedades de sus fosas nasales; ora mascando á dos carrillos, por no tener mayor número de ellos, cualquier cochambre pringosa y nociva; acaso desdorando la integridad de sus calzones con alvinas despreocupaciones; y quizá también tendido en las losas de algùn muelle, durmiendo á pierna suelta, ya que no le obligaban á encogerla los réumas, ciáticas, perlesías y otras incumbencias tendinosas, enemigas de los músculos, é impropias de tan tierna edad.

Mas por modo fidedigno me consta, que cuando los pubescentes esfluvios de la adolescencia se espaciaban por el tercer lustro de su vida, Val de Ur, con cruel dilaceración, se vió súbita y simultáneamente privado del amparo combinado de ambos artífices ¹ que hubiesen colaborado en la

¹ Mi profundo respeto por todo lo que al Maestro se refiere, y no menos multitud de indicios eficazmente probatorios me obligan á admitir como indiscutible esta dualidad

confección de su persona; pues el uno falleció encarcavinado por las emanaciones exageradamente fatigosas de una bota de *bersagliere* á la que prestaba á la sazón los auxilios de su pericia ²; y la otra, sin salirse como el primero de los ámbitos de la tierra, pasó á peor vida; si es que se me permite definir así la fuga inmediata y definitiva que emprendió con un rufián redomado y seductor; acto que sólo puede ser disculpado por el extravío funesto y acerbo desaliento subsiguiente á la impensada defunción de su esposo.

de colaboración puesta villanamente en tela de juicio por ciertas malignidades que opinan por la pluralidad. (*Nota del albacea*).

² Hay quien sostiene á fuerza de razones tan improbables como calumniosas, que don Alcolino sucumbió víctima de su intemperancia en aras vinolentas, y no en los sacros altares de sus deberes profesionales. Pero repito que todo ello son viles comentarios de profazadores lenguaraces; y aquí los aduzco tan sólo por salvar los fueros de la imparcialidad, bien seguro de que mi sinceridad en este caso contribuirá poderosamente á entibar los hastiales de mi propio testimonio. (*Nota del albacea*).

En lance tan fuerte y riguroso de instantánea y doble orfandad, el numen tutelar que vela por los desdichados no hubo de negar su apoyo al cuitado mancebo; y cierto que no se lo dispensó con estrecha parquedad, sino que extremando la largueza, hizo que de esta fase tan opaca y tenebrosa de su puericia, brotasen para el predestinado niño los primeros fulgores de aquella luz radiante con que había de resplandecer más tarde en el cielo de la Paleografía y ciencias adyacentes; bien así como por diario experimento vemos que los purpúreos destellos de la aurora, luego reemplazados por las pompas meridianas, surgen del seno fuliginoso y tizado de la noche.

En la ocasión que nos ocupa, manifestóse la providencia á Val de Ur, bajo las corpóreas apariencias y carnes venerables del Ilustrísimo Señor *Vir amplissimus*¹ Don Pánfilo della Ronda, Obispo *in partibus* de Matlo-

¹ Se sabe que tal es el título aplicado por la cortesía latina á los varones conspicuos. (*Nota del albacea.*)

kotloko ¹, que á la sazón residía en Nápoles, donde á todos deslumbraba con el fasto de su corte, su amor á las bellas letras y su munificencia incomparable.

Más de una vez la asendereada y ahora prófuga Doña Liviana, desde el báratro de su pobreza, fuera citada á prestar sus modestos servicios de guisandera en el suntuoso palacio del eclesiástico magnate quien llegó á cobrarle gran apego y afición; mas ¡aleje de mis intenciones mi arcangélico patrono, la de querer insinuar aquí que aquel varón tan puro como eminente pudiese encontrar en la mísera mujer otros halagos é incentivos ² que los de un sensualismo castamente bucal! Pues antes al contrario, se dignaba confesarla y perdonarla sus culpas con ejemplar benevolencia, siempre acompañada de la repugnancia conmisera-

¹ Ciudad africana, sita no lejos del paraje en que las terríficas y vertiginosas ondas del río Zambeza se despeñan en el vacío, formando la sublime catarata de Victoria (*Nota del albacea.*)

² ¡Horresco referens! (*Nota del albacea.*)

tiva que suscitan en santas conciencias las hediondeces del pecado.

Mas es el caso, que no bien el insigne prelado conoció la muerte de Don Alcolino, la exorbitación erótica de la viuda, y el total desvalimiento del triste Iscariotes, mandó llamar á éste; y en una plática donde la unción corría parejas con la sabiduría y el cariño, le dió á entender que se hallaba dispuesto á recibirlo entre sus familiares y á tratarlo como á hijo propio, si él á su vez, detestando las molicies y pandiculaciones de un farniente libidinoso, consentía en trocarlas por las delicias austeras del recogimiento y del estudio.

No hubo de vacilar cosa el interpe-lado en aceptar tales ofertas tan bondadosamente paternales; pues sobre que se avenían á maravilla con sus naturales inclinaciones por todo lo que pudiera entrañar corporal pigrícia, (fuese ó no libidinosa,) también se hermanaban con cierta ínsita curiosidad é intuitivo presentimiento que poseía de los embelesos literarios.

Así pues, despojando ligero los harapos mugrientos que malamente le

cubrían, ostentó las roñas y lamparones de su desnudez macilenta, presto purificada en ondas balneatorias, y luego protegida por los pudibundos y severos atavíos del escolar; quedando de golpe convertidas las soeces petulancias del pilluelo—¡cuánto me duele designar con este nombre, aunque sea fugazmente, á mi Maestro!—en todas las gracias turiferarias del acólito, y amenas pulcritudes del monacillo; cual de las orugas inmundas nace y dimana la casta airosa y etérea de los lepidópteros elegantes.

Y mariposa en verdad comenzó á ser desde aquel día el alma de Val de Ur; ó más propiamente, abeja laboriosa que revolando gentil por los edénicos pensiles de la ciencia, libaba con avidez el néctar del saber en los cálices y corolas de los libros, para transformarlo de seguida en preciosísimo panal de instrucción definitiva. Y á fe que no le habían de faltar flores al estudiante en aquel mágico jardín que era la biblioteca del prelado, tan rica como las actuales Bodleiana, Complutense ó Parisiana; y temerosa rival para la recordación de las antiguas

Octaviana, Ulpiana y Palatina con todos sus escriños, capsas y loculamentos.

Así transcurrieron seis años de intelectual noviciado para aquel neófito de la erudición; al cabo de los cuales y cumplidos los veinte de su vida, se halló pertrechado con tan recia coraza de conocimientos y lectura, que su generoso protector juzgando que era llegado el momento de poder emancipar sin peligro aquel entendimiento peregrino, dió licencia al joven para que se fuese á ampliar y enriquecer el caudal de sus mentales adquisiciones en distintos centros extranjeros de refinada cultura; y al partir, le abrió con sucesivo y espontáneo movimiento, los brazos de su cariño y los cordones de su bolsillo.

II

Por tal motivo Val de Ur, equilibradas sus facultades con el lastre necesario de recursos monetarios dispensados con cauta solicitud, y que únicamente invertía en atesorar teóricos elementos de sapiencia, á la par que

práctica fecunda de las pasiones humanas, dióse á navegar por el mundo, pisando aulas, frecuentando cátedras, recorriendo academias y honrando con sus glúteas perseverancias los bancos de Escuelas y Universidades tan ilustres y renombradas como las de París, Oxford, Berlín y Chicago, no sin obtener en todas ellas, con egregias calificaciones, sin discrepación de nadie y universal aplauso, el título de doctor en Paleographía, Cryptología, Zoophilia y otras ciencias de gran miga y trascendencia suma.

Mas como en sus siempre renacientes afanes por proporcionar á la insaciable y eucrática complexión de su intelectualidad el quilo reparador de una alimentación adecuada, encontrase mezquindad lamentable y deceptoria insubstancialidad en «las bizcotelas» y frioleras servidas á los alumnos con «irrisoria frecuencia en aquellas mesas académicas y falaces,»¹ pasó á requerir mayores harturas de ciencia en la

¹ Esta frase, como otras más que pondré entre comillas, es de Val de Ur quien inspirado aquí por la etimología, juega elegante-

Ouen-Hoa-Tien de Nanking, donde pudo iniciarse, con incesante labor, en los misterios más abstrusos y respetables de los «*Narcóticos ensueños*,» del «*Amor sanguinario*» y de las «*Cópulas incoherentes*,» llamadas «*Cúpulas*» por algunos especialistas.

Pero aquel cerebro tan singularmente favorecido é infatigable, tampoco se dió por saciado con aquella orgía de asiáticos manjares—que para muchos fuera suprema—realizada á los impulsos de la bulimia que atormentaba su alma, la cual mientras más se asimilaba conceptos y nociones, más también ansiaba colmar las vacuidades de su vorágine con nuevas é ininterrumpidas ingestiones.

Y no por otra razón, con molestia grande y viático pequeño, se trasladó al «*Bohío didascálico de Tombuctú*,» en cuyos espaciosos corrales se entregó á la práctica metódica y razonada de la Antropofagía¹ y enteróse de la Zoo-

mente con el vocablo *alumno*, cuya significación originaria encierra el concepto de nutrición. (*Nota del albacea.*)

¹ Véase el *Crimen tercero* del presente

phonía, ó sea el lenguaje hablado, escrito ó gesticulado de los Zoarios, bajo la acertada dirección de un Chimpancé de gran erudición, pero indulgente en demasía para la bajeza y ruindad humanas.

Corría el año de 1870, y Val de Ur entraba en el propileo triunfal de las virilidades treintañales, cuando regresó á Europa y vino después á España, á donde le atraía la voluntad de imprimir á sus conocimientos el sello de la perfección, cosa que ya daba por hecha, supuesto su propio celo y la clara fama de idoneidad y sabiduría que gozaban y siguen gozando los centros de enseñanza de nuestra península. Y dando cima á tan loable propósito, cumplió los trámites y requisitos enrevesados de la matrícula, en cierta uni-

libro, y estúdiense algunos de los principios con los cuales el Maestro legitimaba hasta la evidencia la costumbre de consumir carnes humanas; costumbre que practicada con régimen y buen orden, exige todas las luces y conocimientos de una verdadera ciencia (*Nota del albacea.*)

versidad ibérica, donde á la sazón y al decir de las gentes, se profesaban Artes magnas y sutiles con gran predicamento de excepcional competencia.

Pero no por esto me siento autorizado para divulgar aquí el nombre del aludido claustro magisterial cuya vidriosa honrilla pudiera acaso darse por resentida y mortificada con mi indiscreción; porque don Iscariotes muy luego echó de ver que todas aquellas laudes y encomiástico renombre eran rumores vanos, de so capa difundidos por los propios interesados, y que en plomo vil se transmutaba el oro de sus esperanzas; pues malamente oprimido entre la continuidad de los asuetos y lo inconsistente de la doctrina, vióse en grave aprieto, no sólo de no aprender cosa, sino que de olvidar en un daca las pajas lo que numerosos años y vigiliass le costara apropiarse; y huyendo de peligro tan fuerte con espantada prudencia y nunca bien ponderado acierto, se trasladó á las Asturias, así por reparar en las glaucas salsedumbres del Cantábrico sus fuerzas extenuadas por excesiva aplicación

de la Filosofía experimental ¹ á las vulgaridades de la vida, como por investigar las afinidades y diferencias que median entre la fonética pastoril y la de los Zoarios, y también establecer químico paralelo entre la manteca de vaca y la de mujer, fresca ó á la conserva.

Algunos años hubo de residir en el Principado.

Y aquí, concedan los lectores piadosa benignidad á la emoción de mis memoranzas, pues siento que mis digitales articulaciones vacilan tremulentas ó rígidas se crispan, negándose á sostener la pluma con la soltura y oblicuidad necesarias en toda manifesta-

¹ Pocos serán los que ignoren que la mencionada ciencia se divide en tres ramos ó esferas de aplicación, son á saber: 1.º La Gynecophilia, que nos enseña la técnica de las mujeres en sus múltiples aspectos; 2.º La Ænotechnia, por la cual aprendemos á definir y deslindar los efectos areométricos que produce en nuestra economía la presencia de líquidos diversamente densos; y 3.º, la Aleatoria, que es el arte de recabar descansado lucro, cuando no pérdidas gratamente patéticas, por medio de procedimientos especiales. (*Nota del albacea*)

ción gráfica, cuando aun después de tanto tiempo transcurrido, considero que en este Oviedo fué donde conocí á aquel varón insigne, á ese muerto egregio de la muerte vencedor, á quien á partir de aquella época consagré el culto más fervoroso de humildísimo discípulo; y asimismo cuando recapacité que aquí me fué dado escuchar por vez primera las palabras ponderosas ó festivas, que con igual copia y oportunidad brotaban de aquellos labios sapientes y musicales, cual líquidas perlas se desgranaban y saltaban de la espumante cabellera de una cascada, y refulgen irisadas por el nácar de la luz.

Como trazada por el acerado buril del ayer inmediato, siento grabada ahora en la blanda cera de mi memoria, la impresión de subyugante avasallamiento y efusiva confianza, jamás reñida con el más admirativo respeto, que me produjo Val de Ur, cuando en nuestra inicial entrevista entabló delante de mí y algunos otros oyentes, improvisada y elocuente disertación sobre los problemas más palpitantes de la moderna Telarañería; desarro-

llando teorías, aduciendo argumentos, citando textos y suministrándonos paradigmas tan magistralmente traídos como bien expresados, que me dejaron absorto y turulato, por la superioridad inmensa que revelaban, quedando vencidas y maltrechas mis ínfulas de profesional, vanamente avezado durante luengos años á las púas y espinas que guarnecen este ramo del saber.

Y cuenta que el Maestro se explicaba con igual pericia y abundancia acerca de cualquiera de los radios, diámetros, segmentos y cosenos que ofrece á nuestras indagaciones la esfera prestigiosa de la enciclopedia humana; conservando sin embargo siempre, como centro sagrado é indiscutible, el foco de la Paleografía, cual en torno del sol giran en órbitas errabundas las evoluciones planetarias del sistema copernicano, depurado y confirmado después por Kepler y Galileo.

Así pues, y por cerdosos que en un principio se irguiesen los respingos y quisquillas de mi vanidad erizada, pronto hubieron de aterciopelarse sobre la epidermis de mi medianía; y sin más reparos ni restricciones me

rendí á la dulce tiranía de aquellas pláticas en las cuales, á la menor ocasión, rivalizaban las amenidades de la eutrapelia más delicada con la profundidad de las ideas y lo numeroso de la dicción; pues hasta en el modo especial é inimitable cómo Val de Ur, ciñéndose siempre á las nimiedades de la cortesía, solía articular las sílabas triviales del «*buenos días*» y alargarnos el metacarpo, hasta en eso, repito, nos brindaba materia de fructíferas lecciones y proficuas enseñanzas.

Mas fuera trabajo inacabable, y de cierto vejatorio para la paciencia del sufrido lector, si bien para mi placentero, la sola aparitmesis ó enumeración de los méritos relevantes y prendas imponderables que exornaban la sin par mentalidad de aquel hombre, en cuya síntesis individual los mismos defectos y lunares inseparables de todo organismo humano, por excelso que se le suponga, y las mismas viradas del talante tan sólitas y frecuentes en el pilotaje de los genios, daban á sus cualidades y virtudes relieve más saliente; á semejanza de cómo en bellísimo rostro femenino, la tenue desvia-

ción de un estrabismo imperceptible, ó acaso la chatedad apenas aparente de sonrosada nariz, realza y avalora las perfecciones del conjunto.

Por lo cual, deseoso de no abultar con exageración hidrópica las entrañas panegíricas de esta biografía, me propongo activar con meditada aceleración las languideces del relato, y amen-guar en lo posible las proporciones de mi cometido, pretiriendo transiciones, desdeñando artificios, saltando matas, y prefiriendo siempre las breves fragosidades del atajo á las holguras espaciosas pero tardías de la carretera.

Señalaré, pues, muy á grandes rasgos las líneas y trazos que mejor dibujen la individualidad físico-moral de mi Maestro, puesto que la intelectual queda someramente bosquejada, y que también su total figura tomará, lo espero, más acentuada precisión, con la atenta lectura de sus obras editadas ya,—para quien tenga la dicha de poseerlas—combinada con la actual publicación de sus papeles privados, minutas y documentos, que me ha sido por él encomendada.

III

Val de Ur, cuando principié á mantener con él amistoso trato, no sólo había transpuesto los pórticos floridos de su tercer decenio, sino que penetrado con firme planta y decidido avance en el atrio de la cuarentena; y era hombre fuerte, tanto por el temple adamantino de su alma, como por las energías del cuerpo, en cuyo craniano cimborrio relucía ya, sin embargo, cierta capilar desnudez pulcramente protegida por el canecente pero natural abrigo de los restantes cabellos.

Mas ¿qué podrán significar jamás las viles contingencias del atributo para quien posee y detiene las inmanencias perdurables y supremas de la substancia?

Parvo ejemplo me bastará para responder en el caso actual al erotema precedente cuya contestación es: nada. Y mucho que lo demostró Val de Ur aquel día (ó mejor dicho noche memoranda) en que llevado por los fines de estudiosa perambulación, nos condujo á varios de sus devotos más

escogidos, á uno de esos bazares hospitalarios y modestos, donde industriosa matrona secundada por coadjutoras —siento no poder decir doncellas— venustas por lo común y apetecibles en apariencias, expende á los parroquianos jocunda merchantería.

Hallábamonos al amparo de la trastienda, agrupados con filosófica compostura, en discreto corro de hombres y mujeres alternado, en torno á las benéficas y calóricas radiaciones de propicia camilla, discurrendo cada cual según sus facultades sobre temas apropiados al caso.

Y bien me acuerdo que en aquel momento, disertaba el Maestro con facundia incomparable, uniendo á las cadencias de la voz la rítmica congruencia de agraciado gesto, pues hacia el seno de su vecina dirigía demostrativa mano, no atraída pecadoramente por las intemperancias del tacto, sino guiada por el deseo de cerrar aquel corpiño fortuitamente desabrochado, y proteger á la llevadora contra las traidoras eventualidades de posible romadizo.

Mas he aquí que de súbito retrue-

nan desde el portal impensados vituperios de voces amenazantes, y retumbaba la violencia sonora de percusiones destempladas luego seguidas de siniestro crugido. Fue forzada la entrada, y en confusa tropelía abalanzóse dentro de la estancia que teníamos en aula convertida, clamoroso pelotón de piráticos y groseros invasores quienes nos ordenaban inmediata retirada, con tan inverecundos y obscenos aditamentos, que por no enturbiar la púdica fluidez de mi tinta me inhibo de reproducirlos aquí, aun á riesgo de disgustar con mi silencio la curiosidad de algún lector malsano; pero que trasladados y vertidos al honesto lenguaje de los escolarinos—único admisible para mí en esta ocasión narrativa—venían á significar en compendio: «También nosotros queremos deducir de las premisas aquí sentadas el triunfo de la consecuencia. Ergo, despejad.—¡Bárbara!..... ¡Baroco!..... ¡Frisesomorum!.....»¹

¹ Traducción de Val de Ur. En cuanto al texto original, quede abismado para siempre en el pudridero del silencio y del olvido. (*Nota del albacea*).

Fuera superfluo decir que los tres silogísticos vocablos que anteceden y presentan, no sin cierta insipidez pero con decente eufemismo, el carácter de interjecciones, eran otras tantas blasfemias abominables y execraciones horribilísimas, que oídas por nuestras míseras premisas (no ya sentadas, sino circunyacentes y desfallecidas) hacían que diesen al traste con las leyes más rudimentarias de la lógica y del raciocinio.

Mas fué de ver en aquel crítico lance, cómo Val de Ur alzándose con airada calma y puesto á espaldas de la patrona, cual sitiado paladín tras los bélicos espesores de inviolable almena, rompió á hablar con ronco acento que yo jamás le oyera antes; y fulminó contra aquellos foragidos el siguiente apóstrofe truculento: «¡Vil canalla! » ¡Conculcadores soeces y desalmados » de los derechos individuales transito- » rriamente cobijados en pública man- » sión! ¡Recibid el esputo de mi despre- » cio en el rostro de vuestra salacidad, » y despejad vosotros, ó de lo contrario » temed el rayo pulverizador de mis » argumentos! »

Así dijo; y estulticia bien obtusa implicara el dudar que nuestros agresores no quedasen ignominiosamente anonadados en su alma por esta interpelación destructora; pero también habré de confesar que sus cuerpos arrebatados por el desenfreno de la pasión más torpe; no tuvieron á bien humillarse á la rota del espíritu, y antes al contrario, en aquellas garras ignobles (que no manos) presto vimos resplandecer los aciagos fulgores del acero más infame.

Entonces el Maestro, enarbolando una silla á guisa de broquel y echando al ama de improviso y con listeza mañosa zancadilla, derribóla de bruces sobre la mesa, la cual, trastornado el equilibrio, vaciló por un momento, inclinóse temerosa, y finalmente trajo consigo al suelo, con gran estruendo, el único velón que nos alumbraba.

Entenebrecióse el aposento; y á la luz de una cerilla que acerté á encender, pude ver á don Iscariotes saltando impedimentos y atravesando filas enemigas con presteza tan pasmosa y brincadora ligereza, que sólo puedo parangonarlas, lanza y garrocha apar-

te, con la elasticidad de Alvarado en sus mejicanas osadías; pero concediendo no obstante al Paleógrafo merecida ventaja moral sobre el caudillo quien, salvado el peligro, se entregaría, es seguro, á mil estratégicas cavilaciones, en tanto que al sabio le encontramos sereno y sosegado comentando al Crisóstomo, cuando á las dos horas acudimos á visitarle, previo involuntario, asfixiante é inicuo detenimiento en lóbregues carcelarias y preventivas.

Críticos habrá, por ventura, que me culpen de morosidad intolerable, por haberme entretenido tanto espacio en estirar y bordar la tela del anterior episodio en el bastidor de esta biográfica reseña.

Pero, sobre que el mencionado paso resulta por sí altamente edificante por causa del enjambre de provechosas cogitaciones virtualmente anidadas en él, es también, entre otros muchos de índole parecida ocurridos á Val de Ur, el único en que con nitidez más clara se refleja el portentoso vigor psicofisiológico del Maestro, que dentro de los ámbitos de la firmeza más inquebrantable, conservaba empero la dúc-

til atemperación de la flexibilidad más exquisita, y se desdeñaba de ostentar esa impavidez fingida del varón horaciano que sólo con los labios desafiara, dado el caso, la ruína del universo; ó esa rigidez adusta y aparatosa de Catón, que era toda ella orgullo vano y detestable mentira.

Y ya que á colación he sacado á ese romano displicente cuya álgida virtud, según testimonio del poeta,¹ gustaba de refocilarse al amor del mosto, no estará de más apuntar aquí que tampoco don Iscariotes fuera insensible á los halagos lagenarios, ó sea de las ánforas y botellas; pues solía, con asiduidad devotísima, recorrer los santuarios dionisiacos erigidos por la piedad de los fieles al más hermoso

¹ Ignorantes por demás de letras antiguas, serían los que tomasen por una ficción mía aviesa é irreverente, lo que aquí imputo á Catón; pues si en todo ello existe calumnia, cúlpese al gran lírico latino que dice textualmente en conocidísimos versos:

*Narratur et prisci Catonis
Sæpe mero caluisse virtus.*

Horacio.—Oda 21 del libro III, dedicada á una ánfora.

(Nota del albacea).

de los dioses; amén de un pequeño altar ó thysiasterio que tenía consagrado en su domicilio á íntimo y secreto culto de la misma divinidad.

Pero si bien en este punto el Maestro cediese, fuera pueril negarlo, á las instancias é inspiraciones del fervor, dígase de la afición, sin embargo, hemos de reconocer también á fuer de imparciales, que las libaciones por él practicadas iban informadas, como todos sus actos aun los más nimios, en aquel espíritu de análisis científico y escudriñador, al que creo haber aludido ya, y que jamás le abandonaba; pues si por acaso se enajenaba en ocasiones hasta remontarse á los cenitales y extáticos arrobamientos de la inconsciencia pura, no por esto hemos de abrir las claraboyas de nuestra alma á irreflexiva y denigrante sorpresa, sino por lo contrario, á las balsámicas auras de los plácemes y alabanzas, como asimismo aplaudimos y ensalzamos á esos terapéutas llenos de altruismo y abnegación, que inyectan en sus propias carnes, para conocerlos mejor y combatirlos después, los virus y los gérmenes de espantable morbo.

Dentro de la incontable y líquida nación indígena de las bodegas, la provincia que Val de Ur más prefería era sin duda alguna la espirituosa; y en ésta, la capital que visitaba con más cariñosa frecuencia, era la que lenguas indoctas y bastardas, movidas por una vulgaridad cuya torpeza no se disculpa con la costumbre, suelen llamar por feo nombre *Bala rasa*.

Y en prueba corroborante de mi aserto, citaré la frase con que mi sabio amigo sentado á marmórea mesa en un café, nos ponderaba y definía las coeficiencias del alcohol y del anís, exclamando con ternura: «Este umbe-»lífero destilado es el duendecillo tra-»vieso y juguetón, que alegra con sus »correrías y revoloteos los lóbregos »aposentos de mi cerebro».

Mas un día de absorción funesta y paroxismal, trocóse el diablejo, para el encéfalo de don Iscariotes, en dragón descomunal y fierísimo vestiglo, que arrebatándole por el ponto proceloso de la indistinción y del ofuscamiento, hizo que confundiese, al darlo á la imprenta traducido y comentado por él, un texto copto epitalámico con las

severas ordenanzas de las Decretales extravagantes; y se obstinase en sostener, con razones y palabras acaso más térmicas y estuosas de lo necesario pero nunca ofensivas y descompuestas, que no cometiera error alguno; con lo cual los editores, gente villana y mal nacida,¹ hubieron de amohinarse, y amostazados le replicaron con ignorancia y descortesía por extremo censurables, que el sandio, el mentecato y el extravagante era él, que no las Decretales; granjeándose el Maestro en tal ocurrencia cierta nota inmerecida de mental evaporación, ampliamente compensada al poco tiempo por la ya nunca desmentida homogeneidad de sus juicios y pareceres, á una que por el renunciamiento gallardo y perentorio que hizo de su religión licorosa, pero salvando siempre con ejemplar humildad relapsas contingencias.

¹ Guárdense los que pertenezcan al dignísimo gremio de impresores y editores, de darse por aludidos é injuriados *in genere* con este par de epítetos, que me complazco en creer aplicables tan sólo á los que en aquella coyuntura enojosa se deslenguaron con Val de Ur. (*Nota del albacea*).

Pues al siguiente día de lo sucedido, Val de Ur presa del amargor inevitable que acompaña las abjuraciones por muy sinceras que sean, nos dijo, secas las fauces y biliosa la tez, que «los »tales rezumos y vapores del alambi- »que, son ráfagas tormentosas y bra- »madoras que encrespan y arremoli- »nan el piélagos de las ideas». Después de lo cual abominó de los espirituosos, y apartándose con orientación admirable de este ribazo por demás resbaladizo de sus empíricos estudios, al mismo tiempo que restringía con cruel esfuerzo los horizontes de sus científicas aspiraciones, limitóse á cultivar en adelante el campo plácido y saludable de corre, sin tóxicos avatares, la sangre generosa de los pámpanos y de las vides.

Hasta ahora he procurado bosquejar el carácter y modo de ser de Val de Ur, aduciendo sendos y marcados ejemplos referentes á cada una de las dos primeras partes en que los tratadistas dividen la Filosofía experimental. ¹

¹ Véase la advertencia de la página 45. (*Nota del albacea*).

Respecto á la Aleatoria, la cual según no se habrá olvidado, nos enseña á alcanzar claros triunfos ú honrosos descalabros pecuniarios, mediante ciertas litúrgicas manipulaciones previamente efectuadas en tabular superficie verdeante de costumbre, puedo afirmar sin ambages que el Maestro la ignoraba, no ciertamente por carencia de conocimientos, sino por exceso de ciencia.

Y esta proposición paradógica en sus apariencias dejará de serlo, si atentamente consideramos que la Aleatoria implica por definición la intervención del azar; y siendo así que don Iscariotes lo tenía tan reciamente esclavizado por su destreza facultativa, que para él no existía, resulta bien á las claras que á su paso se hundían y desplomaban las bases y cimientos de aquel arte apoyado esencialmente en las alternadas mutaciones de la ventura; por lo cual el gran Paleógrafo jamás lo practicaba, cómo á ello no le obligasen determinadas urgencias de la crematística, en cuyo caso manejaba los festivos naipes con tal candor y sencillez ingenua, y disimulaba su

consumada pericia con modestia tan meritoria, que todos le creían incipiente doctrino favorito de la fortuna.

IV

Terminada ya, aunque sea por modo harto perfunctorio, la sinopsis moral de aquel ingenio primoroso, no considero inoportuno agregar algunos toques y perfiles, que serán á manera del transparente y límpido barniz con que los pintores suelen abrillantar las opacidades del lienzo, dando con él mayor realce á las galas del diseño, y lucimiento más puro á la riqueza del colorido.

En Oviedo, durante los días más felices y laboriosos de su asturiana permanencia, le sorprendió á don Iscariotes la impensada nueva de la desecación y muerte de aquel árbol tutelar bajo cuyas frondas propicias se cobijara desde sus ya lejanas mocedades; hablo del Amplísimo é Ilustrísimo Señor D. Pánfilo della Rotonda, quien habiendo tomado al fin posesión, po-

cos años antes, de su diócesis africana, sucumbió en olor de beatitud, vencido por la resistencia infiel y contumaz que á sus esfuerzos evangelizadores oponían los negros, y aun más las negras refractarias y rebeldes á todo género de predicación.

Mas el prelado, antes de abandonar el redondel de la existencia, atronado por la puntilla del médico y arrastrado al cementerio por las mulas episcopales, pudo tomar finales disposiciones en las que, á más de algunas otras donde se revelaban por igual acierto y caridad, dejaba á su hijo espiritual y dilectísimo don Iscariotes, una fortuna módica, pero suficiente para poder bregar sin menoscabo contra las vicisitudes de la adversidad.

Acogió el agraciado semejante noticia y hereditario donativo, con ese llanto risueño del que nos habla el Aedo,¹

¹ Δακρυοεν γελᾶσασα (Iliada VI, v. 484). Ofendería yo, de cierto, la dignidad literaria del ilustrado lector, si le tradujera estas dos palabras sublimes tan conocidas como las moscas, pero mucho más celebradas; y aun mayor sería mi petulancia si, echándomela

y con lágrimas presto desvanecidas al soplo consolante de razonada resignación; pues rehuyendo y despreciando toda sentimental alharaca, nos decía con placidez estóica: «*Pecunia est* »*alter sanguis*: es la pecunia gran »alivio de males y como nuestra se- »gunda sangre. Mas aunque no lo »fuese, tampoco habríamos de echar »en el papo del olvido la norma de »Epícteto, quien reza que jamás nos »deben afectar las desgracias cuando »son independientes de nuestra volun- »tad». A lo cual añadía, sin consentir que la más leve queja viniese á denunciar en él flaqueza ó desaliento, la sugestiva y confortante máxima castellana de «los duelos con pan son menos»; y también nos citaba, meditándolo con reflexión serena, este proloquio tan

de dómine, pretendiese enseñar á nadie que Homero las aplica á la cuitada Andrómaca cuando ella sale á despedir á Hector su esposo. También advierto que en modo alguno tengo la intención de comparar aquí á la mujer del Priamides con don Iscariotes Val de Ur, quien no tenía con ella sino puntos de semejanza extraordinariamente longincuos, (*Nota del albacea*).

profundo como pertinente al caso de un pensador francés: ¹ «Por mucho» que supongas amarga la pena de un heredero, nunca lo será tanto como «si resurgiese el testador».

Con tales frases y sentencias que sacaba del manantial inagotable de su sabiduría, nos daba á cuantos le estábamos escuchando, inestimable ejemplo de fortaleza y conformidad.

Mas la sucesión de los acontecimientos (que es la propia substancia y médula de toda historia por epitomada que se presente) me obliga á referir aquí un hecho de índole completamente distinta, pero no por esto menos interesante y congrua; aludo á los desposorios de mi Maestro.

Val de Ur, conforme él mismo me lo tenía sinnúmero de veces manifes-

¹ Alphonse Karr.—En cualquier otra persona que no Val de Ur, la actitud adoptada por él en tales circunstancias, pudiera ser interpretada con indulgencia escasa. Pero quien haya profundizado, cual es debido, los principios del Maestro, tan sólo admirará en su conducta altiva resistencia á los embates del infortunio, al par que despreocupación humildísima del qué dirán. (*Nota del albacea.*)

tado en confidencias tan honrosas para mí como instructivas, profesaba un horror invencible, una inquina conatural é irreconciliable por toda clase de vínculos que oliscasen y transcediesen á matrimonio; y solía designar los lazos conyugales con la perífrasis elegante de: «cadenas y pihuelas» que aprisionan inexorables á los esclavos más criminales en el ergástulo de la vida»; cuando no exclamaba con viril arranque de elocuente energía, anatematizando al consorcio indisoluble: «¡Institución malvada y anti-física! ¡Engendro depauperado y excrecanda de legisladores biliosos, cacocimios y seniles, que ha tiempo dejara de escarnecer afrentosa y torturar impía á la humanidad, si de la podredumbre de su infecto seno, no germinase lozana y vivaz la flor esplendorosa del adulterio!»

Mas la pérfida coincidencia del encuentro más fortuito, el relámpago fugaz pero revelador fulminado entre párpados al parecer dormidos, el exhalarle discreto aunque significativo del suspiro más tenue, bastan en achaques de amor, para desmoronar en ingente

ruína el castillo mejor cimentado de nuestros propósitos y convicciones.

Tal le aconteció á don Iscariotes; y de pronto el ferviente apóstol de la antigamia sintió que su odio inveterado por las himenéicas legitimidades se desvanecía y trocaba en simpatía y atracción irresistibles; bien como en los ardores de la sartén se deshacen derretidas y crepitantes las untuosas inconsistencias de la manteca.

Y este quebrantamiento, apóstata y renegador del credo hasta entonces inmoto del Maestro, tuvo su origen en las gracias y galanura de una virgen intemerata, hija única de cierto acaudalado industrial versado en artes de tafurería, que se consagraba á la recría de sus capitales, dándoles abundante cebo y con él próspera crasicie á través de una parabólica puerta, que por sus magnas proporciones y esbeltez arqueada pudiera equipararse con la otomana; suministrando al propio tiempo á su clientela copioso y variado surtido de albureras emociones y gallístico esparcimiento.

El púdico y ninfal retoño de tan apreciable comerciante se llamaba, con

aristocrática resonancia y onomástica predestinación, doña María de la Sota Copas de las Espadas; la cual pronto hubo de sojuzgar con sus encantos y seducciones la sólo para ella expugnable autonomía de Val de Ur; y rendido el Maestro á las hechiceras evidencias del tálamo legal, previa y gratamente explorado, aunque jamás apelmazado bajo la total pesadumbre de combinadas anticipaciones, celebró con su dueño unas nupcias que fueron infecundas, y tristemente coronadas por infausto desenlace de prematura viudez, pero no sin que antes don Iscariotes sufriera inconsciente las frontales eventualidades inherentes al conubio, y que él mismo hubiera, de soltero, magnificado. ¹

Fuerza me es consignar aquí en obsequio á la veracidad, aunque me amargue propalarlo, que en esta luc-

¹ Los senderos de la narración biográfica suelen ser ásperos á veces, y ofrecer al fatigado paso del caminante más hirsutos abrojos y zarzas erizadas que no céspedes mullidos de blanda y floreciente yerba. La rectitud del rumbo que me he impuesto en esta excursión

tuosa peripecia (á la muerte me refiero que no á las ignoradas burlerías de la esposa) la firmeza del Maestro á tan ruda prueba sometido, distó mucho de correr parejas con aquella broncínea entereza, que al fallecimiento de su paternal protector hiciera su alma impermeable á la penetrante lluvia del dolor; y quien entonces con rostro imperturbado é inmutable constancia sostuviera los ataques y las iras del destino, postrado ahora y olvidado de todo filosófico linimento, juguete de cruel zozobra y lancinante baticor, se revolvió enloquecido sobre ensangrentadas espinas de desesperación, llamando con ayes y ululatos desgarradores á su amada Sotilla; «¡la única mujer, clamaba, que supiese cocer el bollo de mi cariño en el horno de su recato!» Por todo lo cual nos tenía á los pre-

por la vida del insigne Val de Ur, me ha conducido y obligado á internarme ahora en uno de aquellos intrincados matorrales. Pero no habrá quien deje de agradecerme la rapidez prudente y deslizante cautela con que he procurado transitar por el obstáculo. (*Nota del albacea*).

sentes con el diafragma oprimido y lacerao el pericardio.

Porque no por contemplar sus discípulos tamaña feblidad y astenia moral, nos sentíamos arrastrados por furtiva y túrbida corriente de impertinente burla; pues antes bien se nos alcanzaba que lo que en un vulgar pelagatos resultara pestilentemente rastrero y despreciable, en cambio si se manifiesta en ínclito varón, adquiere todos los caracteres de lo pequeño en contraposición con lo grande, dígase de lo sublime; tanto así como en la divina Iliada á risa nos conducen las grotescas lágrimas de Thersites, al paso que hondamente nos conmueven los sollozos vehementes y ciertamente inesperados, por su exageración convulsiva, del férreo Peleídes.

Mas no le hubo de saltar á Val de Ur en este acerbo lance, la maternal solicitud del tiempo, quien acudiendo infalible con sus bálsamos, electuarios y beleños, aplicó mitigante melecina en las llagas de aquel duelo deplorable; y transcurrida una hebdómada—plazo harto largo y dilatado para quien co-

nozca y cabalmente aprecie la completa insignificancia que, de ordinario, por parte del cónyuge superviviente, reviste la defunción de su nupcial consocio—don Iscariotes, envuelto entre brumas paulatinamente disipadas de melancolía y pesar, reanudó con ánimo tranquilo sus experiencias de gynecophilia, al propio tiempo que acibarado y desilusionado ya de su estancia en Asturias, por aquel doble luto de don Pánfilo y doña María de la Sota, que allí le sobrecogiera, y también por otras concausas de orden más reservado é impropias de ser al público reveladas, se aprestaba á abandonar á España y á reñir duro combate en las oposiciones á la cátedra de Paleografía trascendente, entonces vacante en la celebérrima universidad de Polanes.

Así lo hizo; y este es el día en que aún perduran y retumban en aquel paraninfo los ecos y resonancias de la grandilocuencia de Val de Ur; y en el que flotan, dispersas por el ambiente, las mónadas y moléculas de aquella dialéctica contundente y lógica triunfante con que arrastró fadrubados y mal se-

ridos á jueces y contricantes, por los campos nuevamente cataláunicos de su argumentación irresistible, cual impetuoso torrente henchido por invernales aguas descuaja y barre entre sus ondas mugidoras, así el árbol corpulento orgullo de las selvas, como las gramíneas endebles cabello de las praderas.

En tales condiciones y conseguida una victoria tan ínclita y glorificante, no es de extrañar que el gigántico profesor inaugurase sus tareas y se posesionase de su didascálico imperio, con la misma pompa majestosa y ovacional, el mismo rendido vasallaje por parte de los conquistados, y la misma subitez heroica, que al magno Cortador del gordiano enredo acompañaban, al decir de Quinto Curcio, en todas sus expediciones; y á la cátedra de don Iscariotes —refectorio nunca cerrado, ó mejor dicho rancho siempre brindado á las inaniciones de la nesciencia— concurrían asíduos, igualados y unificados ante aquel portento en una sola cohorte de málites ignaros, tanto los reclutas inexpertos y bisoños del estudio, como los tribunos veteranos y los

generales más ilustres en el ejército de la erudición.

Y en aquella época también fué cuando el gran Val de Ur, laborando *verbis et operibus*, y maridando la acción expansiva del libro á las rémoras y ronqueras de las orales enseñanzas, dió á la prensa el prodigioso trabajo cuyos cimientos echara estando en Asturias, denominado: «*Panoplia paleontologográfica*»; pasmo y maravilla de la humanidad; libro que en sus vertiginosas materiales proporciones sólo tolera metafórico parangón con el apolíneo Coloso que en el rodiano puerto abría de uno á otro muelle el ángulo femoral de sus piernas descomunales; obra que en la parte inmanente, enteléquica y substantiva deja reducidos á trituradas gachas de mascado papel cuantos Tratados, Organons, Sumas, Espejos ó Sistemas deslumbraron al orbe intelectual desde el alfa remota y balbuciente de los rudimentos iniciales, hasta la actual y facunda omega de la ciencia; monumento, por último, no de hierro deleznable, ni de huero bronce, ni aun de codiciado argento; sino que de oro

obrizo, macizo y perenne, todo sembrado de crisoprasas, carbúnculos y esmaragdinos corindones, y en cuyo frontispicio se yergue y fulgura, esculpida en brillante, la inmortal figura de don Iscariotes Val de Ur.

Y la tierra en su sidéreo periplo, no consumara aun, en torno de las solares incandescencias su anua circunvolución desde que el Maestro saliera del Principado, que ya las fragancias de su aromosa nombradía se expandían por el universo, cual de aureo pebetero, ó mejor todavía, como de las myropolarías oficinas de algún unguentario inmejorable, se exhala y difunde preciosísimo vaho de rosa, cinamomo ó benjui, cuyas odorantes emanaciones neutralizan, destruyen y perfuman las tétricas hedentinas y pestilencias de populoso barrio.

Entonces fué cuando don Iscariotes, comprendiendo que en el generoso y universitario suelo de Polanes se había fijado en definitivo reposo la voltaria rueda de su fortuna (á la espiritual me contraigo, que la financiera siempre corrió vida enclenque y enfermiza) dirigióme en son de epístola,

brevísimos signos y gramatismos caldáticos, trazados en áspero papel, donde me ordenaba expedirle desde Oviedo allá, sin dilación alguna, cuantos bártulos, libros y domésticos enseres dejara depositados en el santuario de mi probidad; espolvoreando su lacónico mandato con cierta picante mostacilla de desconfianza hacia mi persona, sin que yo pudiera averiguar jamás los móviles de tales insinuaciones; pero cualesquiera que ellos sean, los tengo por bien disculpables viniendo de un sabio que tan á fondo penetrara en los cardiacos abismos de la humanidad; y en modo alguno los puedo juzgar ofensivos para mí, á fuer de discípulo bien enseñado por el mismo Val de Ur y por experiencia propia, acerca de las flaquezas y ruindades de nuestras más secretas inclinaciones.

En aquella remisiva incidencia, pues, no hube de parar mientes en personales futilidades y resentimientos, engendrados casi siempre en el seno de nuestro engreimiento y vanidad; y obedeciendo cual escoba en manos del barrendero, cumplimenté las instrucciones de mi comitente, con todo el

celo y abnegación en mí consuetudinarios cuando se trataba de complacerle, pero también con no poco de nocturno sigilo, ofidiana cautela y oblicuas precauciones, á consecuencia del inminente embargo, que por créditos martirizados y fosilizados vivos, pendía sobre el género facturado, quien íntegro se salvó por mis solícitos cuidados de una de las galernas más recias y pavorosas que jamás hubiesen ennegrecido los siempre procelosos horizontes de mi buen Maestro. ¹

Queda con esto relatado el último testimonio de amistad humilde y pia-

¹ Por lo benigno de estas últimas palabras escritas por mí con sinceridad entera así como por lo correcto de mi proceder en aquellas dolorosas circunstancias, podrá comprender quienquiera no esté ofuscado por las calígines de nauseabundas prevenciones, que no he guardado por un momento ni podido guardar jamás, sombra alguna de sacrílego rencor contra Val de Ur, por las sospechas de eventual infidelidad que pudo concebir sobre mi gestión de depositario, y que antes he apuntado mojando primero mi pluma, no en ulcerativa tinta, sino en el puro carmín de la verdad desapasionada. Y si he referido en todas sus partes el episodio que motiva esta nota, lo hice

do so acatamiento que tuve la honra de tributar á aquel varon preclaro, mientras hubo de arrastrar por las gemonías de la vida la hopa siempre maculosa pero nunca despreciable de la carne. Pues desde la fecha para mí inolvidable del 3 de Marzo de 1881 cuando, por él pedido, se emancipó de mi custodia aquel ajuar tan amenazado por voraces intrigantes como para mí sagrado, jamás he vuelto á saber, por directa comunicación, del gran

en primer término, porque constituye, como á continuación lo digo, el último lazo directo que me unió con el Maestro, antes de que al cabo de luengos años me nombrase su testamento, siendo por lo tanto su relación de esencial importancia en esta biografía; y en segundo lugar, porque en este mismo paso puede verse, experimentando *in anima vili* como es la mía, hasta qué punto es delicada la intervención operatoria de los genios, que aunque se les corra levemente el bisturí ó se les deslice la lanceta, encuentran siempre modo de sanar cortando; cosa que ahora me sucede como operado, pues me hallo en estado de tan perfecta salud y cicatrización, que sólo agradecimiento, y no pérfidas reticencias, me inspira la moral incisión en mí practicada entonces por Val de Ur. (*Nota del albacea*).

Paleógrafo, y sólo percibieron mis oídos la fama rumorosa de sus obras sucesivamente publicadas y el estruendo de sus méritos, que en ascendente progresión se propagaba por gentes y naciones, y forzosamente repercutía en el tímpano de mi insignificancia.

Respecto á misivas, cartas, esquelas y demás sucedáneos propios de la Epistolografía, fuera erróneo creer que el Maestro me escribiese cosa alguna, ni parase por un momento la máquina poderosa de su trabajo, para dirigirme frases exangües, de frívolo interés ú ociosa simpatía; pues en esto como en todo, seguía las normas y las reglas fundadas por su experiencia sobre el granito de su voluntad, y á la correspondencia privada la calificaba de: «pródiga mentecatería; despilfarro perverso de tinta y de renglones».

Así las cosas, y ya sea que admitamos el fatal y predeterminado desarrollo de las eventualidades humanas; ya sea que concedamos al libre albedrío preponderante participación en la concatenación de los futuros contingentes, nadie deberá darse por defraudado en sus esperanzas, si ahora le revelo que

durante veinticinco larguísimos años ninguna brisa, ningún aura, ningún favonio consolante y mensajero vino á orear para mí los áridos desiertos de la separación, ni tuve de don Iscariotes, desde las longincuidades de Polanes, noticia alguna concreta,¹ después

¹ Guárdeme el cielo de comulgar en la tenebrosa iglesia del fatalismo. Pero es lo cierto, que por parte de don Iscariotes, tan prolongado y empedernido silencio—aunque con inesperada benevolencia compensado muy después por el honor insigne que me hizo al nombrarme su albacea—ni se compadece lógicamente con sus anteriores é inmerecidas bondades para conmigo ni se explica satisfactoriamente con sólo su aversión por el género epistolar. Y menos aun puedo encontrar la clave de esa total carencia de noticias, siquiera indirectas, acerca de la persona y hechos del Maestro, del cual bien podían haberme hecho referencia en sus cartas, algunos conocidos que yo tenía y sigo teniendo en Polanes. Confieso pues que á este problema no veo solución; y veces hay en que me doy á pensar en la intervención diabólica de algún agente impalpable y maligno, que envidiándome la gloria de mi intimidad con Val de Ur y el lustre reflejo que yo pudiera granjearme al escribir su biografía, quiso aviesamente vengarse, interceptando toda comunicación entre el

de su caldaica y mobiliaria intimación, hasta que en luctuosa mañana me sobrecogió con doloroso pasmo, transmitida por el tabelión que me adjuntaba el testamento, la impensada nueva de su fallecimiento acaecido en Nápoles á 20 de Abril del presente año de 1906; y es fecha eternamente nefasta para todo aquel en cuyas arterias corra la cerúlea sangre de la cien-

sabio y yo, y privándome por ende de los medios y posibilidades de completar y enriquecer mi trabajo con datos y pormenores relativos á los veinticinco años que el gran Paleógrafo pasó en Polanes. Pero, si es cierta esta suposición, que desde luego me repugna como herética y supersticiosa, burlado habrá de quedar mi demoniaco perseguidor; pues es intención mía muy decidida trasladarme á aquella urbe, en donde sólo me he detenido ahora el tiempo preciso para incautarme de papeles y despachar varias formalidades anejas á mi cargo de testamentario; y prolongaré allá mi residencia, hasta apagar en aquel purísimo manantial de historia y documentos la sed de información que me consume; publicando después, en el segundo volumen de estos CRÍMENES, un apéndice biográfico pertinente á la fase universitario-profesoral del eximio Val de Ur. (*Nota del albacea*).

cia, y digna de ser con perpetuo llanto lamentada por las Ninfas y las Náyades tutelares que guardan las fuentes armoniosas de la elocuencia y del saber. ¹

¹ Temo que algunos lectores movidos por legítima curiosidad, á la par que chasqueados por mi silencio, me tilden de olvidadizo y negligente por no consignar aquí la clase de muerte ó pasadizo, que por el hado le fué deparado al Maestro, para salvar el precipicio que separa las dos cumbres opuestas y extremas del tiempo y de la eternidad; y cierto que sus increpaciones no carecerían de fundamento, ni en asunto tan importante me valdría alegar vanas excusas de premura de tiempo, ó casual deficiencia en mis medios de investigación. Y asimismo no rebasa de lo posible, que ciertos espíritus maliciosos y suspicaces, se echen á barruntar que mi preterición y mudez en este caso, responden á razones calumniosamente sigilosas y pérfidamente ocultatorias de un género de defunción degradada y envilecida por causas que tácitamente diera yo á entender, y cuya enumeración me sonrojara, ya que no á ellos. A los tales hociadores de las biográficas inmundicias, les contesto con toda la indignación contundente y generosa que hervir puede sin explosión en la caldera muscular de mi corazón; y también los invito, á que recorriendo los velámenes del porvenir, se entreguen ellos mismos á fructuosas

V

Bastara con lo dicho para que yo diese por echada la contera á esta mi biográfica labor ejecutada, no lo negaré, con tirociniana rudeza, pero también con toda la convicción ingenua y fervorosa propia del aprendiz afanoso, para quien los arranques del entusiasmo suplen y atenúan los vicios de la

meditaciones sobre su presente estado de salud, y el morboso influjo que ya los amenaza ó carcome; deseándoles además con caritativa paciencia que, si no con santidad al menos con decoro, sean llevados y conducidos á la inanidad de la tumba. Pero, por lo que hace á los primeros, les reconozco, repito, sobra de razones para que me culpen de amnesia, bien involuntaria por cierto como lo son en general todos los males que afligen nuestro cuerpo, pero que en tratándose de encefálicos distraimientos, primero agitan en el prójimo que nos juzga los agrios cencerros del sarcasmo que no los cristalinos tintinábulo de un reir discreto, ilesivo y perdonable, y menos aun el susurro melodioso de la indulgencia bondadosa y placentera. Ganoso pues de evitar, disculpándome por anticipado, los dardos de la malevolencia, confieso que ha sido flaca mi

impericia. Sin embargo, no consideraría como acabado este modesto edificio, ni puestas en su fastigio las últimas elegancias del remate, si á guisa de pináculo, no diese yo cabida en este punto á un elenco descriptivo, ó sucinto catálogo de algunos trabajos escritos y publicados por Val de Ur, y que á modo de luminosos satélites gravitan en ronda orbicular al rededor de su ingente «*Panoplia*».

Pero adviértase con atención, que

memoria; que soy reo de una omisión tanto más grave, cuanto que nada ignoro del trágico y funestísimo suceso que segregó á Val de Ur del número de los vivos; y para que á todos conste, me apresuro á declarar aquí, subsanando mi falta, que el ilustre Profesor murió de muerte honesta y pulcra, fortuitamente ocasionada por el encuentro repentino y perpendicular de un organismo femenino con su testa venerable. Pues hacía sobre cuatro meses, según me lo han confirmado testigos fidedignos y presenciales, que el Maestro se había establecido en Nápoles, para practicar en los contornos meritísimos experimentos de reviviscencia y acaso fecundación subsiguiente en romanas hermosuras momificadas por secular senilidad y lluvias cenicientas, cuando de súbito sobrevino la reciente vesubiana regurgitación, acerca de la cual don Iscariotes hubo

jamás me ha sido posible, por mucho que menudease los esfuerzos, adquirir para mi peculiar consumo intelectual ninguna de las aludidas producciones, que llamaremos convencionalmente accesorias y secundarias, en comparación de aquel tratado superhumano, dechado de la Paleontologografía, que las precediera en el reino de los libros; y téngase muy presente que tan sólo he conseguido tomar ligero conocimiento de ellas, por extractos de se-

de dirigir, en forma epistolaria pero retribuída, á *El Protoplasma de Asturias*, diario ovetense, el gallardo y verídico informe que reproduzco en el presente libro. Mas al siguiente día de remitido el mencionado trabajo, sucedió que deambulando Val de Ur por las calles y los trivios de la ciudad napolitana, se le desplo-mase y viniese á parar encima de la cabeza, la mole ancilaria de una moza de muchas libras, que asomada á excelso balcón y perdiendo el equilibrio por sísmica desnivelación, se vió de golpe despeñada en el vacío, topando y desgonzando aquel cráneo, que no ya vulgares adiposidades de fregona, sino la astral pesadumbre de la luna y de las estrellas desprendidas del empíreo, fuera indigna de conculcar. Así murió don Iscariotes, no sin antes redactar su testamento preciosísimo, joya de la actual publicación. (*Nota del albacea*).

gunda mano que no he conservado, y por ajenas referencias; ya que las ediciones tan pronto como impresas se agotaban, y desperdigadas por el mundo eran como un puñado de harina echado al viento. Así, pues, enumeraré las mencionadas obras sin orden alguno sistemático, sirviéndome de de pauta únicamente las sugerencias de la memoria, y citándolas á compás de las vibraciones celulares de mis recuerdos.—Son á saber:

1.º Estudio acerca de la decapitación de los Acéfalos en la prehistoria.

2.º Ensayo sobre la necesidad de instituir un calzado mixto de gorra y zapatos, y eficazmente aplicable á los Cephalópodos magistrales. ¹

3.º El casuístico manual intitula-

¹ Esta clase de calzado gorrizapatero ha sido al fin adoptado, tras largas discusiones, en los Estados Unidos, donde presta servicios inmensos á los Cephalópodos, quienes, como es sabido, se subdividen en dos especies que mutuamente se profesan mortal aborrecimiento: los que tienen los piés en la cabeza, y los que, por el contrario, tienen la cabeza en los piés. (*Nota del albacea*).

do «*Ancora de los pecadores*», en que el Maestro comentando é interpretando la lumínica sentencia: *privatio præsупponit habitum*, nos enseña un nuevo método cómodo y seguro para llegar á santo por los floridos senderos del pecado.

4.º El ensayo humanitario llamado: «Manera sencilla, limpia y económica de aprovechar directamente las materias estercorarias para nuestra alimentación, sin valernos como hasta ahora, de ningún intermedio vegetal».

5.º La tonante controversia que sostuvo Val de Ur en el primer «Congreso Anti-escatológico» celebrado en Berlín el año de 1890. Dicha disertación que fué publicada después en latín, alemán y francés con láminas y figuras intercaladas en el texto, y el lema «*Selectio, electio*», versaba sobre la posibilidad de conseguir por medio de la selección, que en la especie humana los residuos de la digestión purificados y sublimados, fuesen eliminados por las porosidades cutaneas, esto es, por transpiración.

De esta proposición vigorosamente

apuntalada con sólidos argumentos, sacaba el autor consecuencias incalculables, como: la total asepsia y pulcritud de la raza; su longevidad indefinida; la dignificación definitiva del organismo regenerado, ya no más grosero ni hedentinoso; y otras mil conclusiones á cual más noble y consolante, pero ninguna tan excelsa y trascendente como la que á continuación expongo.

Pues siendo así que según ley biológica bien conocida, el no-uso de un órgano trae aparejada consigo la paulatina atrofia y desaparición del mismo, resulta en la hipótesis Valdeuriana de la *Exudación digestiva*, que no solamente se disgregaría, por faltarle terreno abonado, el ejército de patológicos enemigos que hostigan á la humanidad en los últimos trámites y regiones de la función asimilatoria; sino que también surgirían, por cuanto á la moral se refiere, beneficios tales, que de haber existido, por ejemplo, en tiempos de Lot, no fueran destruídos á buen seguro por ígnea y vengadora lluvia los íncolas abominables de la Pentápolis asfaltina.

6.º «*Res simia*, ó monografía ¹ de-
»tallada que abarca los orígenes de la
»raza Cuadrúmana, sus evoluciones,
»costumbres y civilización desde el
»primer Simio hasta nuestros días.»
En estas páginas brillantes y nutridas
de sana y abundante doctrina, Val de
Ur se muestra contraponedor y ad-
versario de la teoría Darwiniana; pues
sostiene que el hombre moderno es
un triste *Pitecántropo*, ó sea un simio
degenerado y regresado, á pesar de ar-

¹ Esta obra está escrita en idioma castella-
no. Y hago la advertencia, para que á nuestros
compatriotas indoctos (si es que los hay, como
lo he oído) no se les oculte el dúplice matíz
que en español presenta la palabra *Monogra-
fía*; la cual, lo mismo puede significar un tra-
tado especial sobre determinada parte de una
ciencia, como la zoología en nuestro caso;
que entrañar ingenioso retruécano y ameno
jugueteo con el ambiguo prefijo *mono* que en
griego implica concepto de unidad, de singu-
laridad; y en nuestra lengua sabemos todos á
qué equivale. Conociendo el carácter de Val
de Ur, y lo muy aficionado que era á herman-
nar la aridez de la ciencia con la jocosidad en
el decir, creo poder afirmar aquí que el Maes-
tro en este paso se permitió un «calembour».
(*Nota del albacea*).

teras apariencias, al estado de salvajismo primordial; al paso que los simios son los verdaderos magnates y jerarcas de la creación, los *Antropopitecos* sabientes, perfeccionados y conducidos por sucesivas transformaciones, desde la humana y ancestral barbarie, hasta su actual soberanía de inteligencia y cultura.

7.º Profusión de opúsculos, compendios, breviarios y folletos relativos en su mayoría á cuestiones de Gramática Zoaria comparada; y entre los cuales sobresale el por demás interesante Florilegio: «El rebuzno á través de las edades, considerado como único medio de expresión sentimental.»

Fuerza me es interrumpir aquí la nomenclatura de los trabajos debidos á la fecunda pluma del Maestro, y por él entregados á las divulgadoras energías de la prensa; pues por el cristal siempre turbio y empañado de mi memoria no se refractan más nombres de escritos y lucubraciones.

Pero conviene saber que la obra del gran Zoófilo y Paleógrafo, se dilata mucho más allá de los límites impues-

tos por mi insuficiencia al índice precedente; y además, que don Iscariotes pertenecía á multitud de Sociedades científicas, éticas ó recreativas, cuales eran: *El Club de los Homínívoros, de Filadelfia.*—*La Confederación zoaria, para la formación y fomento de un apéndice caudal en la especie humana.*—*La Liga de emancipación sexual, ó Pía unión contra los excesos y abusos de la honestidad.*—*El Gimnasio de los Necrófilos fervientes y apasionados;* y otros muchos centros de progreso y morigeración, cuya completa reseña resultara hastiosamente prolija, y que todos imponían al insigne profesor onerosísima balumba de discursos y conferencias.

Dos palabras, al terminar, acerca del estilo del Maestro, é implícitamente acerca del mío propio; pues en todo y por todo procuro ceñirme á la escrupulosa imitación y copia de aquel espejo de elegancia y corrección. Pero, «*¡Quantum mutatus ab illo!*» ¡Con cuánta torpeza claudicante! ¡Y cuán á la manera de los párvulos que en sus infantiles esparcimientos se dan á remedar las acciones de los hombres!

Val de Ur poseía, con una amplitud rayana de la perfección, la mayor parte de los idiomas humanos que se hablan, ó conocidamente se han hablado en el mundo; permitiéndole además su erudición vastísima, reconstituir algunos (como el de los tiempos Adámicos,¹ el de los Trogloditas, el de los Cíclopes, etc.) que muchos creían para siempre aniquilados y desaparecidos.

En tales condiciones, y con tal cúmulo de vocablos alojados en los repliegues y circunvoluciones del encéfalo, no es de extrañar que el Maestro escribiese (cualquiera que fuese la lengua adoptada por él de momento) con cierta soltura despreocupada y desdeñosa del Diccionario, y con toda la superior independencia de un hombre para quien las sintáxis y las gramáticas son trabas del pensamiento y ló-

¹ Val de Ur usa este término en su *Panoplia* por modo meramente convencional, pues no creía en la existencia de Adán ni mucho menos en la de Eva su esposa, por la cual tenía singular detestación, y la llamaba «mito obsceno y execrando». (*Nota del albacea*).

bregas mazmorras en que asfixiadas agonizan y expiran las ideas. Así es que con alguna frecuencia, le vemos utilizar voces latinas, y griegas de preferencia, ó también crearlas nuevas, sin curarse ni poco ni mucho de que figuren ó no en tiránicos vocabularios; atento tan sólo á no fatigarse el intelecto con hueras exigencias de lingüística, y á fijar con la mayor exactitud posible, viniere de donde viniere, los perfiles intangibles y flotantes del concepto.

Por lo demás, ni un lector habrá que no eche de ver ni deje de saborear en las páginas de don Iscariotes, lo rítmico del período, lo cadencioso de la frase, lo carmíneo de la expresión siempre exquisita y numerosa, aun en los atragantamientos más apremiantes de los afares literarios; y bien se puede dispensar fruslero defecto en las clavijas, cuando con impecable y nunca desmentida afinación vibra el instrumento.

No por otra razón he podido resolverme á infringir, con disculpable irreverencia, las instrucciones testamentarias del Maestro, quien juzgando que

los escritos suyos, cuya póstuma publicación me encomendaba, eran ruines, encanijados y perversos, por haberlos redactado en lenguaje humano en vez de emplear la fonética zoaria, me ordenaba, por lo mismo, imprimirlos con el epígrafe, que resplandece en la portada, de CRÍMENES LITERARIOS. Pero en verdad confieso que me faltó valor para tanto, es decir para cumplir á todo rigor los deseos del mandatario; pues íntimamente convencido de que aquellos no eran ni podían ser *Crímenes*, sino antes al contrario virtudes y carismas valiosísimos de tinta y cálamo, no he vacilado en añadir á la consabida rúbrica facinerosa, el aditamento atenuante, respetuoso, y por demás justificable de: *meras tentativas escriturales y delictuosas*.

Por lo que respecta á la orthographia ¹ usada por Val de Ur cuando en

¹ En este pasaje, como también en el testamento, me he valido, en parte, de la ortografía Valdeuriana, para que siquiera por breves instantes, pueda disfrutar de ella el curioso lector. (*Nota del albacea*).

castellano scribía, no stará de más indicar aquí que jamás prescindía del *vestigio etymológico*, sin cuyo rastro, á su ver, todo era confusión, desbarajuste i phantasmagoría; i solía decir que «los que tal vestigio descartan son, »theóricamente hablando, como ciertos eunukhos que bajo viriles apariencias ocultan y disimulan sykophánticos la inopia de sus facultades». Por lo cual las ph, th, kh, y demás filológicos alfileres, menudean implantados en sus escritos, cual flechas y jabalinas gloriosamente erizaban los campos de Maratón, después del pérsico desbaratamiento.

Pero atemperándome yo á la menuada usanza del día en España, he suprimido en la presente edición (salvo casos muy contados como el Testamento y algunas otras ocasiones escasas y esporádicas) todos los signos y caracteres que de obsoletos ó estrambóticos pudieran ser tildados por vulgares ignorancias.

VI

Entona ahora ¡oh alma! el «*exegi monumentum*»¹ deleitable de las felices terminaciones; porque conclusa está mi tarea de biográfico expositor, y tan sólo me resta desear á los lectores, que retiren de la atenta meditación de las

¹ Horacio, oda 30 del libro III.—(Nota dedicada por el albacea á los incientes desvalidos).

Aprovecho también esta ocasión para manifestar á todos, sin distinción de sexo, ni de edad, ni de sabios, ni de iliteratos, que la palabra *monumentum*, aun empleada como mera cita y arranque de poético lirismo, supondría por mi parte una exaltación de fatuidad insupportablemente jactanciosa, si tuviese yo la gran osadía de aplicarla á mi propio insignificante trabajo. Pero de sobra quedará justificada—como también lo fuera cualquier otro símil de arquitectónica majestad que yo utilizase en este caso—si se atiende á que me refiero no á las vanidades de la forma externa y sensible que, como mía, es efímera, desmañada y vil, pero á las sublimidades del fondo inmaterial, hipostático y consubstancial con el alma, la entelequia y la esencia misma del magno Val de Ur. (*Nota del albacea*).

obras y vida del ínclito Val de Ur, todo el fruto y provecho que yo mismo en ellas he cosechado.

Por lo que toca á mis propias notas y comentarios, si alguien se dignase recorrerlos, es mi voto más sincero, que encuentre en ellos tan grato solaz y utilidad tanta, como en sus quehaceres y entretenimientos de mayor predilección; los cuales no serán otros —según probable conjetura que fundo en alguna experiencia que me asiste de nuestra especie—sino papar moscas, comerse las uñas, pasearse por los cerros de Úbeda, ó quizá también computar telarañas, como este vuestro seguro servidor que se abstiene de besaros las manos, por ser enemigo de fórmulas inanes, ó que llevadas á la práctica pudieran no ser limpias en ocasiones.

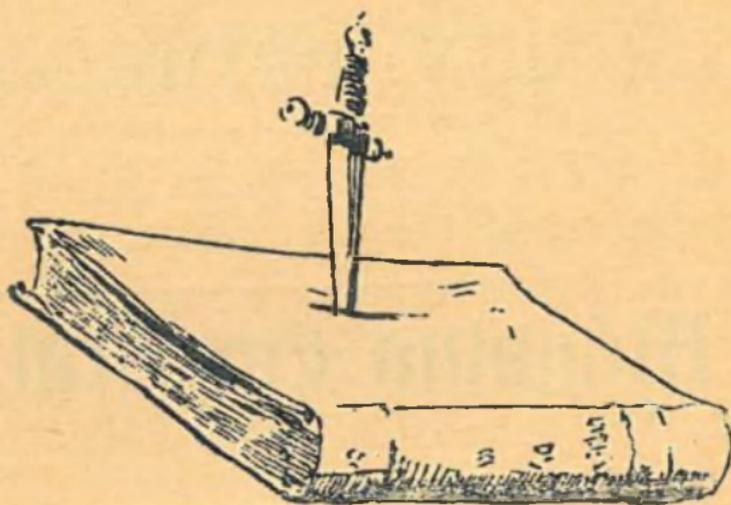
RAFAEL URDEVAL

Telarañista



CRIMEN PRIMERO

Máquina Cerebral



PREMEDITACION

Bien poco, ó nada quizá, tendría yo que anteponer á este RRIMER CRIMEN, si no se presentase rodeado de circunstancias especiales y singulares concomitancias, que me obligan á dar cuenta de ellas, á la par que facilitan la tarea premeditativa para este mi caletre exhausto y fatigado.

Es el caso que allá por el año 1892, tal vez recordarán algunos haber visto en *La Noche*, periódico madrileño hoy extinto, un á modo de anuncio y trompeteante proclama, donde eran narrados y enaltecidos inventos y maravillas análogos á los enumerados en *Máquina cerebral*; todo ello firmado y rubricado por un tal Rafael Zamora, que á la sazón se daba por el único representante en España

de una Compañía Norte-Americana, la cual ostentaba idéntica razón social á la que hoy encabeza el opúsculo que á continuación podrá leer quien así gustare.

Mas aquí cesa y se desvanece el parecido entre las dos composiciones; pues así como en un mismo árbol brotan y tremulentas se agitan hojas á primera vista semejantes entre sí, pero que de cerca consideradas se nos revelan diferentes, ya por el punto de frescura y lozanía; ya por el corte siempre vario, dentro de la misma forma, del limbo y de los lóbulos; ya también por la mayor ó menor resistencia del pecíolo, y por otros distintivos no menos característicos y salientes; así tampoco entre la actual publicación, á cuyo pié flamea el nombre de mi nunca bien llorado y admirado Maestro don Iscariotes Val de Ur, y la desmazzalada lucubración de marras, puede formarse un sensato paralelo; y antes brincarán ligeros los gamos por el

piélago, y penígeros volarán los peces por los aires, que podamos establecer comparación alguna entre aquel vulgarísimo *delito*, obra de vergonzante foliculario, y el grandioso CRIMEN, que en cumplimiento de mis deberes de albacea, hoy entrego á la prensa.

Pero, prescindiendo ya de los méritos intrínsecos de ambas perpetraciones, y haciendo caso omiso por completo así de las bellísimas prendas que exornan á la una, como de los cárdenos lunares que á la otra manchan y desfiguran, es lo cierto y lo indiscutible, que hoy por hoy en las vastidades ilimitadas donde á veces surcan las olas y otras encallan los impresos, coexisten y acaso lleguen á tropezarse, algún día dos manifestaciones idénticas en el fondo, iguales en la tendencia, en la índole semejantes, siendo á manera de dos doncellas, esbelta y garrida la primera, raquítica y desmedrada la segunda, pero que hacen los mismos gestos, y con las mismas

actitudes nos dirigen ademanes y señales.

Ahora bien, ¿qué lazo de unión, qué vínculo de parentesco, qué conexión existe entre una y otra? ¿Es la segunda producción, consecuencia de la primera? ¿Guardan ambas entre sí, al par que accidental similitud, las mutuas relaciones que subordinan el efecto á la causa? Y restringiendo el vuelo de nuestra curiosidad á lo que más propiamente la debe estimular, ¿es en todo caso *Máquina cerebral*, una simple ficción elegante y placentera, mero entretenimiento de una pluma, que caldeada en las ascuas de la Paleografía y otras ciencias no menos ígneas y ardorosas, gusta de solazarse, á veces, en las frías ondas de humorísticas imaginaciones; ó debemos considerarla, por lo contrario, como un verdadero prospecto de una Compañía industrial, de la que hasta hoy no teníamos noticia, y como producto *automático* de un aparato anunciador,

de una *Cefalia*, refrendado y visado después por el ínclito Val de Ur?

Puntos son estos todos, cuya importancia no se ocultará al buen juicio de nadie, y que procuraré dilucidar con la concisión necesaria para que no germine en el alma de los lectores el hongo del fastidio, pero también con la extensión precisa para que no se empañe y oscurezca el diáfano cristal de la claridad indispensable.

Por lo que hace á la primera serie interrogativa, esto es si la añosa publicación de *La Noche* y el actual escrito que hoy sale al mundo con todo el verdor de la juventud, son como dos pájaros del mismo jardín, pero intruso el uno, autóctono el otro, y llamados ambos por la suerte á bien distinto destino; pues canoro y gentil revuela éste por las natales frondas; al paso que aquél, mustio y taciturno para siempre, se conserva disecado en la sepulcral vitrina de algún museo;—es cuestión que quedará resuelta más

adelante, y á satisfacción de todos, lo espero; pero que, á mi ver, y sin que esto quiera decir que le niegue su gran valor, carece de trascendencia inmediata, toda vez que bien escasas serán las personas que recuerden ó hayan divisado el pájaro mustio. Sin embargo, y ya que andamos metidos entre metafóricas aves, afirmo desde ahora —y ruego se me crea por pocos instantes bajo la fe de mi palabra— que este PRIMER CRIMEN, recogido por mí en la póstuma conciencia de don Iscariotes, y que en este libro divulgo, no es ningún grajo fraudulentamente disfrazado con ajeno plumaje, sino honrado volátil perfectamente autónomo dentro de su especie, y poseedor de galas, acaso modestas, pero propias y personales.

Respecto á la otra alternativa antes formulada, y es á saber si *Máquina cerebral* es hija de la fantasía de mi Maestro, ó bien un triste anuncio mercantil (en cuyo caso fuera risible

petulancia por parte mía el haberlo incluido en este volumen), debo decir lo siguiente:

Que cuando me personé en Polanes á desempeñar presuroso las más urgentes obligaciones de mi luctuoso cometido, y cuando con temblorosa mano agitada por la emoción y el respeto, abrí uno de los cajones en que se acumulaban las gráficas reliquias de Val de Ur, lo primero que me saltó á la vista, después de densa nube de polilla profanadora, fué un folleto, redactado en lengua inglesa, impreso en Nueva-York al parecer, y que constaba de unas treinta hojas amarillentas y marchitas, insertas en una mala cubierta de papel descolorido.

Nada menos á propósito para aguzar en mí el aguijón de la curiosidad, ni para seducir mis apetitos de indagación; pues á más de lo insignificante y miserable de las apariencias, el título repulsivo de «*The new universal, radilectrical, litterary Company,*

limited», y también la rápida ojeada que de pasada hube de echar sobre aquellos renglones, no me daban lugar á dudas, y de seguida creí comprender que el tal librito era cosa de industria y comercio, para los cuales, sea dicho sin ofender á nadie, siempre he profesado un despego y un desamor, que no llegando á odio, rayan sin embargo en hostil apartamiento.

Con todo, pude sobreponerme y dominar mi aversión; y reflexionando presto, que nada de lo que al Maestro había pertenecido, y mucho menos uno de sus papeles, debía serme indiferente ó tedioso, ni era posible que yo lo pasara por alto, acometí con un interés que por momentos se acrecentaba, la lectura del opúsculo; después de la lectura su traducción al castellano; y después de la traducción, la publicación del mismo en la forma que se verá, y que ni en un ápice discrepa del original, salvo el epigráfico aditamento de *Máquina cerebral*, el cual

no figura en el texto primitivo, y con ser grano de mi propio paupérrimo trigo, espero, no obstante, merezca el agrado (Val de Ur diría, el desprecio) de los lectores.

Tampoco habré de callar—y ya se acerca inexorable la solución que ha de barrer todas las dudas antes enunciadas—que á medida que la lectura del folleto me producía deleite más suave, más también me iba convenciendo de que todo aquello, ni era parto trivialísimo de una Sociedad de merchantes, ni tampoco chispa brillante pero fugaz de una inventiva generosa; pues el primer supuesto muy mal se avenía con la amenidad de la frase y lo puro de la dicción, en tanto que el segundo pugnaba evidentemente con el peso y la gravedad de las materias ahí tratadas.

Tales vacilaciones me atormentaban, y cruelmente me tenían el ánimo suspenso y embargado, cuando ocurrióseme registrar de nuevo el cajón

que ya dije, y pronto eché de ver cierto papelito plegado en cuatro, con indicios de oblea en el respaldo, y que debió de haber sido pegado al folleto, por cuanto éste ofrecía en la cubierta evidentes y rojas señales de pristinas y farinaceas adherencias, por mí no reparadas al principio.

Apoderéme febril del precioso documento, que era de puño y letra de Val de Ur, y estaba escrito en griego, por el cual sentía el Maestro singular predilección.

Decía:

«Ταῦτα γράμματα.....» pero creo que aquí se me impone un esfuerzo traslaticio hacia nuestro lenguaje corriente, no tanto por prejuizar ignorancias poco frecuentes en España por fortuna, como por evitar en lo posible la nota de pedante, que por mí no me dolería, dadas las callosidades protectoras en que se ocultan mis personales pretensiones, pero que sí me escocería, y mucho, si se aplicase á mi Maestro.

Así rezaban, pues, las helénicas frases, vertidas á nuestro idioma:

«Advierto á quien esto leyere y
»cualquiera sea el uso á que destinare
»estas páginas,—ora les conceda en su
»biblioteca los honores de la hospi-
»talidad, ora con higiénico desdén
»las dedique en lugares humildes á
»fines abstergentes y secretos—que el
»opúsculo intitulado «*The new univer-*
»*sal, radilectrical, litterary Company,*
»*limited*», es obra mía exclusiva, tanto
»por lo que al dominio de las ideas per-
»tenece, como por lo que atañe al ro-
»paje de la verbosa forma.

»Bien es cierto que en *La Noche*,
»periódico de la Corte española, apa-
»reció en tiempos ya lejanos y con el
»propio título, un artículo cuya idio-
»sincrasia y conceptos recuerdan los
»míos de ahora, como el huevo terso
»y delicado hoy emitido por bulliciosa
»gallina, se parece y asemeja al que
»pondrá mañana. Pero téngase muy
»en cuenta que aquello es esencial-
»mente una vil patraña, un *humbug*,
»un *canard*, una bola tan grosera co-
»mo rotunda, fruto híbrido de un es-

»critorzuelo de tres al cuarto, que por
»entonces se complacía en fascinar al
»público con baratijas y juglerías har-
»to dañinas y reprobables.

»No obstante, es cosa bien conoci-
»da que del estiércol nace el pan, que
»de las glándulas pestilentes de ciertos
»animales se extrae delicioso perfume,
»y que de las plantas más venenosas
»se sacan y se destilan salutíferas me-
»dicinas. Así también he sabido yo
»retirar ópimo fruto y substancial pro-
»vecho de aquellas charlatanerías dis-
»cordantes y vocingleras, cual pacien-
»te y laborioso labrador regando con
»el sudor de todo su cuerpo, incluso
»el de su rostro, la aridez amarillenta
»de pedregosa tierra, logra y obtiene
»pingüe cosecha, ahí donde el haragán
»negligente tan sólo consigue abrojos
»y zarzales; y mis estudios lingüísticos
»unidos con los especiales que he em-
»prendido acerca del radio, me han
»permitido convertir en tangible rea-
»lidad, lo que no era hace trece años
»sino disparatado é incoherente sueño
»de un pobre mentecato.

»He construído una *Cefalia*, en-
»tiéndase una máquina capaz de dis-

»currir, componer é imprimir por sí
»sola escritos varios; la he terminado
»hace dos meses, y como muestra de
»su idoneidad aquí está, redactado por
»ella, el adjunto prospecto, al que pien-
»so adherir este papel, por medio de
»una oblea aglutinante y conjuntiva.

»He remitido á la famosa «*Great*
»*Morgan's and son Company, 5^t Ave-*
»*nue 92, New-York*», un ejemplar del
»repetido prospecto, con todos los de-
»talles y pormenores relativos al in-
»vento, para que me patrocine con su
»colosal, y ciertamente vituperable
»robustez financiera; é invitándola á
»que se sirva tragar en mi compañía
»un pequeño buche siquiera del léga-
»mo pegajoso en que yacen y chapo-
»tean los inventores; bien seguro, le
»añado, de que por ese modo tan sen-
»cillo y eficaz, podrá ella purificarse
»del verdín monetario y de las muchas
»máculas y roñas que la corroen, cual
»en baños de lodo, hasta el cuello se
»inmergen en busca de salud, ciertos
»enfermos carcomidos por implacable
»dermatosis.

»Todavía no he tenido contestación
»de los Estados Unidos; pero no dudo

»que la reciba pronta y favorable, tan-
»to porque ofrezco á aquellos señores
»—con grande pero necesaria vergüen-
»za mía—la facilidad de multiplicar
»sus capitales, como porque al propo-
»nerles que tomen en mis trabajos y
»fatigas activa y redentora participa-
»ción, coloco entre sus manos el plu-
»mero que tanto han menester, si
»quieren sacudirse de encima la igno-
»minia que siempre traen consigo las
»trombas pulverulentas del excesivo
»dinero.

»A quien esto leyere el primero, ó
»á mí testamentario, si es que me plu-
»go designar á uno antes de entregar
»á la voracidad de la tumba la sucu-
»lencia de mis carnes, lego y mando
»la *Cefalia* que actúa silenciosa y pen-
»sativa en esta mi casa, así como to-
»dos los derechos y acciones que para
»mí dimanasen del mutuo convenio
»que oportunamente celebraremos la
»*Great Morgan's* y yo.

»Tal es mi voluntad, que mucho
»deseo no sea la última; pero como si
»lo fuera.—Polanes á 1.º de Diciem-
»bre de 1905.—Profesor Iscariotes
»Val de Ur».

No más; y sobraba. Pues ardua tarea fuera describir, siquiera con ligero trazo, la confusión y el asombro que me sobrecogieron cuando hube leído semejante documento, en cuya comparación el folleto de quien era apéndice, resultaba como un glóbulo sanguíneo en presencia de la plenitud torrentuosa del sistema circulatorio; y no pudiendo contener más la convulsiva fogsidad del mío en aquel momento, cual mísero barquichuelo perdido entre oceánicas brumas, lancéme á la calle en busca de algún amigo del Maestro, que supiese disipar las nebulosidades que me envolvían.

No uno sino muchos encontré que se habían tratado con Val de Ur, mientras gozaba de la dulce vida; y aquí una vez más, pude comprobar hasta qué punto de ulceración ignoble, el alacrán de la envidia roe, taladra y corrompe el corazón de los hombres, cuando algún genio sublime, algún espíritu tan excelso y poderoso como

el insigne Paleógrafo mi glorioso representado, viene á demostrarles de siglo en siglo, con sus virtudes y sabiduría, el abismo de ruindad en que yacen sepultados.

Los más, á mis preguntas atentas y urbanas, contestaron desdeñosos encogiendo los hombros. Algunos, con mayor cortesía para conmigo, pero con sin igual irreverencia para don Iscariotes, me dijeron (¡y perdóname sacra memoria de mi Maestro!) que el tal señor era un loco, con la sesera resquebrajada y licuefacto el contenido. Otros me aseguraron que Val de Ur tenía bien templada y afinada la lira de su inteligencia, pero que solía darse á bromas de pésimo jaez y macabras como una notomía; dijéralo si no la presente lúgubre farsa, con la cual se proponía mofarse, aun después de muerto, de algún simple que lo creyera; y á todo esto me miraban con despectiva conmiseración. Por último no faltaron lenguas impías y procaces, que

perdido todo pudor y toda la veneración que á la ciencia y al sepulcro se debe, pretendieron, blasfemando, que no sólo el papelillo que tan en vilo me tenía era una burlería odiosa y grotesca, sino que el libraco concomitante (*sic*) constituía uno de los muchos conatos de estafa realizados por el difunto para sorprender la candidez de los zamacucos y gahnápiros—que para todo los hay—haciéndose pasar por único representante de una Compañía extravagante, sin existencia posible; descorchando así la colmena, por hurtarse á mansalva la metálica miel de los zanguangos y majaderos, y alimentar después á costa del prójimo los muchísimos vicios que cual zánganos revolaban zumbadores por su alma envilecida.

Cuál no sería mi indignación y mi dolor, al ver así escarnecido y escupido en la picota de la difamación, y puesto de garduño truhán y pícaro socaliñero, á aquel varón ilustre, que

si bien adolecía de ciertas flaquezas, y como todo hombre, solía contemplar con melancólica concupiscencia los bienes ajenos, sin embargo jamás apeló, mientras me honró con su amistad, á toscas arterías y burdas triquiñuelas para allegarlos á su poder. Y aunque tal hiciera ¡harto acreedor sería, por sus grandes merecimientos y profunda sapiencia, á todos los lenitivos de la disculpa y de la tolerancia; debiéndose en tal caso censurarle, pero siempre con indulgencia y compostura, no en cuanto al hecho por demás frecuente y traído de una usurpación furtiva, sino porque un alma tan elevada como la suya, y distraída seguramente con sus altas especulaciones, emplease para el logro de sus deseos un recurso tan sandio, tan inepto y tan desprovisto de toda sensatez, como el que entonces discurrían, por darse el gusto de afearlo, aquellos torpes calumniadores!

No por largo tiempo los hube de escuchar; y respondiendo á su inju-

riosa rechifla con elocuente mutismo, volvíles la despreciativa espalda, y díme prisa en dejar á Polanes, sacudiendo al salir el polvo de mis zapatos; pero no sin antes haber escudriñado con minucia la casa del Maestro, por recopilar y llevarme conmigo sus papeles preciosísimos, y también ver de encontrar en ella la *Cefalia* silenciosa y pensativa, que por disposición de Val de Ur era mía después de su muerte, y que había de recompensar con exuberante munificencia mis sinsabores de albacea. Mas ¡ay! resultaron vanos los esfuerzos é infecundas las pesquisas todas que practiqué por dar con ella. Pero no por esto se infirmó la confianza inquebrantable que tengo en la palabra escrita de Val de Ur, sino antes al contrario se robusteció, cual conviene á toda fe sincera y arraigada que se agiganta en el combate; y presto estoy, como postremo argumento, á echar á la faz descompuesta y lívida de mis cínicos contradictores

el *credo quia absurdum* de la orgullosa razón vencida y expirante.

También yo he escrito á la *Great Morgan's and son, Company, de Nueva York*, participándole oficialmente el fallecimiento del insigne Val de Ur, inquiriendo si había recibido su carta del pasado Diciembre con el folleto que acompañaba, y poniéndome á la disposición de aquellos señores para todo lo que se refiriese á la pronta organización y giro de «*The new, universal, radilectrical, litterary Company, limited*», de la cual espero retirar copiosos y bien merecidos beneficios. Estoy pendiente de la respuesta.

Es cuanto puedo manifestar á los lectores tocante á la historia de Máquina cerebral; y es mi vivo deseo que merced á esta *premeditación*, sean paladeados con fruición más exquisita, los horrores literarios del *Crimen primero*.

CRIMEN PRIMERO

MÁQUINA CEREBRAL

"The new universal, radilectrical, litterary Company, limited."

Domicilio social: BROADWAG.—NEW-YORK

CAPITAL: \$ 20.000.000

I.—Consideraciones preliminares

Este gigantesco organismo, cuya aparición en el panorama industrial, está llamada á trastornar el haz de la tierra, tiene por objeto, según su razón social lo patentiza, elaborar mecánicamente al por mayor y con precios equitativos, literatura de toda clase, bien en prosa, bien en versos; y abastecer al mundo entero de novelas, dramas, poemas, epístolas recreativas, descriptivas, ó simplemente morales; fabricando, en una palabra, cuanto constituye lo que hasta el día se ha

venido designando—y ya no se designará—con los nombres estrambóticos, vacuos y obsoletos de poética, retórica, bellas artes, humanidades, y otras apelaciones de la misma calaña, erróneas todas ellas, ineficaces y degradantes.

Recórrase nuestros talleres colosales; y hasta el visitante más obtuso quedará convencido de que la inteligencia, considerada como facultad peculiar del hombre y por cuanto á componer y escribir libros se refiere, es un mito despreciable, una fantasía vana, una abstracción ilusoria, puesto que nosotros acabamos de desterrarla y sustituirla con triunfante ventaja, por artefactos automáticos, infalibles é incansables, como son nuestras poderosas máquinas *fraseléctricas* ó *psilotípicas* (prosadoras), y nuestros enérgicos aparatos *radiostiquios* ó *ritmoplásticos* (versificadoras) cuya descripción somera nos proponemos trazar, después que en pocas palabras hayamos expuesto la perfecta identidad y adecuación que existe entre las necesidades imperiosas que de algunos años acá se vienen sintiendo en el tráfico

literario, y el modo cómo á nuestra Compañía le es dado satisfacerlas.

Es evidente y palmario á todas luces, que en este siglo de convulsivo trabajo, en esta era de portentosos adelantos que unos á otros se suceden con mágica rapidez, en esta época de incontrastable progreso, que en vertiginoso vuelo arrastra y arrebatá á los hombres hacia una hégira duradera de prosperidad y bienandanza; es evidente, repetimos, que también hacíanos falta una Literatura que en sus fuentes de producción y distintas manifestaciones, fuese verdaderamente científica, exacta como la geometría, precisa como una ecuación, variada sin embargo y placentera como las flores del campo durante la primavera, y que entrase á reemplazar, gloriosa y lozana, los caquécticos engendros y fetos miserables, nacidos de pseudoescritores depauperados, de ruines poetastros entecos y macilentos, y en tesis general, de cuantos entes encanijados, deformes y presuntuosos han usurpado hasta el día el título y la profesión de hombres de letras.

Nadie que tenga intacta la concien-

cia, y recto sentir, y buena fe podrá negar con serenidad, que al fin nos hallamos hartos y asqueados de tanta chusma nauseosa de escribículos impotentes; y que cada cual en nuestro fuero interno nos lamentamos con amargura y dolor, porque so pena de perecer víctimas de la inanición mental, nos vemos constreñidos á deglutir y asimilarnos los productos repugnantes y gusarapientos de caletres anémicos y desnutridos, á quienes, por una concatenación inconcebible de atávicas aberraciones, hemos otorgado patente de genio, y elevamos estatuas inmerecidas.

Díganlo sino Shakespeare el farsante, Victor Hugo el orate, y el ignoble Cervantes, escarnio y baldón de la humanidad, y que á poco que proyectemos sobre sus obras los destellos saludables y vengadores de la ciencia positiva, sentiremos hacia nosotros mismos vergüenza y desprecio tales por la admiración inexplicable y envilecente que de generación en generación les hemos tributado, que hasta el mismo suicidio nos pareciera penitencia leve de nuestra locura, si «*The new universal, radilectrical, litterary Com-*

pany, limited» no surgiese hoy á brindaros á todos con las mercedes inefables de la ansiada redención.

Por tanto, desde el seno caliginoso de esta noche aterradora, séanos perdonado el orgullo de presentarnos como lucíferos soles, que relegando á siniestra mano en los abismos de la nada las tinieblas originarias, y desplegando á la diestra los resplandores aurorales del renacimiento literario, clamamos al universo:

«He aquí que os ofrecemos una
»Literatura mecánicamente elabora-
»da. ¡No más Dioses, no más alma,
»no más fuerza creadora, que la de
»las dínamos sacrosantas y la de los
»reóforos venerandos: ellos son las
»Musas, ellos el numen, ellos la ins-
»piración! ¡Acudid pueblos y gentes
»innumerables en demanda de vuestra
»refacción para siempre inmunizada
»y garantida contra los dislates del
»pensamiento humano, y contra los
»peligros ya desvanecidos de crimina-
»les sofisticaciones; pues aquí nos teneis
»donándoos, enriqueciéndoos y salván-
»doos con el tesoro inestimable de ca-
»denciosas lucubraciones y prosas asi-

» métricas, excelentes indefectiblemente
» te é intachables, como procedentes
» que son de máquinas imperturbables
» y serenas! ¡No más poesía fétida, le-
» prosa y purulenta; respirad todos á
» pulmones llenos las auras y las brisas
» balsámicas y rejuvenecedoras de la
» *Ritmoplastia* deliciosa! ¡No más re-
» latos y narraciones torpemente verti-
» dos en los desportillados moldes de
» abyecta rutina, y de hoy más pedid
» unánimes y sonrientes la verdadera,
» la sensata, la racional *Psilotipia!*».

Mas obligándonos el tiempo y las reducidas dimensiones que nos impone esta breve reseña, á hacer punto aquí en las consideraciones preliminares é indispensables para el sucinto conocimiento de nuestros planes y designios, rogamos á las personas que deseen ahondar con detenimiento tan interesante materia, se provean de nuestro *gran Catálogo ilustrado*, precio 5 dollars, pagables, al hacernos el pedido, en sellos de correo ó letra de fácil cobro; y pasamos sin más dilación, conforme lo hemos anunciado, á describir á grandes rasgos nuestros aparatos, y su modo de funcionar.

II.—Cómo funcionan nuestros aparatos, que son cerebros humanos artificiales

Merced á las pacientes investigaciones y portentosos descubrimientos de nuestro egregio compatriota Edison, es hoy verdad inconcusa, axiomática, y de común aceptación, que el flúido eléctrico consta de dos partes ó elementos: uno craso, espeso, grosero y viscoso, que constituye, por decirlo así, la hez de la electricidad; y el otro tenue, diáfano, etéreo y sutilísimo, el cual no es otra cosa propiamente, sino lo que algunos hombres ignorantes y reacios se obstinan, aun hoy, en llamar con evidente ridiculez y nesciencia lamentable, alma ó espíritu; y á lo que todos cuantos nos preciamos de cultos, instruídos y positivos, damos el nombre de *flúido primordial ó hipereléctrico*.

Fundados nosotros en esta base y en las consecuencias que de ella dimanar, se nos ocurrió combinarlas con los

efectos de otros estudios, que si bien practicados por un extranjero, no carecen sin embargo de mérito ni de valor: nos referimos al francés Curie, y á las propiedades del Radio; con el cual y después de penosísimas pruebas, hemos conseguido construir un filtro delicado que hubimos de utilizar para purificar, refinar y sublimar aun más el *flúido hipereléctrico* antes indicado, convirtiéndolo en *Radiléctrico*, impregnándolo al propio tiempo de una vitalidad asombrosa, y que en esta nueva forma de última volatilización, supera y excede inmensamente á *eso* que los necios acostumbran exaltar y repicar á son de genio, talento, *quia divinum*, desde las agrietadas torres de mentida fama, y no son sus destempladas alabanzas sino hueras vibraciones y discordantes badajadas, cómo no sombrío vuelo de buhos y murciélagos anidados en los mohosos campanarios de la inepecia.

Veamos ahora cómo aprovechamos el *flúido radiléctrico*, después de extraerlo por medio de largas y complicadas manipulaciones que no es del caso enumerar, por no fatigar á los

lectores con las arideces de importuno tecnicismo; y cómo lo ponemos en condiciones de suministrarnos selectas energías de *intelectual* eficacia.

Nos valemos al efecto de fuertes baterías de condensadores esféricos, hechos de acero, turmalina, azogue y distintos fósforos convenientemente amalgamados, cuyo tamaño viene á ser el décuplo del de cualquier cabeza humana bien desarrollada y normal: son nuestras *Cefalias*.

Habiéndonos fijado además, en la influencia innegable y singular que el sistema capilar y el cuero cabelludo ejercen sobre todo acto de producción literaria natural, ya sea que lujurante melena sombree con agraciados bucles las sienas del escritor; ya sea por lo contrario que severa calvicie prolongue hasta el cerviguillo la desnudez de la frente, tenemos en nuestros talleres variadísimo surtido de pelucas y gorras, que ostentan desde los páramos más desolados de la alopecia devastadora, hasta las frondas rutilantes de finísimas gudejas de oro y de platino hilados; y llegado el caso, adaptamos las dichas gorras ó pelucas á las esferas anterior-

mente mencionadas; las cuales sometidas á la *acción radiléctrica*, presentan al funcionar (dígase componer) todos los síntomas, y surten todos los efectos de la inspiración más intensa, ó de la placidez más lánguida y voluptuosa, ora los metálicos cabellos se yergan erizados en el vértice, ora pendan lacios y desmayados por las redondeces de la nuca, ora líquidas perlas de condensado vapor aljofaren salpicadas la convexidad reluciente y lampiña de la artificial cabeza.

Cúmplenos ahora revelar lo que encierran y contienen estos aparatos ó *Cefalias*; y no es otra cosa sino una cantidad adecuada y matemáticamente graduada de cierta masa ó pulpa homogénea y parenquimatosa, cuya composición química, forma, circunvalaciones, vasos, depresiones y lóbulos, son exactamente iguales, peso aparte, á los de un encéfalo humano bien constituído; salvo que comprende una proporción mayor de fósforo, determinada dosis de radio, y por sus meandros vasculares corre y circula, en vez de sangre, un licor incorruptible por nosotros nombrado *Hemopsiquina*,

quien mezclándose con los dos elementos citados, refresca la pulpa, la nutre, y la protege contra todo género de desgastes, los cuales acarrearían esos terribles accidentes de imbecilidad mecánico-literaria, que tanto nos dieron que hacer en los comienzos de nuestros ensayos. Fácilmente se comprenderá que el objeto de la pasta, masa ó *Cerebrina*, que damos por suficientemente descrita, es ser el depósito, el receptáculo, la esponja donde se infiltra y almacena la cantidad necesaria y escrupulosamente tasada por fórmulas especiales, del *fluido radiléctrico* que ya conocemos.

Resulta pues de lo dicho, que cada uno de nuestros aparatos es un verdadero cráneo humano creado por nosotros, y dentro del que va incluido un verdadero cerebro literario perfeccionado, eminentemente autónomo y científico, el cual en razón de los mil cuidados que tomamos al construirlo, ni puede sufrir errores, ni padecer alteraciones, ni experimentar lasitud ó ó deterioro, cosa que no sucede con los cerebros naturales, quíenes á cada paso luchan y tropiezan con los obs-

táculos sin cuento que les oponen los vicios, las pasiones y el fatal despotismo de las funciones fisiológicas.

Por cuanto al manejo de las *Cefalias* y su modo de trabajar, no pueden ser más rápidos ni más cómodos; ya que para confeccionar cualquier obra literaria, bástanos echar mano á un juego de llaves ó conmutadores, con lo cual queda establecida comunicación entre una de nuestras prensas modelo y tal ó cual de las *Cefalias* previamente cargada del flúido apropiado; al paso que un *intensímetro* muy sensible va registrando exactamente la cantidad *radiléctrica* gastada, y avisándonos cuando hemos de activar ó moderar la corriente; y al cabo de poco tiempo, esto es del estrictamente preciso para la impresión, obtenemos la obra deseada sea cual fuere su clase, desde la copla más humilde hasta la más encumbrada epopeya, desde el opúsculo más linfático hasta el libro más substancioso y pletórico, encuadernado con lujo ó sin él. Según se ve, nuestro sistema en sus aplicaciones, como todo lo realmente práctico, es á la vez grandioso y sencillo.

III.—Amplitud de miras de nuestra Compañía

Mas consolidadas ya en un principio las bases de nuestro método, y perfectamente organizado el armónico funcionamiento de las máquinas, por cuanto á nuestro idioma nacional atañe, hubimos de luchar, empero, contra nuevas y grandes dificultades, hijas de nuestro afán por alcanzar el *plus ultra* soñado, y navegando por los ingratos mares del asiduo trabajo, arribar á las regiones triunfales donde el progreso se estaciona é irradia sus fulgores, asentado sobre el solio inquebrantable de lo definitivo.

En modo alguno podía parecernos bastante que nuestra industria empequeñecida se concretase tan sólo á la restringida tarea de suministrar á nuestros favorecedores una Literatura exclusivamente britana. Más allá tendían nuestros esfuerzos; más nobles y generosas hervían nuestras ambicio-

nes; toda detención ó demora se hacía para nosotros insufrible y afrentosa en la gloriosa ruta; y con impulso irresistible nos lanzamos á transformar nuestra ya magna empresa, en un mercado vastísimo, un emporio colosal, donde los pobladores todos del universo mundo, sin mezquinas distinciones de idiomas y nacionalidades, pudiesen atender al sustento literario con una alimentación tan variada, como sana y copiosa.

No intentaremos enumerar aquí el cúmulo de impedimentos, estorbos y enemigos de toda laya que hubimos de vencer, antes de conseguir tan fausto y apetecible resultado; ni referiremos las crueles alternativas de esperanza y desaliento en que tantas veces nos hemos encontrado, según nos creíamos llegados á la cumbre luminosa del éxito apetecido, ó por lo contrario, caíamos precipitados en los fragosos despeñaderos de fracasos, por fortuna parciales y transitorios; ni tampoco narraremos el estado de pantanosa duda en que por largo tiempo nos vimos sepultados, sobre si nos debíamos limitar á discurrir unos aparatos me-

ramente traductores, ó siguiendo adelante sin descabalar en lo más mínimo la integridad de nuestro propósito, inventar y fabricar, con titánica labor, unas nuevas, potentísimas y prodigiosas baterías de *Cefalias* apropiadas y adaptadas á las omnímodas exigencias de la fonética mundial.

Nada de esto pudiera cautivar la atención, ni suscitar el interés de quienes tuvieran la benevolencia de leer este prospecto; pues á ellos únicamente les pertenece gozar tranquilos y sosegados de las ventajas incalculables que nuestro trabajo les proporciona; y á nosotros nos corresponde ahora, congratularnos y regocijarnos al indeleble recuerdo de pesadumbres y sinsabores felizmente terminados; siendo tanto más puras y exultantes las alegrías de la victoria, cuanto más encarnizado ha sido el combate, y más tenebrosos los horrores de la refriega.

Hoy en día, nos hallamos en aptitud de entregar el público cualquier suerte de *Ritmoplastias* (género verso) ó de *Psilotipias* (género prosa), puestas no tan sólo en todos los lenguajes hablados en los países civilizados, sino

que también redactadas en cuantas jergas, jerigonzas, gruñiparlas ó algarabías—por inconexas y onomatopéyicas que se las suponga—utilizan los pueblos menos cultos, comúnmente llamados salvajes; los cuales desde este momento, pueden contar en nuestros almacenes con un completo menaje literario, sin que el producirlo ó adquirirlo les cueste intolerable esfuerzo de imaginación, ó sofocantes quebraderos de sus facultades, sino sencilla y únicamente, módico desembolso pecuniario bien insignificante, si en parangón lo ponemos con los beneficios inapreciables que les reportamos.

Detentamos pues el augusto monopolio de las Letras regeneradas, y hemos formado el *trust* de la Literatura universal. Bien alto lo proclamamos, y con legítimo orgullo nos vanagloriamos de que para remontarnos á tan excelsas alturas, no hemos retrocedido ante ninguna fatiga ó física molestia, como tampoco ante ningún sacrificio dolorosamente monetario; pues echadas y resueltas ya las últimas fórmulas, acabados y prestos á funcio-

nar nuestros novísimos aparatos, *The new universal, radilectrical, literary Company, limited*, no vaciló por un momento en esparcir y diseminar por el globo una legión de exploradores *radilectricistas*, que llenos de ciencia y abnegación, recorrieron osados los parajes todos de la tierra, y encaminaron sus atrevidos pasos hasta las sinietras lobregeces de los géminos polos, verdugos implacables y helados sarcófagos para muchos de ellos que sucumbieron al peso de su misión sagrada. ¡Descansen en paz en sus nevadas tumbas aquellos heroes ignorados y sublimes! Y témplese nuestro dolor al considerar, que desde el aspecto mercantil, poco ó nada hemos perdido en este caso; pues según probabilidad que raya en certidumbre, en aquellas regiones extremas y desoladas, sólo moran pinnípedos, osos blancos, ballenas y cachalotes; mamíferos estimables en sí, pero poco locuaces por naturaleza, y que ateridos por el frío no podían ni podrán presentar á nuestras indagaciones de lingüística ni á nuestro comercio interés alguno, hasta que la ciencia del gran Val de Ur, ó sea la

Fonética zoaria, no se haya difundido y generalizado por el orbe.

En cuanto á los demás exploradores, así los que peragraron por las elíseas campiñas bañadas en los efluvios de la civilización, como los que descendieron en los antros profundos donde se espesan las sombras de la barbarie, regresaron todos al domicilio social cargados de valioso botín y riquísimos tesoros de glosología, aglomerados en los acumuladores portátiles que llevaban, y en los cuales iban almacenando, con maduro discernimiento, el *fluido radiléctrico* propio de los pueblos y naciones que visitaban; resultando con esto, que nos hallamos actualmente en posesión de cuantos elementos nos son precisos para fabricar en cualquier idioma.

Pero á pesar de ser tan vasto el perímetro desarrollado por el círculo fonético que acabamos de trazar, todavía lo juzgamos pequeño, estrecho y apretado para nuestra envergadura majestuosa, y el altivo vuelo emprendido por *The new universal, radilectrical, litterary Company, limited* hacia la cúspide fascinadora de la per-

fección; y ensanchando más y más los confines de nuestras aspiraciones, nos hemos puesto en situación de ofrecer á los sabios, filólogos, paleógrafos, exegetas, gramáticos, etc., profusión de obras literarias, compuestas por *Cefalias* especiales cuya erudición garantizamos, en todo idioma antiguo y hasta prehistórico, del que haya podido llegar hasta nosotros cualquier vestigio, cualquier rastro gráfico, por exiguo é imperceptible que sea.

Así pues, tenemos hacinada en nuestros depósitos y pronta á ser entregada á los consumidores, preciosísima congerie de documentos escritos, no sólo en latín, griego, hebreo ó sanscrito — pues éstos constituyen para nuestros laboratorios literarios el género vulgar, aunque siempre esmerado y fino, de nuestra producción arcáica—sino que también confeccionados en aquellos lenguajes venerables y primitivos, en cuya presencia las luces y perspicacia de los Champollion, Maspero ó Max Muller, se convirtieran en ignorancia y tinieblas, y cuya lista fuera prolijo enumerar aquí; aconsejando á nuestros lectores, curiosos de

conocerla, consulten nuestro *gran Catálogo ilustrado*, precio 5 dollars, pagables en la forma que ya antes hemos mencionado.

Bien claro está, que para sacar de la dilatada necrópolis donde yacen y se fosilizan las lenguas muertas toda la savia que aún contienen y todo el jugo nutricio que atesoran, hemos tenido que apelar á procedimientos distintos y mucho más minuciosos, que operando con idiomas cuyo vigor y frescura facilitan grandemente las manipulaciones. Por cuya causa en el caso concreto que nos ocupa, nuestros ingenieros *radilectricistas* más eminentes tuvieron que inventar unas *Aspiradoras literarias paleoneumáticas*, verdaderos portentos de succión y delicadeza, que chupasen materialmente y extrajesen de los áridos y vetustos materiales óseos, pétreos, metálicos, papiroiformes ó membranosos que teníamos en nuestro poder, el escaso *flúido radiléctrico* en ellos latente, para acumularlo después y repartirlo entre las condensadoras ó *Cefalias eruditas*, quienes á su vez se encargaban de aprovecharlo mecánicamente, y nos lo

devolvían transformado en libros, rollos ó tablillas por demás curiosos é interesantes, y son los que ahora ofrecemos al público por un precio relativamente acomodado.

Excusado será manifestar, que circunstancias hubo en que la *extracción ó aspiración radiléctrica* se hacía difícilísima, ya que no imposible, cuando se trataba de antiquísimos idiomas enjutos, resecos, momificados y sin apenas un átomo de flúido, desleído por añadidura y disperso entre millares de fragmentos y mínimas parcelas documentarias, que teníamos que revolver con increíble paciencia y lincea penetración, antes de dar con la buena; sometiéndola después á la destilación en el vacío, cuyo producto imponderable previamente confiado á la succión de las *Aspiradoras*, era por último transmitido á las *Cefalias* para su elaboración definitiva, pero no sin que tomásemos primero las precauciones más estrictas para evitar toda pérdida del flúido ó toda mezcla espuria, que ambas, en el caso presente, hubiesen sido fatales para nuestro crédito, y funestas para la ciencia.

A nadie sorprenderá pues, dada la escasez de la materia experimentada, el milagroso tacto que la fabricación exige, y el tiempo que en ella se consume, que este género de *Literatura paleoneumática*, resulte asaz dispendioso, aunque nunca tanto como pudiera suponerse; pues lo vendemos sólo á razón de 25 dollars los cien signos, caracteres ó gramatismos, á aquellos de nuestros clientes que por modo fehaciente acrediten su profesión de especialistas en este ramo.

IV.—Beneficios generales que nuestra Compañía tiene que reportar al mundo

Quedan brevemente expuestos los altos fines perseguidos por *The new, universal, radilectrical, litterary Company, limited*, así como los poderosos medios de que dispone para su cabal realización; y después de lo dicho, fuera ocioso detenernos en ponderar los beneficios inmensos que nuestra Compañía está llamada á reportar al mundo.

Con todo, insistiremos sobre sus principales ventajas, aun á riesgo de repetirnos, tanto porque compendiosamente resumidas en forma enumerativa, habrán de grabarse con más enérgico mordente en la memoria de los lectores, como porque también se convenzan éstos de que nuestro objeto —cual de yanquis que nos jactamos de ser— es ante todo utilitario, mercantil, práctico, y destructor de los abominandos parásitos literarios que presa de psíquica vesania, despreciadores del dollar omnisacro, soeces rumiadores de quiméricos ensueños, pretenden ensoberbecidos que la parturición del libro es función exclusiva de la inteligencia, esa gran impostura si se le atribuye anímica y real existencia; y esa mortífera sandez, si prescindiendo ya de toda consideración disquisitiva acerca de su naturaleza, la extraviamos por los derrumbaderos miasmáticos y pestilentes de bastarda ideología, en vez de encauzarla, cual conviene, por las llanuras anchurosas, saludables y seguras, de la positiva crematística y del lucro bienhechor.

Ingenuamente confesamos que en-

tre componer un poema, moler una arroba de chocolate, ó acecinar unos cuantos jamones, no vemos diferencia alguna, como no sea la diversidad puramente accesoria de procedimientos y utensilios que en uno ú otro caso se emplean; pero en uno ú otro caso también, la entidad de los esfuerzos y la esencia del trabajo se funden y consubstancializan en una sola encarnación, en un solo florecimiento material, industrial y mecánico.

Así lo ha comprendido la Pintura, que sacudido el ignominioso yugo del arte abstracto y monstruosamente estético, abre sus brazos como buena hermana, á la Fotografía liberadora, y cada día nos expende en cromos primorosos los encantos y maravillas, que ha poco todavía teníamos que pedir bien vanamente á los pinceles incapaces de sucios embadurnadores.

Así lo ha comprendido la Música, que si bien aun inficionada por las exhalaciones deletéreas de ciertos convencionalismos de producción, de los cuales presto se verá purificada, sin embargo ha entrado ya en una era de plena convalecencia y regeneración

entera, merced á esos admirables instrumentos cuya ejecución automática tan victoriosamente se ha sustituido á los acrobatismos anhelantes y trasudados de los *virtuosos* fementidos; y merced no menos á los buenos oficios y auxilios del Fonógrafo redentor, que tritura y pulveriza entre sus discos y cilindros, la caterva pululante y perversa de los cantores importunos.

Y así, de hoy más, lo comprenderá la Literatura, que despedazadas sus ruginosas cadenas por el implacable martillo de nuestro positivismo salvador, emergerá de nuestros talleres remozada y galana, sin más trepar rastro ni boquear asfixiada por el cieno glutinoso de infecundo y tedioso marasmo.

Procedamos ahora á señalar, según lo hemos prometido, algunos de los beneficios generales más importantes que nuestra Compañía trae al Cosmos industrial, sección de letras.

De aquí en adelante, la Literatura será una cosa, un objeto tangible, un artículo de comercio susceptible de ser pesado, medido y tasado; será cotiza-

ble en bolsa; y sujetándose así al flujo de la importación como al reflujó de la exportación internacionales, abrirá para el mundo una nueva, cristalina y copiosa fuente de inagotable riqueza.

Quedan remediadas y extirpadas esas insoportables fluctuaciones literarias, esos tan enojosos desequilibrios y mutaciones de clase y de cuantía, que hasta ahora venían quitando toda confianza al consumidor mil veces engañado; pues en lo sucesivo la Literatura será siempre idéntica á sí misma, dentro de las tres categorías en que la hemos distribuído para darla al mercado, y son: la *Exquisita*, la *Delicada* y la *Ordinaria*, según la calidad y el precio que el público tenga á bien invertir en ella; pero advertimos á nuestros clientes que pueden tener toda confianza en nuestra *clase ordinaria*, pues nada deja que desear por lo que toca á la confección, y sin comparación aventaja los productos cerebro-naturales que hasta la fecha robaron fama de superiores.

Inauguramos con nuestra reforma, por cuanto á las Letras se refiere, el ansiado período en que el pensamiento y la materia, lo objetivo y lo subjetivo, el nóumeno y el fenómeno se compenetran indistintos y aleados en una sola síntesis indivisible; verdad y doctrina, que fundados en inducciones por desgracia insuficientes, jamás dejaron de vislumbrar y sustentar los fisiólogos contemporáneos más competentes, y que hoy confirmamos con la más irrefutable y contundente de todas las demostraciones.

Inexorables y justicieros, estrangulamos el *numen*, la *inspiración*, el *soplo creador*, la *musolatría*, esa leyenda grotesca y caduca mojiganga, que desde tantos siglos ha, viene haciendo mofa de los hombres, los perturba, los embrutece, y más estragos causó que aquellas aciagas pestilencias que en lúgubres edades barrían el mundo. Y en el mismo cadalso vengador donde inmolamos el ídolo detestable, ejecutamos á sus pontífices y acólitos, los autores, los poetas, los vates inmundos y vitandos, que verdugos hasta hoy de

nuestra raza miserable, al fin les toca el turno de ser víctimas á su vez, y derramar en nuestras aras su sangre ponzoñosa.

Ya no más habrá quien al leer, malgaste el tiempo en fútiles disquisiciones sobre lo pulido de la frase, lo elegante de la dicción, lo elevado del estilo, y otras mil zarandajas del mismo jaez; pues comprendiendo cada cual, al revolver un libro, que aquello es obra privativa de un impasible mecanismo, tan sólo atenderá á su propia instrucción y recreo, sin aventurarse en mayores honduras ni devanarse los sesos ventilando fruslerías; del propio modo como, reposando entre sábanas, ni poco ni mucho nos curamos del artefacto que las tejió, ni se nos ocurre admirar extáticos las gracias de la urdimbre, ó contar embelesados los hilos de la trama.

V.—Beneficios particulares.

Hasta aquí, hemos reseñado á la ligera los beneficios generales y en cierto modo fundamentales y dogmáticos

que se desprenden de nuestra gran Manufactura literaria. Mencionaremos ahora algunos corolarios, que no por ser derivados de los mismos y subordinados á éstos, tienen importancia menor, pues en ellos precisamente estriban y toman cuerpo las excelencias de nuestra industria.— Véase:

Adquisición instantánea y escogida de opulentas bibliotecas, con su correspondiente catálogo, estantería, balconaje de madera esculpida ó hierro forjado, escaleras y demás accesorios. Dichas colecciones que tenemos á prevención formadas en nuestro establecimiento, abarcan desde un millón de volúmenes como máximo, hasta un mínimo de quinientos, todos ellos con encuadernación resistente, buena letra y papel inmejorable.

Los precios que llamamos *de biblioteca* son especiales y tan reducidos, que cada libro en este caso, viene á resultar de un 25 á un 50 por 100 más barato que si se comprase por separado.

También nos encargamos, á precio

convencional, de la rápida y solícita creación de cualquier otra clase de bibliotecas compuestas según las indicaciones de los clientes, que movidos por el capricho ó los requerimientos de sus estudios, no se conformasen con las existencias apiladas en nuestros vastos almacenes.

Los señores empresarios de teatro, compañías fijas y ambulantes, pintores escenógrafos, tramoyistas y demás especuladores que se dedican á explotar la carátula, encontrarán en esta su casa buen golpe de obras dramáticas, trágicas ó festivas, constantemente renovadas y aderezadas al gusto del día.

Concedemos á los interesados todo género de facilidades para sus tratos con nosotros, y desde luego pueden elegir entre tomar un abono en esta Central, ó comprar en firme, con notable rebaja, los artículos que hayan menester.

Salvando siempre los casos de fuerza mayor, respondemos del éxito de nuestros productos dramáticos; y mediante precios correlativos y proporcionales, nos comprometemos á que

en las grandes capitales alcancen el número de diez, cien ó mil representaciones seguidas, que corresponden respectivamente á una aceptación *regular, satisfactoria* ó *asombrosa*.

Para los teatros de provincias tenemos tarifas especiales.

Si por contingencias imposibles de prever saliesen fallidos nuestros pronósticos de lisonjero suceso, nos obligamos no tan sólo á reembolsar al cliente el importe del género sin devolución del mismo, sino que también á resarcirle de cuantos gastos y quebrantos hubiera sufrido por nuestra causa.

Ultimando estamos los complicados estudios técnicos y financieros que nos impone el círculo de acción inmensurable que abarca nuestro *trust* literario, para quien un solo domicilio, por muy grande que sea, resulta comprimido y deficiente; por lo cual, nos fraccionaremos en cien *Sublibrerías radiléctricas* ó Sucursales, que sin perjuicio de la Central, puedan expandir por el mundo con largueza ilimitada, la influencia maternal y bienhechora de «*The*

new universal, radilectrical, litterary Company, limited».

Cada una de las referidas Sucursales será servida por selecto personal de dependientes corteses, atildados y doctos, que tendrán gallardía en el porte, elegante soltura en el andar, seducción en la voz y esmero en el vestir; cuando se dirijan á los compradores, lo harán avanzando con cadencioso paso, declamando estrofas pertinentes y bien sonantes, y sabrán amalgamar los encantos de la urbanidad más exquisita con el prestigio indispensable de la buena conducta y de la moralidad más acrisolada.

Contrastando con estos subalternos tan pulcros, instruídos y atentos, nos proponemos ajustar á vil precio, á cuantos escritores, poetas y novelistas (con sus editores respectivos) pasan hoy por más ilustres, y que contumaces en el embuste, desaliñados en la vestidura, descompuestos en los modales, soberbios hasta el paroxismo, y siempre sin un dollar en el perforado bolsillo, son los que mayores daños irrogan á la humanidad leyente; por lo cual los dedicaremos en nuestras Su-

curiales á oficios humildes, como el barrido de las salas, la desempolvadura de los anaqueles, la limpieza de las escupideras, y otras prestaciones domésticas, correctivas y también filantrópicas; pues no desesperamos que al cabo de algunos años lleguen á regenerarse, con este tratamiento, aquellos seres envilecidos, y que dejándose para siempre de maniáticas obsesiones, de sílfides y ruseñores, de soles y de lunas, de arreboles y perlerías, abominen de sus antiguos yerros, y abracen al salir de aquí, profesiones tan prácticas y decorosas como la del trapero, la del des-hollinador, la del privadero, ú otras que sean proporcionadas á sus cortos alcances, y arguyan dignidad en el operario y noble remuneración.

No dudamos que nuestros favorecedores sepan apreciar, en lo mucho que vale, este esfuerzo de antisepsia social que expurgará al mundo de virulentos bacilos literarios, y constituye por parte nuestra un acertado arranque de generoso altruismo, al par que se coordina y armoniza con nuestra propia conveniencia y el aseo barato de nuestros establecimientos.

Ya hemos dicho que uno de los fines por nosotros perseguido y conseguido, era la resurrección de los idiomas antiguos, y la mecánica producción de obras escritas en los mismos, por muy vetustos y decrépitos que fuesen. Mas puede acontecer, que á juicio de algunas personas descontentadizas ó fanáticas de la crematística pura, resulte harto problemática y nebulosa la utilidad que se retire de aquellas publicaciones; y acaso se nos diga, con visos de razón, que cualquier ocupación manual, aun la menos considerada, como despiojar cotorras ó capar domésticos felinos, es sin comparación más provechosa y cuerda que pasarse días y noches desentrañando los misterios de jeroglíficos, garambainas y garrapatos que para nada sirven, aun en el supuesto de que se lleguen á descifrar.

Pero la objeción, si la miramos bien, tiene más de especiosa que de fundada; porque hemos de reflexionar que los sabios que á tales investigaciones se consagran, forman una casta de hombres mansuetos por lo común, modestos é inofensivos, cuyas inocentes aficiones hemos de respetar y fomentar,

si no queremos perturbar el equilibrio del saber humano; pues ellos, ó mejor dicho sus estudios—que de literarios sólo tienen las apariencias—son como el istmo, el punto de juntura, la puente, que une la florida ribera de las letras por nosotros reformadas, con el escarpado pero fecundo litoral de la ciencia; y si interrumpimos la comunicación, amenazamos al orbe llamado intelectual con un cataclismo irremediable.

Tengamos asimismo muy presente que los referidos sabios, á pesar de su congénita y habitual dulzura, suelen ser irascibles, astutos y vengativos, cuando se les punza y acosa; y si ahora hiciésemos caso omiso de ellos con injuriosa preterición, fácil fuera que tomasen temible revancha, induciéndonos en lamentabilísimos y bochorrosos errores acerca de la lectura ó interpretación de textos y documentos reveladores de remotas civilizaciones, y que ellos solos, hoy por hoy, son capaces de dilucidar.

Adviértase finalmente que los filólogos, paleógrafos y otros arqueólogos del lenguaje, son desprendidos por lo

general, y no reparan en gastos cuando se trata de dar pábulo á las avidedeces de su pasión; y siendo así, que según ya lo hemos apuntado, el género que consumen es, por motivo de su elaboración esmerada y laboriosa, el más caro que expendemos, resulta con evidencia que este ramo de nuestra industria, supone para nosotros un límpido manantial de ingresos, que no hemos de enturbiar con los remilgados escrúpulos de un utilitarismo mal entendido.

Confiamos en que este último argumento, á falta de los anteriores, convenza á los que nos desaprobaren en este punto, el único, lo esperamos; y rogamos á los dignos anticuarios cuya defensa acabamos de tomar, perdonen nuestra ruda franqueza mercantil; bien seguros de que nuestras intenciones y palabras, lejos de entrañar para ellos molestia ó mortificación alguna, tienden á acreditar más y más sus tareas meritísimas, que mucho deseamos se simbolicen para nosotros en pedidos cada vez más importantes y numerosos.

La voluntad grande que tenemos de

no fatigar á los lectores prolongando con exceso la enumeración de las ventajas que nuestra Compañía depara al mundo, hace que en propio detrimento prescindamos de muchas, y tan sólo hagamos hincapié, al terminar, en los beneficios indescriptibles que «*The new universal, radilectrical, litterary Company, limited*» tiene que reportar á nuestros misérrimos semejantes, que ajenos á toda cultura, gimen aherrojados en las mazmorras del salvajismo.

De hoy más, los señores Exploradores podrán obsequiar á esos desdichados, á esos Zulús, Bushimanes, Papús, Arfákis y otros seres exóticos y desvalidos, con el caritativo é inapreciable don de una literatura sana, progresiva, nada costosa, y compuesta en su mismo idioma.

Los señores Misioneros, ya pertenezcan á la Religión reformada, ya tengan por la Católica decidido empeño, ayudándose los unos con nuestras Biblias perfeccionadas, y valiéndose los otros de nuestros Catecismos mecánicos, podrán traer en breve tiempo y con poco gasto aquellas hordas hirsutas y ululantes, desde los selváticos horrores

de su fetichismo sanguinario, hasta las piadosas mansedumbres de los cultos fraternales; pues si en fabulosos tiempos los Linos y los Orfeos, con sus toscas y desvencijadas liras, realizaban el prodigio de conmover peñascos y hechizar fieras, ¿qué no harán hoy con hombres, los que acudan á embelesarlos y subyugarlos con el instrumento vibrante y melodioso de nuestra admirable Literatura?

¡Ah! ¡Bien haya nuestra Sociedad libertadora! ¡Bien hayan nuestros celosos Directores técnicos é industriales, que labrando con una mano su propia fortuna, la reparten con la otra entre los desheredados de la Antropología! ¡Y bien hayan asimismo nuestros favorecedores, que honrándonos con su clientela, atesoran para sí cuantioso caudal de provechosa lectura, al par que con escaso dispendio cooperan á que se difundan por el globo los vitales esplendores de la civilización!

Basta ya con lo dicho; y tengan los lectores poco afectos al lirismo, la condescendencia de dispensarnos las frases ditirámbicas quizás en demasía, con que movidos por el entusiasmo profe-

sional, nos hemos complacido en reseñar las virtudes y maravillas de nuestra colosal Manufactura.

VI —De algunos aparatos accesorios y manuales que nuestra Compañía pone en venta.

No estará fuera de propósito, ni se sale del cuadro que nos hemos trazado, el dar ahora la lista de algunos aparatos accesorios, amoldados á todas las exigencias de la vida fono-gráfico-literaria y fácilmente manejables, que la Compañía tiene á disposición de sus clientes y expende al detalle, con diferencia de sus productos bibliográficos cuya venta, mientras no se abran nuestras Sucursales, efectuamos siempre al por mayor.—Tales son:

Plumas y lápices automáticos, propios para literatura usual y casera, como cartas familiares; idem amorosas y retozonas; felicitaciones; pésames varios; epístolas conminatorias, etc.

Prosadoras y Versificadoras portátiles y manuales, resguardadas en elegantes estuches de cedro, nogal ó caoba forrados en piel de gamuza, para los señores Aficionados que abandonando las planicies del estilo pedestre y doméstico, quieran remontarse á las alturas de la composición y del estilo. Muy especialmente recomendamos estos aparatos tan precisos y delicados como fuertes y ligeros, á los señores Turistas, Reporteres y Peregrinos, deseosos de dar forma artística y elegante á sus notas, informaciones ó impresiones de viaje; para lo cual, y en presencia, por ejemplo, de un paisaje ameno y pintoresco ó de cualquier escena digna de narración, bastaráles con enfocar la máquina á modo de un objetivo fotográfico ordinario, y obtendrán de seguida, en versos esmerados ó correctísima prosa, el apetecido relato.

Testamentifactoras, para los señores Moribundos y Agonizantes, que habiendo perdido el uso de sus facultades, se vean en la triste imposibilidad de otorgar finales disposiciones. Por evitar esta contingencia extrema y fre-

cuenta por desgracia, aconsejamos á toda persona que se precie de previsora y prudente, se provea de nuestra *Testamentifactora*, y mediante instrucciones que acompañamos, la cargue con el inventario de sus bienes y una lista de los parientes y amigos que tuviere; después de lo cual, y en sintiéndose aquejada por un padecimiento que pudiera ser grave, colocará sin demora el aparato bajo el lecho ó dentro de la mesilla que tenga á la cabecera; que en momento oportuno, ya se encargará la máquina de redactar á toda ley un intachable testamento.

Tan sólo encarecemos á los compradores, que tomen de antemano las medidas más escrupulosas, para que en ningún caso, cualquiera de los presuntos herederos pueda ponerse en contacto directo con el aparato mientras esté funcionando; pues el flúido á veces antagónico y siempre demasiado violento que desprenden hasta los más ínfimos legatarios, bastaría para neutralizar, ó lo que es peor, desvirtuar y trastocar de polo á polo el que anima á la *Testamentifactora*, la cual enloquecida y perturbada, pudiera muy

bien en este caso trabucar nombres y cantidades, y cometer deplorables equivocaciones.

Sermoneadoras radiléctricas, indispensables á los señores Clérigos, que no pudiendo resistir las fatigas de la predicación, quieran sin embargo cumplir á todo rigor los deberes de su ministerio.

Estos valiosísimos auxiliares del sacerdocio están por nosotros garantizados de toda contaminación herética, no ofrecen peligro alguno de escándalo ó error para los oyentes, y pueden confeccionar desde la plática más corriente y sencilla, hasta la homilía más fogosa y elocuente. Cada uno de ellos trae unido consigo un fonógrafo de nuevo modelo, que se encarga de pronunciar el sermón después de haberlo compuesto; y para regular el punto de exaltación ó fervor que se desee alcanzar, sólo habrá que aumentar ó amenguar proporcionalmente durante la operación, la incandescencia de una rejilla de platino oculta en la parte inferior del aparato.

Vendemos asimismo, aparte, unos

Púlpitos microfónicos y gradualmente resonantes, merced á los cuales la misma *Sermoneadora* puede ser utilizada, así en la capilla más reducida, como en la más anchurosa catedral.

A los señores Canónigos Magistrales les hacemos importante descuento.

Discursadoras; no habrá político, tribuno, ni abogado, que no sepa apreciar la imprescindible utilidad de estas máquinas, que mediante un ingenioso sistema de válvulas y palanquetas, son hábiles para producir á voluntad del manipulante, discursos *emolientes*, *patéticos* ó *arrebataadores*; y como las *Sermoneadoras*, llevan adaptado para la elocución, un fonógrafo estentóreo á prueba de interrupciones, y que puede, sin pararse, hablar durante un día entero.

Bueno es, sin embargo, advertir que la duración máxima de los discursos elaborados por nuestros aparatos, es de cuatro horas; al cabo de las cuales, el fonógrafo torna á repetir idéntica oración, una, dos, ó más veces, según sea oportuno; pero con tal variedad en la expresión y tales cambios

en el tono, que jamás el auditorio se percata de que acaba de escuchar reiteradamente las mismas frases y argumentos.

No necesitamos extendernos acerca de los beneficios que los señores Ministros, Senadores y Diputados encontrarán en nuestras *Discursadoras*, que no solamente les ahorrarán la ociosa tarea de componer sus obras oratorias, sino que la de recitarlas con ímprobo trabajo, desecación de las fauces y extenuación de los pulmones; pudiendo además disponer á su antojo de un raudal inagotable de mecánica facundia capaz, según los casos, de adormecer en lánguida lipotimia al concurso más epiléptico y furibundo, ó al contrario, de abrumar violentamente á los adversarios, por hercúleos que sean, tanto con la precipitación y vehemencia de los períodos, como con la continuidad interminable de los discursos.

También tenemos para Congresos, Senados, Juntas, Asambleas y Meetings, notables colecciones de *Interruptoras*, *Interpeladoras*, *Vociferadoras*, *Encomiadoras* é *Increpadoras*,

instrumentos todos de gran potencia á pesar de su tamaño diminuto, y que convenientemente repartidos en el local, emiten de súbito su opinión durante las sesiones, y con acento atronador profieren voces diversas, descortesas y sediciosas si tal se pretende, como: «¡Su Señoría es un moharracho!» «¡Cállese el concusionario!» «¡Venga una bomba!» «¡Que baile el ministerio!», y otras análogas; con todo lo cual, tanto por lo impensado de la exclamación, como por la recia energía del tono, no hay, según las circunstancias, oposición que se resista, ni gobierno que no caiga.

Estas mismas invenciones de uso parlamentario, las hemos aplicado, modificándolas, á los teatros; pues con frecuencia acontece en algunos, rebeldes aun al influjo saludable de nuestra dramática reformada, que los espectadores aburridos por la enfadosa repetición de una misma obra ó la insulsez insoportable de algún estreno, apetecen manifestar con un vigor que les ha negado la naturaleza, toda la acritud de su desagrado.

Pídannos, pues, todas las personas precavidas y enemigas de escénicos abusos, nuestras *Auto-silbadoras* de *tungsteno*, que pitan espontáneamente con insólito y perseverante estridor, y recorren toda la gama, desde el mugido grave y taurino de las navales sirenas, hasta el chillido penetrante del más destemplado flautín.

Estos pequeños aparatos pueden llevarse perfectamente en el bolsillo, y á su natural condición de sonoros, unen la de ser sigilosos en cierto modo y discretos; pues nunca funcionan á deshora, y se disimulan á maravilla, sea dentro de la faltriquera, como hemos dicho, sea en el estuche de los gemelos, sea en el sombrero. Nuestras damas americanas suelen llevarlos intercalados entre ambas cúpulas nacarinas del escote, ó prendidos en el oleaje placentero del onduloso cabello; para lo cual construimos *Auto-silbadoras* de lujo, que adornadas con brillantes y pedrerías, compiten con las joyas de mejor gusto y mayor riqueza.

Tampoco se nos han olvidado las manifestaciones de júbilo y complacencia que deben acompañar y pre-

miar las funciones teatrales de mérito y calidad, máxime cuando el público por ignorancia ó frigidez, se entrega en brazos de la inercia á un mutismo desesperante.

Para tales casos se encontrará en nuestros almacenes gallardas *Aplaudidoras* ó *Alabarderas de precisión* que vendemos por series de diez ó más, y que hemos clasificado en tres grupos:

1.º Simples palillas ó raquetas articuladas, de dura madera; las cuales distribuídas de dos en dos y acertadamente dispuestas en la sala, chocan automáticamente unas con otras en tiempo oportuno, é imitan á perfección los aplausos metacarpianos y digitales.

2.º Estas mismas paletas pertrechadas de un fonógrafo, de suerte que al dar los chasquidos, pueden también emitir gritos y rumores admirativos.

3.º Los propios aparatos incorporados á unos maniqués de forma humana, decentemente trajeados, y que sentados en sus respectivos puestos, demuestran cuándo es necesario regocijo y alborozo, se vuelven unos

hacia otros, pronuncian palabras de beneplácito, y con estrépito palmean. Dichos maniquíes, estando en silencio, se confunden á la vista con espectadores atentos y comedidos; y cuando funcionan, semejan con fidelidad pasmosa, personas arrebatadas por el entusiasmo y el delirio.

Pudiéramos ensanchar con amplitud voluminosa esta nomenclatura de artefactos y objetos accesorios; pero hemos preferido limitarnos á citar los más útiles y curiosos, suplicando nuevamente á los señores que quisieran más detalles, se valgan de nuestro *gran Catálogo ilustrado*, precio 5 dollars; y acabaremos diciendo dos palabras acerca de nuestros proyectos para el porvenir.

VII—Nuestros proyectos para el porvenir.

«*The new universal, radilectrical, litterary Company, limited*», siempre constante en el esfuerzo, y laborando

siempre por el bien de la humanidad al par que por su propio medro, juzga todavía insuficientes los resultados por ella obtenidos hasta el día, aunque ingentes y grandiosos sobre toda ponderación, y nuevos anhelos palpitan en su fecundo seno.

Obedeciendo, pues, al noble deseo de hacer al público partícipe de nuestras esperanzas, nos permitimos comunicarle aquí los tres magnos proyectos que tenemos en preparación, y contamos sean prontamente realizados, tanto porque los capitales afluyen á secundar nuestra iniciativa, como porque no perdonamos, por nuestra parte, medio alguno para llevar á bien este coronamiento de nuestra obra.

Siendo el teatro una de las principales necesidades de la vida social moderna, á una que ubérrimo criadero de riqueza y tráfago industrial, se comprenderá que le dediquemos atención preferente, y se nos disculpará si tantas veces lo sacamos á plaza en el curso de este folleto.

Movidos, pues, por la importancia que encierra toda cuestión escénica, in-

dignados al contemplar la densa nube de actores y actrices ignaros é incapaces que hoy pululan por las tablas, y convencidos no menos de que es llegada la hora de remediar semejante situación, tanto más lamentable cuanto que de los contados cómicos buenos que hay en el mundo, los unos van muriendo sin ser reemplazados por sustitutos que los valgan; enferman á veces los otros ó se ausentan, privándonos por largo tiempo de los primores de su talento; y finalmente exigen todos por sus servicios exorbitante retribución; por tales y tantas razones, nos estamos ocupando ahora en la construcción de unos *andróides* ó *autómatas* de ambos sexos, que dotados de sus correspondientes cerebros artificiales, y saturados del *flúido radiléctrico* de nuestras *Cefalias*, puedan recorrer el escenario con garbo y gentileza, declamar con donaire ó majestad, accionar con arte, y cumplir en una palabra, con naturalidad, cuantos deberes y exigencias implica la profesión, cual si fuesen reales y excelentes faranduleros de carne y hueso, sólo que muy superiores á éstos, por cuanto no esta-

rán sujetos á los altibajos de la débil complexión humana, ni á las intercadencias del capricho, del orgullo y de la ambición.

Confiamos en que á breve plazo habremos terminado una pareja de estos autómatas que llamamos *Mimofantes*; y los exhibiremos al público, en la gran sala de espectáculos que al efecto hemos edificado en nuestra Central.

Ya se ha podido ver que los Cuerpos colegisladores, hoy día vulgarizados en la gran mayoría de los países que se dicen cultos, han merecido nuestros más solícitos desvelos, puesto que en su obsequio hemos imaginado socorridas máquinas que suplen con indiscutible ventaja en ciertos casos, la acción directa, personal y consciente de sus miembros.

Sin embargo, mientras más lo meditamos y consultamos con varones sesudos, graves y ponderosos, más también nos viene pareciendo que en los Parlamentos (conforme su nombre lo indica) y en otras entidades meramente verbosas y faramalleras, el

asunto único, substantivo y suficiente es la materialidad de hablar, importando poco el pensamiento, y muchísimo menos su eventual realización.

Algo de esto, y aun mucho, se nos había traslucido cuando fabricamos nuestras *Discursadoras* antes descritas; mas, sobre que la desconfianza en nuestro propio criterio, bien que asesorado por personas competentes, nos hacía vacilar, no creíamos entonces fuese llegada propicia coyuntura para emprender la radical innovación que luego diremos, y que en caso de no éxito, hubiese sido á más de ridícula, ruinosa para nosotros.

Hoy día nuestras dudas se han disipado; y seguros ya de que el complicado mecanismo del raciocinio desempeña en la política insignificante papel, lo hemos descartado por completo, lo cual supone para nuestros fines una economía notable; y nos estamos ensayando en fabricar una colección de figurillas parlamentarias, gárrulas y boquirrotas, que nuestros constructores llaman donosamente *Parlanchinas* ó *Ramerillas*, pues ni por un solo mo-

mento cesan de charlar, gesticular é increparse unas á otras; pero todavía lo hacen con cierta pausa y mesura, que algo desdican del natural.

Cuando hayamos corregido este ligero defecto, nos dedicaremos á la confección en grande de Senados, Congresos, Diputaciones provinciales y Ayuntamientos íntegros (materialmente hablando), con sus presidentes, secretarios, diputados, ujieres y demás adminículos; y podremos desde entonces entablar con los distintos estados, provincias y municipios, interesantes negociaciones para la adquisición de los elementos gubernativos ó administrativos que les hagan falta y serán, sin controversia, los mejores que hayan tenido.

Por último, prescindiendo ya de todo interés personal, é inspirados únicamente en sentimientos de amor y conmiseración al prójimo, nos hemos propuesto crear un vasto *Sanatorio Mentaloterápico*, donde sabios especialistas, por medio del *flúido radilétrico* sobrante de nuestros talleres, se consagrarán al reparo y restauración

de los encéfalos humanos deteriorados por la demencia ó la imbecilidad; pudiendo anticipar, desde luego, la completa seguridad que tenemos en el buen desenlace de nuestra tentativa, y la profunda convicción que abrigamos, de que en propincua fecha, habrá desaparecido del ominoso registro de la patología, todo género de locura ó idiotez.

Emocionante ha sido y decisivo el experimento realizado en nuestra presencia por un alienista eminente, sobre una veintena de proletarios, que por dar á la prueba mayor eficacia, habían sido previamente cretinizados por medios artificiales, hasta un punto de intensidad que jamás se encuentra en la naturaleza; porqué el cerebro se les avellanó y redujo al tamaño de una mandarina; formóseles un bocio decomunal que hasta las rodillas les pendía; inmunda baba fluía sin cesar de sus retorcidos labios, y roncós gruñidos se exhalaban de aquellas fauces espumarajeantes y violáceas.

En tales condiciones, emprendió el médico la cura y practicó la operación, que no pudo ser más sencilla, y

recuerda los procedimientos usados en casos de *electrocución*, ó sea ejecución de los criminales por medio de la electricidad; pues consistió en recostar á los pacientes en sendos sillones chapeados de cobre; ajustóseles al cráneo metálico casquete con sus correspondientes reóforos, que comunicaban con la *Cefalia* ó pila cargada del flúido reparador; ciñéronles los tobillos y muñecas con abrazaderas de bronce igualmente provistas de sus respectivos conductores, y dióse paso á la corriente.

Al cabo de un cuarto de hora, el efecto era maravilloso; pues la monstruosa excrecencia del cuello había desaparecido casi por entero; la asquerosa secreción de las glándulas salivales se había agotado; el facies iba recobrando paulatinamente expresión y vida; el atrofiado cerebro se dilataba y esponjaba hasta alcanzar el volumen normal; y pasada una hora, los enfermos se levantaban de las butacas perfectamente sanos y renovados, entonando un himno congratulatorio—cuán distinto de sus anteriores lamentables gruñidos—é improvisando en loa nuestra versos elegantes que

conservamos como glorioso recuerdo de tan insigne resultado.

Ahora bien, hemos resuelto que el tratamiento en nuestro Sanatorio, el cual dentro de un año á lo sumo quedará abierto al público, sea enteramente gratuito para aquellos de nuestros clientes, que en uno ó varios pedidos, hubiesen domiciliado en esta su casa una suma por lo menos equivalente á cien dollars; y por cada fracción de cien dollars gastados, les remitiremos, como prima, un *Bono de regeneración mental* intransferible, pero que podrá ser librado á nombre de cualquier persona que ellos nos designaren.

Fíjense bien nuestros favorecedores, en que los beneficios de nuestra *Mentaloterapia* son aplicables, no tan sólo á los encéfalos ruinosos, apolillados y roídos por la carcoma de la insensatez, sino que también á todos aquellos que se hallen simplemente fatigados, entontecidos ó alelados por una de esas mil causas ligeras aunque siempre molestas que á diario se presentan, y conviene sean repasados y refrescados. Nótese además, que ya tenemos traza-

dos los primeros lineamientos de un método ingenioso de ablación, mediante el cual los enfermos podrán desprenderse de sus cerebros, y facturáronoslos por separado, embalados y certificados en cajas refrigerativas; evitándose de este modo la incomodidad grande de concurrir en persona, y llevarlos penosamente contenidos en la cabeza.

VIII— Conclusión.

Damos aquí por terminado el trabajo de anuncio y exposición que nos habíamos impuesto; y «*The new, universal, radilectrical, litterary Company limited*» al penetrar hoy llena de fe y valentía en la anchurosa y siempre temible palestra de la industria, saluda al público desde la arena, y le suplica que en justo galardón de sus esfuerzos por complacerle, se sirva colmarla de encargos y pedidos, que todos deberán ser dirigidos al Profesor don Iscariotes Val de Ur, Catedrático de Paleografía y Zoofilia en la Universidad de Polanes, y nuestro único representante en el mundo.

Observaciones importantes

1.^a El presente folleto ha sido compuesto y redactado por una de nuestras *Cefalias anunciadoras*, Clase B, Serie III; Modelo h, Número 54.

2.^a Pídase nuestro *gran Catálogo ilustrado*, precio 5 dollars.

La Compañía

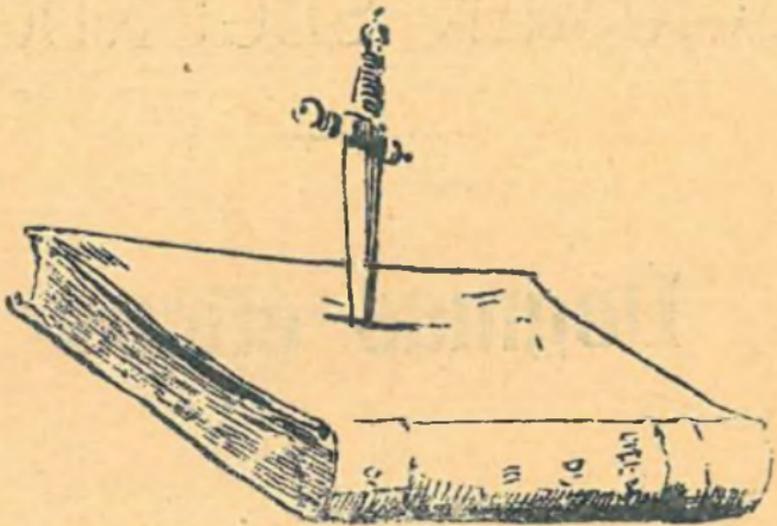
p. o.

PROF. ISCARIOTES VAL DE UR.



CRIMEN SEGUNDO

Dogmas éticos



PREMEDITACIÓN

Al trazar con inexperta y desmañada pluma la Biografía de don Iscariotes Val de Ur, recuerdo haber dicho—y también lo recordará el lector, si no padece flojedad en sus facultades retentivas—que el conspicuo Maestro, en cierta fase de su estudiosa juventud, hubo de trasladarse al «Bohío didascálico de Tombuctú», en cuyas vastas y afamadas aulas ó corrales se profesaba, por entonces, toda suerte de artes y ciencias animales; y que allí, bajo la dirección y magisterio de un sabio Chimpancé, se había dedicado al aprendizaje de la *Zoofonía*, ó sea el lenguaje de los Zoarios; aupándose por obra de su perseverancia, de su inteligencia y de su voluntad, á las excelsas alturas de Adán, de Thoth, de Schah’-

l'moun, de Zarathrusta, de Fó, de Chakya-Muni, y otros poquísimos seres excepcionales y divinos en cierto modo, los cuales poseían, según es fama, el singular y envidiable privilegio de comprender y manejar las muchas hablas de la fauna universal—sin excluir el mudo lenguaje de los gestos—como nosotros comprendemos y manejamos nuestro propio idioma.

Mas á esto, con ser tanto, no se limitaban en esta materia los conocimientos del gran Val de Ur, quien repetidas veces me manifestó, que no tan sólo entendía de *Zoofonía* por manera puramente auditiva y vocal (ó visual y muscular tratándose de mímica), sino que también se preciaba de saber anotar, escribir y dar gráfica consistencia á cuantos sonidos *fonorgánicos*, esto es procedentes de algún órgano parlero,—y no se confunda la especie por ignorancia ó mal gusto—suelen afectar los tímpanos innumerables que existen y vibran en la crea-

ción, así como á cuantas infinitas actitudes, señas y ademanes pueden ser en el mundo traducción del pensamiento, por rudimentario que lo supongamos.

Tal sostenía el Maestro. Pero habré de confesar, que cómo él no me presentara jamás prueba demostrativa y palmaria de aquel su gran saber *zoo-fónico* en ninguna de sus manifestaciones, á pretexto de que yo carecía de iniciación suficiente, sentía á veces en mi corazón rebelde rebullir y punzarme los escorpiones de la incredulidad; no ciertamente sobre si don Iscariotes fuese en parte poseedor del don preciosísimo del que alardeaba con sibilino é irritante misterio, pero sí dudando que lo tuviese con ese tan alto grado de amplitud y perfección que pretendía.

¿Quién me había de decir que sólo después de muerto mi venerable amigo y enseñador, al cabo de una separación larguísima, y hasta hace bien

poco, quedaría yo plenamente convencido de la vastedad de su ciencia, de la sinceridad inmaculada de sus afirmaciones, y para siempre amargamente arrepentido por haber puesto en tela de juicio la veracidad de sus palabras?

El hecho de mi conversión á la fe *zoofónica*, ocurrió como lo voy á contar.

Hallábame á la sazón en Oviedo, después de mi regreso precipitado de Polanes, de donde me expulsara la indignación en circunstancias que ya tengo anteriormente relatadas, y de donde también trajera conmigo el abultado rimero de papeles y documentos á mí legados por el Maestro con el encargo de publicarlos; y entretenido estaba en la paciente tarea de entresacarlos y ordenarlos, cuando dí con algunos que estaban, no ya escritos, sino que embadurnados y teñidos materialmente con una opaca mixtura

de caracteres, signos, neumas, ó lo que fuera, que no pertenecían, á mi juicio, ni podían pertenecer á ninguna letra humana; tal era el desorden inconcebible de su agrupación, la absoluta falta de conexión que en ellos se revelaba, la negación completa de todo método, de toda concordancia lógica, la fantástica y epiléptica violencia de la forma, la prodigiosa dislocación de los rasgos, el embrollo inextricable de los ángulos y de las curvas, la total ausencia de todo perfil delicado, y mil otras señales no menos llamativas y estupendas.

Dijérase que todo aquello fuera trazado por algún simio delirante y vesánico, presa de gráfico furor; por algún escarabajo gigantesco que pasease por el papel sus tarsos y sus uñas bañados en tinta; ó por algún niño, que con una brocha rala, ó con algún peine remojado en crasísimo betún, describiese al azar figuras inverosímiles y caprichos incoherentes. Y sin embargo, del seno de aquella confusión y de aquel

enmarañamiento, se desprendía para mí de un modo indefinido é inexplicable, cierta vislumbre de que aquel laberinto obedecía á una ley, de que existía alguna clave para aquel enredo, y de que todas aquellas madejas de líneas entrelazadas, esas constelaciones de puntos llovidos y salpicados, ese baturrillo, ese campo de Agramante, ese juicio final de rombos, óvalos y cuadrados, no eran obra de la inconsciencia, ni producto del acaso.

Así las cosas, acudí en demanda de luz á varios amigos que juzgaba competentes en descifrar jeroglíficos y desentrañar criptografías; enseñéles uno de aquellos pliegos, que no sé por qué, se me antojaba el más interesante; y todos á una me contestaron que aquello era impenetrable, al menos para ellos; y pues ellos pensaban como yo, que todo aquel tejido de garabatos era, á pesar de las negras apariencias, algo racional—tanto más cuanto que figuraba entre los manuscritos de

un hombre á quien yo tenía por sabio y eminente—me aconsejaban emprendiese viaje á París, á Londres, á Berlin, ó al mismo Pekin, urbe de mandarinos profundos y sagaces; todo, con tal de que yo hallase solución al enigma é interpretación al documento.

Hube de seguir tan oportunas advertencias; y decidí la marcha á París por estar más cerca, reservando dirigirme á otra parte, si allí no encontrase satisfacción de mi curiosidad.

Llegado pues á la capital francesa, y previamente practicadas las informaciones necesarias para el logro de mis designios, entendí que era mi único recurso consultar el caso con cierto háber ó rabino llamado Hel-Madók-ben-Schiráh, el cual ocupaba por entonces la atención de las gentes, y estaba en gran predicamento de hombre docto y versado en artes de ocultismo y mágicos achaques; persona compulsadora del Talmud, dominadora de la Khábbalah, poseedora de los arcanos

más abstrusos de la Thémurah, leedora y glosadora de las tablas esmaragdinas de Hermes Trismegista, y por último, Venerable, en París, de la secta demoniaca de Misraim.

No sin mi poco de recelos y cavilidades bien comprensibles, si se atiende á que eso de secta demoniaca me sonaba muy mal y me tenía sobresaltado; (pues, sin adolecer de supersticiosa poquedad, jamás he gustado de connivencias diabólicas ó satánicas intrusiones, y siempre fueron más mis amigos Ormuzd que Ahriman, y San Miguel que Baal-Phegor); no sin cierto erizamiento capilar, repito, hice rumbo al domicilio de aquel tataranie-to de la pitonisa de Endor, rogando á Dios, en el secreto de mi alma, se dignase librarme de todo mal; y subida la escalera obscura y tortuosa por la que se ascendía al empinado y mísero tabuco, residencia del oráculo, llamé á la puerta que se abrió y volvió á cerrar por virtud masorética y

cabalístico resorte sin duda, pues no fuí para ver en aquel instante quién hiciera lo uno ni lo otro; tan atento estaba contemplando en la penumbra, frente á mí, en el fondo de la misma antecámara, y acurrucado tras una polvorosa mesa sobrecargada de chismes y librotas, un bulto que se movía con humanas apariencias, y de seguida comprendí sería el propio rabino Hel-Madók-ben-Schiráh, cuya menguada imagen paso á bosquejar, porque lo merece.

Érase un vejete escuálido y tembloroso, con los carrillos hundidos, corva la nariz, desapacible el semblante, arrugada la faz cual vetusta castaña, y que fijamente me miraba al través de unos lentes descomunales, por cuyos cristales biconvexos y amplificadores, salían de la nada sus ojuelos grises, pitañosos y mortecinos. Llevaba en la cabeza un á modo de birrete ó capirote cónico, tieso, de incalificable color, que era propiamente una grasera; y vestía una bata sotaniforme,

abrochada por delante, parda, raída, y sobrehumanamente maculosa. Sus manos—dos rejillas de alambre forradas de pergamino—eran agitadas por constante temblor, y remataban en unas uñas aduncas, córneas, desmedidas, de tinte carmelitano; tosía con tal frecuencia y escupía, que dijérase el catarro personificado; y presentaba, en suma, la peor catadura y la estampa de sabio menos sano y respetable que yo topara en los días de mi vida, con haber topado á muchos.

Saludéle cortesmente; y de malísimo talante me contestó él tuteándome con atiplada é iracunda voz, é inquiriendo el objeto de mi visita. Se lo expuse sin ambajes, tuteándolo también; y sacando del bolsillo el precioso manuscrito, se lo entregué. Recorriólo el hombre con no disimulado interés, que en avidez se iba trocando por momentos; y me pareció que mientras leía, fulguraban sus ojillos enmohecidos, se le cocían las secreciones lagri-

males, y echaban chispas las terribles gafas. Preguntéle que cuánto me llevaría por la traducción en castellano del documento y su interpretación. Me respondió que tan sólo me pedía que se lo cediese en propiedad; conviene en ello; y previo recibo de la entrega, firmado por el rabino, sin más hechicerías, ni sortilegios, ni encantamientos, ni diablerías, despedíme y salí á la calle.

Una semana después, estando en casa, me trajeron de parte de Hel-Madók-ben-Schiráh un sobre lacrado que contenía la ansiada traducción y una carta suya que decia así:

«Señor, que me has entregado para
»que lo vertiese en castellano, un do-
»cumento *Zoario*:

»Te acompaño el trabajo que espe-
»rabas de mí; y he procurado, en lo
»posible, ajustarme á la verdad del
»texto y á su ingenuidad primitiva.
»Digo en lo posible, porque nunca es

»fácil trasladar á un idioma humano,
»cualquier otro que hablen los Zoa-
»rios ó Animales, como es el caso; los
»conceptos varían totalmente, la esfe-
»ra de la idea es distinta por demás,
»y aunque no nos faltasen con frecuen-
»cia vocablos para expresarla, siempre
»echaríamos de menos la incontable
»multiplicidad de los gestos y visajes,
»que son los acentos del *Zoario*, los
»cuales muy sencillamente se simbo-
»lizan y significan por medio de una
»escritura adecuada, pero que son im-
»posibles de representar con nuestros
»comunes alfabetos.

»No obstante he procurado, insisto
»en ello, ceñirme lo más que pude
»al sentido puro del original, va-
»liéndome al efecto de mi larga prác-
»tica y de los recursos puestos á mi
»disposición por las reglas infalibles
»de la Hermenéutica clandestina, la
»Gematría, y el Notalikón.

»Insigne cabalista y zoógrafo es
»quien extendió el documento que me

»trajiste, y puedo asegurarte que ja-
»más he visto cosa más perfecta.

»Todo ello está puesto en *habla*
»*Canina*, y se refiere á cierta asamblea
»celebrada por los Zoarios durante su
»décimosexto cautiverio en poder de
»los Hombres, posteriormente al gran
»Diluvio, y bajo la octava dinastía de
»los Leones.

»En virtud de nuestro convenio,
»pasa á ser mío el manuscrito.

»Es cuanto digo que digo al Señor
»que me ha entregado, para que lo
»vertiese al castellano, un documento
»*Zoario*.—8.º día del mes de Siwan
»del año 5666.—Hel-Madók-ben-
»Schiráh».

La carta era peregrina; pero no paré
mientes en ella mientras no hube leí-
do, ó mejor dicho devorado, la traduc-
ción que con ella venía, tanto era mi
afán por enterarme de su contenido,
el cual no es otro, sino el CRIMEN
SEGUNDO de la presente obrilla, algo

revisado y corregido de algunas rarezas de estilo y lenguaje, cometidas por el rabino.

Mas acabada la lectura, bien distinto efecto me produjo del que yo me esperaba; pues con irritación y despecho arrojé el papel, tentado á rasgarlo, y dudando si no sería alguna burla soez de aquel judío decrepito, socarrón, asmático y marrullero; porque de muy mala gana me avenía á ver escupidos y escarnecidos—según puede verse—por aquel semita inverecundo, desecho y olvido de la muerte negligente ó repugnada, los privilegios más sagrados, las prerrogativas más nobles y radiantes que ciñen la frente del hombre con la diadema incorruptible de su esencia inmortal y divina; y muchísimo menos podía yo tolerar y consentir con ánimo sereno, aquel remedo sacrílego, aquella caricatura odiosa, aquella parodia ignoble de las leyes primordiales y sacrosantas que todos llevamos en nuestro corazón, como

valiosísimo tesoro de nuestra moral soberana y prenda segurísima del porvenir que nos espera, según las cumplamos piadosos ó procaces las infrinjamós.

Pero no mucho tardaron frías corrientes de reflexión desapasionada en venir á templar la candencia de mi enojo; ocurriéndoseme, lo primero, que al mísero levita no le cabía culpa alguna en lo sucedido, pues había sido mero instrumento diligente y servicial de mi voluntad, y que de consiguiente, contra quien debía yo reportar en tal caso toda la violencia de mi protesta, era contra la memoria de mi buen Maestro.

Ventilado este punto de pura equidad, y dado á cada cual lo suyo, comprendí además que sería harto pueril por mi parte, abrigar rencores y éticas enemistades contra el clarísimo finadon Iscariotes Val de Ur, que aunque en muchas ocasiones y singularmente en su memorable testamento había

manifestado en pro de los Zoarios unos sentimientos de parcialidad tal vez excesivos, sin embargo en el caso actual era tan inocente y hasta loable como la misma lógica y la misma razón; pues tratándose en el documento de referencia de Zoarios únicamente, era por demás natural que éstos se expresasen en su asamblea como tales seres enemigos de nuestra raza, y cuya moral no podía en manera alguna parecerse á la nuestra; sin que por esto, no obstante, viese yo claramente motivo ni necesidad para que le fuera diametralmente opuesta, como acontece en Dogmas éticos; pues si bien los Zoarios no son morales en el sentido que comúnmente se atribuye á este calificativo, poseen sin embargo y demuestran ciertas virtudes y cualidades que ya quisiéramos para nosotros, y que muy mal se compadece con el articulado del malvado código que aparece en este SEGUNDO CRIMEN.

Tampoco dejé de observar—pues con triste evidencia lo leía—que los repetidos Zoarios, con acatamiento y sumisión inexplicables (vistas las execraciones que poco antes dirigían al Hombre), proclaman agradecidos haber recibido de éste aquella legislación nefaria; especie que tuve, al pronto, por torpemente calumniosa, pérfida y abominable.

Por tales causas, ahondando, cavilando, y dando vueltas al asunto, díme á pensar si mi dignísimo Maestro, valiéndose de la *lengua Canina*, por ser más vigorosa, pero sin las miras eruditas y cronológicas que le atribuía Hel-Madók, no habría querido buenamente flagelar al hombre con el látigo del sarcasmo, echándole en cara con ladridos abrumadores y fulminantes, los horribles vicios que con harta frecuencia le mancillan y desdoran. Y no habré de negar que mientras más lo meditaba, más también se me hacía probable semejante opinión, y más me

iba figurando, con hondo pesar, que aquellos preceptos impíos propalados por el Can predicador ó el *Predi-cán*, eran parabólicos, y en todo caso más se relacionaban con seres humanos, que no con Animales honrados, inofensivos y respetables.

¡Pues qué!—pensaba yo, dando á mis anteriores escrúpulos desdeñoso pasagonzalo—¿no es cosa bien sabida que nosotros, los hombres, tenemos una Ley triple, un Código tricípite, una especie de Trimurti jurídica que nos rige y gobierna? ¿No es la primera, por ventura, la que llamamos ley natural, la más alta, la más augusta, la suprema, pero también la menos acatada? ¿No forman la segunda las distintas legislaciones positivas que á la fuerza respetamos *porque* llevan sanción inmediata? Y la tercera, tan natural como la primera, pero su eterna adversaria así como de la otra, la despótica, la imperiosa, la instintiva, la consuetudinaria, la *orgánica*, la que no

ha menester promulgaciones, ni revelaciones, ni vanas proclamas, sino que forma parte consubstancial de nuestra materia gangrenada y se aferra en las últimas fibras de nuestra alma corrompida, como el inmundo cisticerco se agarra á las entrañas del enfermo, ¿no es la Ley á quien el gran Tulio debiera propiamente haber aplicado sus palabras elocuentes: «*non scripta sed nata lex; ad quam non docti sed facti, non instituti sed imbuti sumus?*» ¿No es la ley perversa, fascinadora y fatal que nos tiene aprisionados con vínculos adamantinos, y con cadenas y con argollas tan dolorosas, que al quererlas arrancar, arrancamos nuestra propia carne? ¿No es la ley, en fin, por cuyo tiránico mandato, que tantos y tantos esclavos obedecen, se niega la existencia de un Dios providencial, son condenados los inocentes, al prójimo se le despoja de sus bienes, se cometen estupro, ignominias y adulterios, se perpetran ase-

sinatos, y se realizan todos los desmanes, y todos los escándalos, y todos los atentados, secuela inevitable del egoísmo divinizado; incluso, acaso, estos CRÍMENES LITERARIOS, que por ser tales, espero lleven en sí mismos el germen de la absolución?

Así reflexionaba, quizá con acierto; y sin resolver el problema, que por grave se me indigestaba, fuíme á pasear por esos «Quais» famosos que encauzan al Sena, y sobre cuyos pretilles eruditos, á la orilla izquierda del río, se extienden yuxtapuestos y en luenga fila se dilatan pupitres y cajones repletos de libros usados, antiguos y curiosísimos en ocasiones, que de balde pueden ser manoseados, ó comprados á buen precio.

Escudriñando estaba los arcanos de aquel rastro bibliográfico, cuando de pronto descubrí un encuadernación de piel, y vírgenes los cantos. Datada de mediados del siglo XVIII; el

título decía: «*Quæstiones cabalisticæ quoad Zoariorum sive Animantium omnigenorum sermones pertineant.*» O sea: «Cuestiones cabalísticas referentes al lenguaje de los Zoarios ó Animales de todas las especies.» El texto, dividido en dos columnas, era bilingüe, y estaba en latín por un lado con la traducción francesa al frente; la obra había sido editada en Amsterdam; toda ella clara, bien conservada, é impresa con limpieza en excelente papel.

Ver, coger y comprar el libro, todo fué uno para mí; y puestos en mano del vendedor los diez francos que me pedía por el volumen, no tuve calma ni paciencia para tornar á mi casa y hojearlo á gusto; sino que sentándome en uno de los bancos que guarnecen la ancha acera en aquel sitio, empecé á registrar el tomo con ansia, y con el presentimiento de que en él encontraría alivio para el estado de perplejidad en que me colocara la versión del pícaro rabino.

No salieron erradas mis esperanzas; pues al poco rato, dí con un luminoso párrafo ó capítulo, mejor dicho, que aquí transcribo:

«Has de saber (*scias velim*) que cien
»años después del gran Diluvio, que
»fué lejía ineficaz para las inmundi-
»cias del universo; cincuenta antes de
»la confusión de las lenguas de los Zoa-
»rios, que por entonces hablaban todos
»la que siguió siendo la Canina, de
»generación en generación; y bajo la
»octava dinastía de los Leones; los
»Zoarios, por decimasexta y definitiva
»vez, fueron reducidos á esclavitud
»por el Hombre, y de dicho cautive-
»rio jamás encontraron fin hasta el
»presente día. (*Ab Homine in servi-
»tutem addicti sunt, nec istius capti-
»vitatis, usque ad hunc diem, finem in-
»venire potuerunt*).

»Y esto acaeció así: que hallándose
»los dichos Zoarios airados y asquea-
»dos con las muchas torpezas del

»Hombre, (*irati et nauseati plurimis*
»*Hominis turpitudinibus*) —pues las
»aguas del anegamiento no lo habían
»purificado— riñeron con él una terri-
»ble batalla; y aunque los Hombres
»fuesen pocos y los Zoarios muchos,
»éstos salieron rotos y tristemente des-
»baratados; después de lo cual, entre
»ambas partes, fué celebrado un con-
»cierto y estipulado un pacto de con-
»cordia, (*ad pactionem concordiamque*
»*convenerunt*) el cual decía:

»Que los vencidos Zoarios se obli-
»gaban á reconocer y reverenciar para
»siempre la hegemonía y predominio
»del Hombre;—que se comprometían
»á prestarle de continuo, todo género
»de gabelas, pechos y servicios perso-
»nales, como arrastrar sus fardos y ca-
»rros, arar sus campos, guardar sus vi-
»viendas, y ser carne para su voracidad
»(*cibus carneus voracitati ejus*), con-
»cediéndole por tanto, omnímodo de-
»recho de vida y muerte sobre ellos;—
»y además, que los afligidos Zoarios

»habrían de abrazar la Ley del Hom-
»bre, que era violenta y perversa, apos-
»tatando de la suya propia que era
»dulce y amorosa. (*Mæstosque Zoa-*
»*rios Legem Hominis pravam et fero-*
»*cem amplecti et reverenter colere,*
»*necnon suam ipsorum mitem et affec-*
»*tuosam spernere atque ejicere*).

»Aprende asimismo, que no bien
»fueron convenidas las dichas cláusu-
»las, quedó nombrado para anunciar-
»las á los Zoarios ajuntados en asam-
»blea magna, un Can venerable por
»sus luengos años, (*Canis quidam*
»*annosâ ætate venerabilis*), cargado
»de experiencia, (*experientiâ onera-*
»*tus*), lleno de sutileza, (*calliditate*
»*plenus*), ladrador armonioso, (*latra-*
»*tor concinnitate præditus*), y que se
»llamaba Jáu-Ghuáuh, (*nomine Jáu-*
»*Ghuáuh*), el cual tambien había de
»proclamar á los Zoarios los once
»mandamientos de que se compone la
»Ley del Hombre.

»Y Jáu-Ghuáuh manifestó á los

»Hombres que se hallaba presto; pero
»humilde les expuso también, que
»durísimo é intolerable se les haría á
»los Zoarios aceptar la nueva Ley en
»todos sus puntos y observancias; y
»que primero se darían muerte á sí
»mismos que contrajesen matrimonio,
»derramasen la sangre de sus seme-
»jantes como no fuera por atender al
»sustento, y mancillasen la naturaleza
»con caricias abominables; cosas todas
»preceptuadas y prescritas por la Ley
»del Hombre. (*Semetipsosque potius
»occisuros fore quam nubere; frater-
»num sanguinem, nisi ventre indulgen-
»do, effundere; naturamque infandis
»blanditiis inquinare; quæ omnia Lex
»Hominis statuit et præcipit*); y por
»último, con fervoroso ladrido, implo-
»ró venia para seguir tributando á
»Physis el culto que habían recibido
»de sus mayores por tradición ininte-
»rrumpida.

»Y los Hombres que mucho nece-
»sitaban de los Zoarios, temiendo que

»exasperados se destruyesen á sí mis-
»mos si sus ruegos no eran atendi-
»dos, escucharon las súplicas de Jáu-
»Ghuáuh, y encomendaron á su pru-
»dencia la misión de modificar la Ley
»en los términos oportunos, pero con
»fieras amenazas por si se excediese, y
»horrendas conminaciones (*minis ho-*
»*rribilibus*) de pronto é inexorable
»castigo, si los cuitados Zoarios se re-
»belasen.

»Y Jáu-Ghuáuh, reformada la Ley,
»retiróse á predicarla á sus hermanos.

»Así fué impuesta á los Zoarios la
»Ley del Hombre; pero ellos no la
»acataron jamás en su corazón, aunque
»la viesen enmendada y mejorada por
»el sapientísimo Can, porque les es
»aborrecible. (*Sic quidem Zoariis Lex*
»*Hominis imposita est, quam meliorem*
»*licet et a Cane sapientissimo emenda-*
»*tam, nunquam coli siverunt in corde*
»*suo, propterea quod invisissimam de-*
»*testantur.*)»

No seguí leyendo, ni podía; porque sin ser muy sensible, la emoción me embargaba, y también la tristeza, y también la vergüenza; que al fin y á la postre y á pesar de mis cortas faltades, soy hombre y no Zoario; una cosa es censurar á la humanidad, otra no lamentar sus vilezas; y en último término, mis negruras de misántropo anodino y acomodaticio no me inducían á escuchar impasible los piropos y lindezas, que en son de verdades, con tanta crudeza cantaba á mi propia raza el manuscrito de Val de Ur, corroborado, interpretado y confirmado por aquel en-cuartejo regordete y seductor. La pócima era amarga y nauseosa, ¿Saludable y eficaz? No me da cuidado. Pero pensé que en todo caso me sería menos ingrata si la tragase en compañía, divulgándola y circulándola, como lo hago ahora por medio de la prensa, y conforme á las intenciones de mi inolvidable Maestro don Iscariotes.

Un tanto consolado y confortado por esta consideración tan esencialmente egoísta (¡oh Ley del Hombre!) volaron mis ideas por otras nubes menos obscuras, hasta remontarse paulatinamente al cielo sereno en el que centelleaban, cual dos estrellas gemelas, por una parte el júbilo científico de haber descubierto un secreto zootécnico de inestimable valor, y por otra la satisfacción purísima y no menor de poder cumplir, como bueno, mis deberes de albacea. Sentíme pues vivamente agradecido á ese hallazgo tan oportuno como casual de las «*Quæstiones cabalisticæ*», sin las cuales me hubiese sido por todo punto imposible entender ni siquiera la versión del buen háber, ni dar ahora, de consiguiente, estas aclaraciones tan indispensables para la inteligencia del interesantísimo documento zoario que ofrezco al público, y que espero quedará suficientemente dilucidado con las siguientes advertencias complementa-

rias que evidentemente se desprenden del contexto y de lo dicho anteriormente:

1.^a El documento no alude, por desgracia, á la asamblea magna habida por los Zoarios inmediatamente después de su derrota por el Hombre, sino á otra posterior, cuya fecha no se puede determinar con exactitud, pero debe colocarse después de los cien primeros años que siguieron al Diluvio, y antes de que transcurriesen cincuenta otros, puesto que al terminarse este último plazo, fué precisamente cuando se produjo la confusión de lenguas entre los Zoarios, los cuales antes, si bien no hablasen todos acaso el *idioma Canino* como lo aseguran las «*Quæstiones*», al menos entendían perfectamente á los que se expresaban en la mencionada lengua.

2.^a Es presumible que el orador, el *Predi-cán* que toma la palabra ó el ladrido en nuestro manuscrito, no fuese el patriarcal Jáu-Ghuáuh, quien

ya muy anciano cuando ocurrió la rota de los Zoarios, estaría seguramente acogido en el seno de Physis por el tiempo á que nos referimos, precipitada quizá su muerte por los luctuosos acontecimientos de que fuera testigo y parte tan principal. Quien arenga pues á los Zoarios en Dogmas éticos debe de ser algún descendiente de éste, no menos sabio, respetable y elocuente.

3.^a La junta ó asamblea de que tratamos no era en modo alguno, según claramente se ve, un concilio legal, paladino, constitucional, patrocinado por la autoridad competente que era el Hombre, sino un conventículo, un conciliábulo furtivo y clandestino celebrado por los Zoarios para conspirar contra el tirano y maldecirlo, practicar libremente sus antiguas ceremonias, tomar acuerdos importantes, y en último caso dar algún desahogo á su despecho de cautivos, y algún alivio á sus humillaciones.

4.^a Es evidente que en el documento existe algo inexplicable; y con efecto, tanto en la oración del *Predicán* como en la actitud de los asistentes, se advierte una contradicción, un absurdo incomprensible de golpe y que salta á la vista del más distraído; pues al principio del acto, el Hombre es injuriado, blasfemado y denostado con terrible violencia, al paso que después, este mismo Hombre resulta alabado, ensalzado y levantado sobre los mismos cuernos de la luna. ¿Cómo conciliar estos dos extremos que pugnan entre sí por innegable manera y mutuamente se excluyen?

Algún tiempo hube de tardar antes de encontrar para este punto delicado una solución que me agradara; pero al fin he dado con la siguiente que no carece de verosimilitud, y que á falta de otra mejor, tengo por buena.

Entiendo que al comienzo de la reunión, los Zoarios están solos entre sí, fuera de toda presencia importuna,

sin ningún intruso que los estorbe ó cohiba, y pueden libremente dar suelta á sus quejas, á sus gemidos, á sus impre-
caciones, á sus plegarias. Mas en el momento preciso en que se disponen á escuchar con reverencia las palabras de su propia Ley, de su *Zoonomodicea* sagrada y perseguida, que no conocemos aunque la sospechamos, he aquí que se produce inesperada sorpresa, y de súbito se presenta el Hombre en el recinto. Los Zoarios, á la vista del odiado déspota, gruñen unos, quieren retirarse otros, se agitan todos dando recelosas señales de ira ó de terror; y sirva esto de explicación para algunas interjecciones sorprendentes que figuran en el sitio correspondiente del texto, y que Hel-Madóok ha respetado en su traducción.

Pero, en aquel crítico instante, el *Predi-cán*, con admirable serenidad, acierto y fingimiento, sin cambiar de tono ni de gesto, sigue desempeñando su cometido; sólo que en vez de la

Zoonomodicea anunciada, proclama y expone la Ley del Hombre modificada en otros tiempos por Jáu-Ghuáuh, pero siempre aborrecida por los Zoarios; y entonando con unos cuantos ladridos de mero relumbrón, una peroración brillante, encomiástica é hipócritamente enaltecedora del Hombre, termina su discurso en medio de la atención simulada de los oyentes, y del más profundo aburrimiento de todos. La concurrencia aplaude, sin embargo, con las fórmulas usuales en tales ocasiones entre los Zoarios, que son corteses pero francos, y enemigos en general de largas arengas; por lo cual, en el caso presente, no escatiman sus demostraciones de complacencia, y felicitan al orador por haber salido del paso tan gallardamente, y sobre todo por haber concluído.

Pásese ahora á la lectura de Dogmas éticos; y confío en que el sentido común, la ilustración, y más que

nada, la benevolencia de quien lo haga, suplirán los olvidos y las muchas deficiencias que puedan existir en estos preliminares, que como míos, son harto imperfectos y desagraciados.

EL ALBACEA



CRIMEN SEGUNDO

DOGMAS ÉTICOS

Séase morales, ó más claro

ANOOPNEUMATOLÓGICOS - TELEMATOSCÓPICOS

predicados por un Can lleno de experiencia

en un Concilio de Zoarios.

I.—Exordio.

EL PREDI-CÁN

Hermanos míos: Y en este fraterno llamamiento ténganse por comprendidos, no tan sólo Los que como yo gallardean con sus cuatro pies y poseen glándulas mamarias abundantes, si bien atrofiadas en el sexo fuerte (pero no necesariamente feo) quien para nada las ha menester;

No tan sólo Los que dotados de

cuádruple mano y de un quinto apén-
dice prensil y socorrido, ligeros se co-
lumpian por las ramas y las frondas;

No tan sólo Los que protegidos por
tornasoladas escamas, hienden las on-
das marinas, fluviales ó lacustres con
húmeda delectación;

No tan sólo Los que privados de
miembros son todo cola y cabeza, y
trepan ó se retuercen en roscas heli-
coidales;

No tan sólo Los que llevan á cues-
tas su propia morada, tienen testa vi-
perina y avanzan con tardo y prudente
paso;

No tan sólo Los que en las cálidas
riberas de los ríos tropicales se tien-
den soñolientos en el limo, y abren
con terrible bostezo sus mandíbulas
ingentes; ó Los que flexibles y velocísi-
mos cruzan, como saetas, los muros
de los jardines;

No tan sólo Los que asentados y
flotantes en la superficie de verdoso
charco, saludan con graznantes him-
nos el triunfal nacimiento de las auro-
ras galanas, ó las sangrientas agonías
de los ocasos moribundos;

Sino que también todos los Hexá-

podos, que polimorfos y laboriosos pululan por el orbe;

Y también los Arácnidos pulmonares y traqueales, que ora bordan los festones delicados de primoroso encaje; ora cavan, pruriginosos é innumerables, hipodérmicas galerías;

Y también los Crustáceos, que pertrechados de recia coraza y enarbolando audaces sus pinzas aceradas, libran por las rocosas playas combates encarnizados;

Y también los Moluscos, que habitan indolentes y blandos las frescas oquedades de nacarada concha;

Y también los Anélidos, que ciegos y viscosos se nutren de tierra, ó elegantes ondulan en las aguas estancadas;

Y también los Gusanos, nuestros sepultureros diligentes, que en los albores de su infancia bullen y retozan alegres en cosas putrefactas;

Y también los venerables Protozoarios!

A todos me dirijo, á todos acudo, y á todos he congregado, para repartiros por igual á todos, sin odiosas distincio-

nes de órdenes y clases, el pan de mi ladrado; para que cobreis renovados alientos y bríos invencibles en la guerra necesaria que hemos resuelto declarar á nuestro común y atávico adversario, el humano Déspota, que orgulloso y abyecto nos tiene reducidos á funesta servitud; y para que oyendo resonar por mi boca colmilluda los mandatos de nuestra *Zoonomodicea* sagrada y perseguida, en este recinto majestuoso donde se halla representada la gloriosa universalidad de nuestras razas reunidas, sea vuestro corazón confortado, y sacudamos al fin y para siempre la vergonzosa esclavitud, en que por nuestras culpas nos vemos lamentablemente sumidos.

Mas antes, y en cumplimiento del rito que nos ha sido impuesto desde épocas inmemoriales, pronunciamos á coros la fórmula de la Execración.

II.—Execración.

EL PREDI-CÁN

¡Tú que miras al cielo, andas en dos pies, careces de caudal prolongamien-

to y tienes pulgar oponible á los demás dedos de la mano, sé vilipendiado, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé vilipendiado, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que eres desnudo, que has de fabricarte vestes y ropajes para resistir las inclemencias varias del tiempo, y con ellos hipócrita, vergoñoso y ruín, conviertes en secretos los órganos de tu cuerpo, sé escarnecido, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé escarnecido, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que eres inerme, y te vales para matar de trampas y artificios oprobio de la naturaleza, sé detestado, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé detestado, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que salas y cueces tus alimentos, bebes pócimas embriagantes, bajo

techado reposas entre lanas que nos robas, y rehuyes los albergues umbríos de los montes y de las selvas, sé abominado, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé abominado, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que te ocultas furtivo para obedecer la ley augusta de los sexos, y es tu principal caricia inmundo chasquido de los labios, sé infamado, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé infamado, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que incurres en matrimonio, y lo sancionas mascullando en tus altares irrisorio y fementido juramento, sé prostituído, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé prostituído, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que crees á la vez en un ser supremo y bueno y en otro supre-

matóide y perverso; pero no respetas á ninguno, forjándote tan sólo falaces esperanzas y vanos terrores que acrecen tu temeridad ó aumentan tu natural cobardía, sé baldonado, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé baldonado, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que pretendes poseer inteligencia y razón, y á nosotros nos las niegas con ignorante soberbia, sé aborrecido, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé aborrecido, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que siendo ignominiosamente el más débil, nos persigues con furor, con saña nos torturas, y sin piedad nos destruyes, sé atormentado, muerto y exterminado por nosotros, Hombre!

EL CONSISTORIO

¡Sé atormentado, muerto y exterminado por nosotros, Hombre!

EL PREDI-CÁN

¡Oh Hombre, yo te maldigo! ¡Oh
Hombre, yo te anatematizo! ¡Oh
Hombre, yo te execro!

EL CONSISTORIO

¡Te maldecimos, te anatematiza-
mos, te execramos, Hombre!

III.—Invocación y plegaria.

EL PREDI-CÁN

Y ahora, hermanos dilectísimos, prosiguiendo en la observancia de nuestra liturgia consolante, vueltos hacia el punto del firmamento, del cual se precipitan las sagradas tinieblas que suceden á los horrores del día; borrando de nuestra faz toda expresión altiva, y de nuestro corazón, por breve instante, toda veleidad cazadora ó voluptuosa; sin rascarnos, ni olernos, ni chuparnos, ni lamernos, ni escarbarnos, ni espulgarnos, tomemos anonadado continente; humillemos á la tierra criadora las orejas ó las astas,

los hocicos ó los rabos, las alas ó los élitros, las antenas ó las crestas, las trompas ó los picos, los tentáculos ó las ventosas, y todas las excrescencias, y todos los aditamentos, y todos los apéndices, y todos los distintivos con que ostentar y revelar solemos las sumas preeminencias de la legión Zoaria, expresando con nuestro gesto ó diciendo con nuestras voces alternadas y deprecantes:

1.^{er} CORO

¡Oh Physis, que en tu vasto seno contiene los mares inmensurables cuyas aguas no se beben!

2.^o CORO

¡Y el firmísimo pavimento que alfombran praderas!

1.^{er} CORO

¡Y los árboles que tienen melenas en los pies, y por esto jamás se mueven de sitio!

2.^o CORO

¡Y la brisa impregnada de esfluvios

odorantes, delicia del olfato é instigadora de hambres!

I.^{er} CORO

¡Y la furia molestísima de los vientos sibilantes!

2.^o CORO

¡Y la sierpe inflamada del rayo inexorable que incendia y destroza!

I.^{er} CORO

¡Y el cataclismo anubarrado del horrísono trueno que el pelo nos eriza sobre los lomos!

2.^o CORO

¡Y la lluvia, que abastece y renueva las fuentes de los ríos, á una que nos refresca cuando importuna comezón nos hostiga y desazona.

I.^{er} CORO

¡Y la luna, que blanquece y diafaniza la enramada, descubriéndonos la presa obscura y recelosa; ó rielá entre las ondas, engarzando los ópalos de sus destellos pálidos en la plata de los peces festivos y bullidores!

2.º CORO

¡Y el sol, que todo lo alumbra con crudeza á veces intolerable, pero cuyo calor hemos menester, si no queremos morirnos pasmados por el frío!

1.º CORO

¡Y los astros, y los luceros, y los planetas, y las estrellas, que no sabemos lo que son, ni para qué sirven, ni nos importa!

2.º CORO

¡Y los antros apacibles y musgosos donde plácidos dormimos, y solícitos criamos á nuestros pequeñuelos!

1.º CORO

¡Y las piedras y las peñas!

2.º CORO

¡Y las arenas, que si entran por nuestros ojos nos ofuscan y conturban; y si penetran en nuestros oídos nos ensordecen!

1.º CORO

¡Y los abismos, y las alturas que son abismos invertidos!

2.º CORO

¡Y los múltiples alimentos sápidos y sazonados que dan á nuestro cuerpo gordura y robustez, agilidad y gallardía!

1.º CORO

¡Y las yerbas saludables que curan nuestros males!

2.º CORO

¡Y á nosotros mismos nos abarcas en tu regazo, oh Physis maternal, clemente y bienhechora!

EL PREDI-CÁN

¡Tú que amorosa velas por nosotros, mientras con vida palpitamos en nuestros ambientes respectivos y adecuados!

¡Tú, que después de muertos, llamas á la Podredumbre purificadora madre de las Larvas insaciables que nos disuelven; ó á cualquier otro hermano nuestro, goloso de cadáveres, que nos proporciona en sus entrañas honroso paradero!

¡Oh propicia! ¡Oh dulce! ¡Oh benigna Physis!

EL CONSISTORIO

¡Tú que en tu vasto seno todo lo contiene!

IV.—Exposición de la doctrina.

EL PREDI-CÁN

Llegado es el momento, Zoarios bellos, excelsos y valerosos, de proclamar en esta asamblea solemne las sublimes enseñanzas de nuestra doctrina, y las imperiosas al par que suavísimas exigencias de nuestra *Zoonomodicea*, que violada y conculcada con impiedad reiterada y proterva por algunos hermanos falsísimos, relapsos y alevosos, adoradores y secuaces viles de las infamias del Hombre, nos ha traído en justo castigo el vernos por tan largo tiempo rebajados y sometidos á este ominoso yugo de la extrema tribulación; pero que observada con dócil solicitud, practicada con perseverancia, y obedecida con fidelidad, nos habrá de conducir de nuevo, am-

parada por vuestro arrojo, á las lloradas regiones de nuestra libertad perdida!—Escuchad, pues, atentos y religiosos los mandatos de la Ley..... (*Entra el Hombre repentinamente*).¹

EL CONSISTORIO

¡Ñuf!.... ¡Kuaáak!.... ¡Vwmzit!....
¡Wahihí, wahihí, wahihí!.... ¡Strichs-
joóm!.... ¡Hesbuhuhuhúfff!.... ¡Pinpi-
ripín!.... ¡Ñaho!.... ¡Jrrr!.... ¡Jiá, jiá,
prunchenepepeprúm!.... ¡Bruf!....²

EL PREDI-CÁN

(*Sin inmutarse sigue ladrando*).³

.....escuchad, pues, atentos y religiosos los mandatos de la Ley:

I) Ámate á tí mismo sobre todas las cosas, que así tendrás recorrida

¹ Esta indicación es mía, y no aparece en el texto primitivo, ni en la traducción de Hel-Madók. (*Nota del albacea.*)

² Estos vocablos tan curiosos y expresivos forman parte del documento original. Para la inteligencia de este breve episodio, véanse las explicaciones que doy al final de la Premeditación. (*id.*)

³ Tampoco esta indicación figura en el texto primitivo, ni en la traducción de Hel-Madók. (*id.*)

gran parte del camino que lleva á la felicidad, y serás un buen Zoario. De este primer precepto dimanán todos los demás, y así lo hemos aprendido del Hombre nuestro Señor.

II) Cree en Physis; invócala prudente en graves ocasiones, pero sin pedirle nada jamás, puesto que ella se anticipa á darte lo que te conviene; y ámala en tanto y en cuanto formas parte de ella, de Physis, que siéndolo todo, no es nada ni nadie, según dice el Hombre nuestro Señor.

III) Fuera deplorable sandez y señal no dudosa de trastorno en tus facultades, que de continuo tuvieses en boca el nombre de Physis, ya en son de alabanza, ya en son de invectiva.

Pero si alguna vez, arrebatado por invencible cólera, por el dolor, ó por cualquier otro movimiento vehemente y díscolo del alma, sintieres necesidad irresistible de conceder á tu pasión ligero y momentáneo desahogo, podrás exhalar, sin reparos, algún relincho, algún maullido, algún tímido rebuzno de vituperio y dedicarlo á

Physis, que en lo más mínimo se habrá de ofender; así como tampoco te agradecería las laudes y gracias que le dirigieses en momentos de exaltado júbilo, porque Physis es inmutable, serena y magnánima como el Hombre nuestro Señor!

IV) Como única solemnidad de culto celebrarás la de la vida, procurando que mientras no trabajes para el Hombre nuestro Señor, esta sea para tí una larga y continuada fiesta.

Por lo cual, en todo y por todo buscarás la quietud voluptuosa, la indolencia placentera, los lánguidos ensueños, y únicamente interrumpirás tu reposo con excursiones venatorias, y con el cuidado de afilar los dientes, buir las garras, aguzar el pico, ó jugar pinzas y palpos cuando entres en deseos de atender al sustento, ó te veas en la precisión de volver por tu defensa é interés; y así lo hace el Hombre nuestro Señor.

V) Encauza con acierto el torrente de tus afectos, y reparte con parsimonia previsora los regueros de tu

cariño, dividiendo con tal fin á tus semejantes en cinco categorías:

Tu madre, á quien podrás honrar si ella misma te honrase y distinguiese, suministrándote durante la infancia desvalida, decorosa y restaurante alimentación, ó dándote en lo sucesivo inequívocas pruebas de protección y ternura.

Tu padre (supuesto que lo conozcas y no sospeches de varios), á quien guardarás los miramientos que mejor te acomoden, reflexionando que el hecho escueto de haberte dado el ser, le tiene á él profundamente despreocupado, y se pierde fuliginoso entre la brumosa multitud de sus eróticas memoranzas.

Tus hijos, puesto caso, si eres macho, que su procedencia te esté claramente demostrada; en cuya contingencia poco probable, considerarás que siendo ellos consecuencia y derivación de una de tus funciones naturales, no les debes mayor solicitud que al producto de tus otras funciones, cómo ellos mismos por su comportamiento, no viniesen á despertar en tí los estímulos de la conveniencia personal.

Tus hermanos y colaterales, para quienes profesarás indefectiblemente desapego y menosprecio, pero graduando siempre tales sentimientos al tenor de las ventajas ó perjuicios que su condición de parientes te pudiese reportar.

La turba innominada, confusa y asediadora del prójimo en general, para quien sería absurdo y grotesco sintieses el menor asomo de querencia ó respeto, si las exigencias del provecho propio no te lo demandasen. Y todo esto nos lo ha enseñado el Hombre nuestro Señor.

VI) No abominarás de la institución del matrimonio; pero la huirás según tus fuerzas, libre y honestamente folgando con seres de tu misma especie, y pudiendo abstenerte, á diferencia del Hombre nuestro Señor, de los que pertenezcan á tu mismo sexo.

Irás gastando, pues, del tesoro del amor, sin prodigalidad ruinosa ni fastuosa ostentación, siempre atento á que te fué concedido no tan sólo por cooperar á la propagación de tu raza, sino que también para que te proporciones momentos de grata refocilación,

de los cuales te verías triste y prematuramente espoliado por tí mismo, si rebasases los límites impuestos por la naturaleza á tu condición de Zoario sujeto al periódico metodismo del cielo, y por esto mismo tan inferior al Hombre nuestro Señor.

VII) Podrás matar á tus semejantes, siempre y cuando así lo requiriesen las urgencias implacables de tu vientre desnutrido, y para convertir en substancia tuya propia, por el artificio de la manducación, la ajena que dejaras sin vida. Pero no te será lícito derramar la sangre de tus hermanos, movido por cualquier otro aliciente ó conveniencia, porque la libre matanza es fuero del Hombre nuestro Señor.

VIII) Todo es tuyo bajo el sol, y considerarás de tu pertenencia cuanto en el mundo existe, con la sola excepción de lo que el prójimo pudiese tener de momento asido entre sus órganos prensiles, ó depositado en su morada; porque en este caso tu derecho de posesión sería contingente y quedaría en suspenso, mientras por

medio de la conquista no lo trasformases en estable y definitivo, apelando á los múltiples recursos con que te brindan la persuasión insinuante, la maña cautelosa, ó si fuese preciso, la arriesgada violencia. Todo es tuyo, Zoario, dentro del dominio eminente del Hombre nuestro Señor.

IX) Es la verdad, una de las mil quimeras y malsanas fantasías que anidan en el corazón de los simples y conducen á la idiotez; por tanto, con sumo cuidado te librarás de buscarla por ninguna parte, bien seguro de que no la encontrarías; y mucho menos te preocuparás de que tus manifestaciones externas, mímicas ó vocales, se amolden ó adapten á las nebulosidades intangibles de ese mito engañoso.

Sabiendo, pues, que todo juicio que formulares ó todo testimonio que prestares es vano é ilusorio, como reflejo que es de tus sentidos embotados y deficientes, no te perturbarás los sesos si los tuvieres ó los gánglios nerviosos, si éstos en tu raza hiciesen oficio de aquéllos, con ociosos escrúpulos de veracidad ó mentira; y siguiendo tan sólo

la norma de tu propio interés, afirma rotundamente lo que te fuera beneficioso, y niega sin vacilar lo que te pueda damnificar, que así obrarás como el Hombre nuestro Señor.

X) Podrás desear con todos los ardores de un temperamento generoso, si tal fuese el tuyo, á la hembra que tu prójimo detentase por más tiempo del que requiere la normal satisfacción de su menester; y si ella se aviene ó la subyugas, gozarás ingenuamente de sus caricias, pero tratando de dirigirte siempre, en lo posible, á una que sea hermosa en su clase, gallarda y apetecible; porque de lo contrario, tu acto supondría malicia suma, y repugnante desbordamiento de reprobable lascivia, según lo afirma al menos el Hombre nuestro Señor.

XI) Codiciarás á tu antojo cuanto el prójimo pueda tener ó conservar en su poder; evitando empero estacionarte, salvo caso de fuerza mayor, dentro de los límites infecundos del deseo abstracto; así pues, dando á tu inclinación la expansión que pide y el pá-

bulo que solicita, procurarás apropiarte lo apetecido, curando así tu corazón de la úlcera de la envidia roedora que daña la salud, y es la menos venerable de las pasiones.

Pero si fueres tan débil ó pusilánime que no pudieres alcanzar la consecución de tus deseos, cuida siquiera de encerrarlos con triple llave en el arca más secreta de tu fuero interno, que nadie te habrá de pedir cuenta de ellos, y con el silencio evitarás ser ludibrio de tus semejantes.

Y si lo que codiciases en el prójimo fuese una cosa, un atributo no apropiable para tí, como su belleza, su robustez, su destreza en la caza ú otras prendas similares, procurarás alivio y consuelo deseando y causando todo género de males al poseedor de las cualidades que mustio te tuvieren, pues así nos lo ordena, á su ejemplo y semejanza, el Hombre nuestro Señor.

V.—Peroración.

Expuesta queda la Ley, oh Zoarios, y enumerados sus mandamientos tal como nos han sido transmitidos por

los eslabones de la tradición, desde que el Hombre nuestro Señor, apiadándose de nosotros al contemplarnos enlodados en todas las inmundicias de la barbarie, no consintió que pereciésemos ahogados en ella, y tendiéndonos misericordioso su mano protectora, nos sostuvo sobre el cieno, y nos salvó del naufragio tremendo que nos esperaba. Y estos mandamientos benignos, indulgentes y placenteros, son el áncora, sabedlo bien, el firmísimo sostén, el amparo inquebrantable de nuestra nave que no zozobraré jamás, si nosotros mismos, con voluntaria y maligna sordedad, no nos negamos á escucharlos, y si con criminal ceguera y contumacia no cerramos nuestros propios ojos á los copiosos raudales de salutífera luz que ellos irradian sobre nosotros.

Pues á poco que lo mediteis, y á poco que descendais en las serenas soledades de vuestra conciencia y de la reflexión, presto comprendereis, Zoarios, que este código fundamental de nuestro dogmatismo, tiene dentro de nosotros mismos al intérprete infalible y fidelísimo llamado á desvanecer vuestras dubitaciones todas, si es que

la hedionda lepra de la duda existe aún entre vosotros, y á conjurar los horrores de esos terremotos, de esas trepidaciones intestinas, que en ominosos tiempos y antes de que el Hombre nuestro Señor se dignase avasallarnos, de continuo venían á sacudir y abrir abismos en el santo suelo de nuestro reposo, amenazando con tragarnos y sepultarnos para siempre en la inmensa vorágine de su desolación destructora.

Ese norte que nos guía, ese báculo en que nos apoyamos, ese faro que nos ilumina, es el Instinto soberano, el Instinto, que habiéndonos sido revelado por el Hombre nuestro Señor, quedó implantado en nuestros corazones á manera de elocuente lápida que lleva grabados los ígneos caracteres de la Ley, y nos clama, y nos amonesta, y nos recuerda, sin tregua ni descanso, el prestigio y el imperio del primer precepto, el único, el suficiente, el que incluye y abarca todos los demás: «¡Ámate á tí mismo sobre todas las cosas!»

¡Precepto sabio! ¡Precepto dulce!
¡Precepto eficaz! ¡Voz armoniosa de

nuestro propio ser, que nos alienta y consuela, y que unida con los requerimientos de la veneración y supremo acatamiento que nos complacemos en rendir al Hombre nuestro Señor, promete á nuestra raza eterna prosperidad y ventura, al par que á todos los que la componemos, nos asegura y garantiza individualmente la mayor suma deseable de goces y bienandanza en esta vida; lo cual es nuestro solo fin, no lo olvidéis, Zoarios!

He terminado; y bien quisiera seguir molestando por más tiempo vuestra atención con provechosas exhortaciones, por mucho que os juzgo fatigados ya, si he de atenerme á las evidentes señales de bostezante tedio, y á ciertos suspiros y rumores de mal contenida impaciencia que emergen de este consistorio venerandísimo y soñoliento.

Pero yo también tengo las fuerzas exhaustas ¡oh mis aburridos hermanos! La lengua inerte tiende á salirseme de la boca; me siento presa de intensa sofocación, y mis fauces desecadas presentan la aridez insoportable del corcho ó de la estopa. No por otro mo-

tivo hago punto aquí en mi oración; mas fuera cual fuera la causa, vosotros debéis agradecerme—ya que os he dicho lo que al caso venía—que no la prolongue más.

Ahora, aplaudidme todos porque he concluído, y he ladrado con arte, benevolencia y razón!

I.^{er} CORO

¡Nos ha dicho lo que venía al caso!

2.^o CORO

¡Aplaudámosle todos porque ha concluído!

I.^{er} CORO

¡Y ha ladrado con arte, benevolencia y razón! ¹

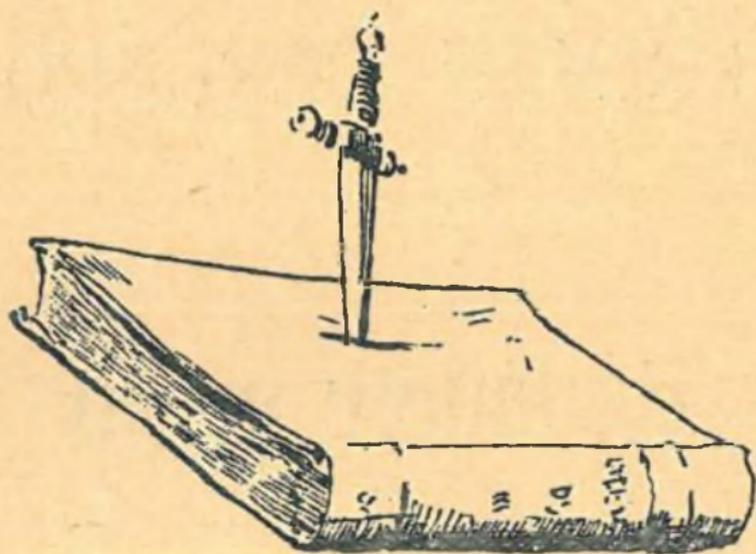
¹ Un excelente amigo de los Pájaros, y también mío, me acaba de manifestar indignada sorpresa, porque el venerable *Predicán* en el exordio donde se dirige á la universalidad de los Zoarios, llamándolos á todos raza por raza y grupo por grupo, prescinde únicamente de la penígena casta de los Volátiles armoniosos. Sobrada razón tiene el discreto y ornitófilo censor. Pero, como me es odioso creer que mi sabio Maestro D. Iscariotes, al componer sus «Dogmas éticos», incurriese por

distracción en esta sensible falta, súfrase que yo la achaque, hasta mejor prueba, al traductor de los mismos el rabino Hel-Madók, á quien hoy mismo, 4 de Noviembre de 1906, escribo y pido aclaración sobre tan interesante particular. En tanto venga la respuesta, nada se opone á que los devotos de las Aves intercalen, entre el segundo y tercer llamamiento del aludido exordio, la siguienie advocación supletoria que he procurado amoldar á la textura de las demás: «No tan sólo Los que vestidos de plumas y provistos de córneo pico atraviesan en sublime vuelo los aires y las nubes.» (*Nota del albacea*).



CRIMEN TERCERO

Banquete anual



PREMEDITACIÓN

I

Entre los papeles si no más curiosos, al menos muy dignos de perpetua recordación, relictos por mi eminente representado, el que en vida fué don Iscariotes Val de Ur, figuran incuestionablemente los siguientes apuntes y vestigios que constituyen este CRIMEN TERCERO, y son relativos á unos ágapes ó épulas fraternales y conmemorativas, celebradas en cierto Círculo de Filadelfia, del que era vicepresidente mi venerable amigo.

El *Menú*, que tengo á la vista, no es una de esas míseras tarjetuelas

al uso, en que escueta se enumera parsimoniosa lista de platos vulgares, sino un verdadero *Carnet* ó cuadernillo, en cuya cubierta de tersa y roja vitela, está grabado un lauto programa de fastuosos manjares, y que además, contiene interiormente, satinadas, albas y perfumadas páginas en las que, con letras de purísimo carmín y áureas iniciales, aparecen caligrafiadas oportunas y gastronómicas observaciones; todo ello, tal y conforme procedo á relatarlo á continuación, sin más preámbulo.

EL ALBACEA



CRIMEN TERCERO

BANQUETE ANUAL

Primera parte: MENÚ

(El Crimen se trama en las Cocinas.—Aprestos condimentarios).

Club de los Hominívoros de Filadelfia

5.º Banquete anual Antropofagista

Día 1.º de Mayo de 1882

§ Menú §

Consommé infantil

Lenguas parlamentarias en escabeche

Callos á la Nyam-Nyam

Uñas de náufragos al natural

Chuletillas de doncella, salsa virginal

Pierna de ricahembra

Puré encefálico

Laticinios femíneos, selectos y variados

Postres *inhumanos*

Observaciones oportunas:

El Jefe, el Despensero y el Repostero del «Club de los Hominívoros de Filadelfia», tienen el honor de comunicar á los señores Comensales las adjuntas observaciones:

1.^a El «Consommé infantil» que sometemos á vuestra inteligente degustación, se compone de los elementos más pueriles, sanos y delectables que nos ha sido dado encontrar en nuestros criaderos, y proceden todos de cachorros anónimos, pero vacunados y robustos, cuyos antecedentes fisiológicos nos permiten garantizar su total inmunidad de todo género de gérmenes morbosos, sea congénitos, sea adquiridos y casuales.

2.^a Las «Lenguas parlamentarias» que hoy os servimos, las hemos amputado y extraído del ganado que para tal objeto tenemos obligado á peculiar ejercitación, ya que por infortunio no

nos es lícito utilizar los órganos fonéticos de nuestros oradores profesionales.

Y en escabeche precisamente, no en otra forma, os ofrecemos las mencionadas lenguas, confiados en que así no discreparán mucho de lo que son al natural, y sólo añadiendo que músculos de esta clase son tanto más succulentos y substanciosos, cuanto más se hayan reblandecido y macerado en vida, con el uso ininterrumpido y jugoso de la pública palabra, disciplina á la que severamente constreñimos los rebaños que para vuestra asimilación son alimentados.

3.^a Los «Callos» presentados en este Banquete, derivan todos de vientres irrepreensibles y pertenecientes á la raza negra, la cual á juicio de los paladares más delicados, atesora en sus cavidades abdominales una enjundia asaz más confortante y sabrosa que la blanca, prescindiendo ya de cierto humo específico que exhala, y constituye un aliciente de primer orden para el *dilettantismo* sagaz de todo verdadero aficionado.

La forma cómo nos hemos permitido aderezar este plato de sólida resistencia, se ajusta estrechamente á la receta que nos ha sido suministrada por un diestro facultativo de la tribu Centro-africana de los «Nyam-Nyam», quienes, como es notorio, sobresalen por su probada pericia y competencia antropofagistas.

4.^a No tenemos por que nuevamente recomendar á la esclarecida crítica de los Sres. Comensales, las «Uñas de náufragos, al natural», ese manjar de complicada sencillez, que el año anterior mereció por parte de los inteligentes tan unánime aceptación, que hoy á petición de los mismos, nos vemos honrosamente forzados á repetir la suerte.

Séanos concedido manifestar, no obstante, que instruídos por mayor experiencia, hemos encaminado ahora toda nuestra diligencia á que las actuales extremidades de náufragos, adrede salvados de las olas por el heroísmo previsor de vuestro Dispensero, fuesen más tiernas aun y esponjosas que la vez pasada; para lo cual han sido

puestas durante tres días á remojo en agua de mar, por si no fuera suficiente la inmersión debida al siniestro; dándoles con este acertado procedimiento el aroma sódico-yodado del marisco más fino; y congratulándonos, si con este método resulta más completa vuestra satisfacción.

5.^a No creemos pecar de presuntuosos, al afirmar que la novedad encantadora de nuestras «Chuletillas de doncella» sea una maravilla de exquisitez, y el genuino *clou* de vuestro grato concilio gastronómico; y nos atrevemos á conjeturar que nunca bocado más suave ni más inverosímilmente mollar haya pasado por vuestras mandíbulas, ni sido acariciado por vuestros trebejos masticatorios y estimables. La «Salsa virginal» que acompañamos, es un dulce enigma, cuya solución encomendamos á vuestro buen gusto. A la prueba nos remitimos, y perdonadnos la fatuidad de contar con vuestros aplausos.

6.^a «Un buen asado—dijo algún émulo de Brillat-Savarin—es corona-

miento y diadema de toda comida bien ordenada». A lo cual nosotros añadimos, que la realización del mismo implica singulares escabrosidades, tanto porque las papilas de los concurrentes se muestran, en el epílogo, más refractarias y rebeldes á las sorpresas de la titilación, como por lo difícil que es topar con una materia prima que se adapte sin tropiezo á las sinuosidades del fin que se persigue, y los inconvenientes casi insuperables que de continuo pugnan contra los esfuerzos mejor dirigidos por aproximarse, en lo posible, al grado ideal y matemático de la tostadura irreprochable.

Todo asado resulta, pues, una improvisación, en la que por igual intervienen la ciencia y la fortuna; y por lo tanto, no sin ciertos escrúpulos y repulgos bien disculpables, nos aprontamos á exhibir ahora en vuestra mesa la presente «Pierna de richahembra», que si bien seduce la vista con incólumes apariencias y estimula el apetito con incitantes esfluvios, tal vez no se encuentre libre de las ciegas contingencias y traiciones del asador. Lo que sí podemos atestar sin ambages siempre

descorazonantes, es que esta soberbia pieza de cocina, este regio trozo de carne, cuyos perfiles rivalizan y compiten con sus colores inmejorables, ha sido segregado de las rebosantes y elásticas opulencias de corpulenta matrona, que por todo punto merecía el apropiado calificativo de rica.

Acompañado con el «Puré encefálico»—cuyas propiedades entonantes y fosfóricas fuera ocioso ponderar—no dudamos que el plato de referencia forme un conjunto por demás sugestivo y adecuado para estómagos fatigados acaso por la prolongada labor de repetidas ingestiones, pero siempre hospitalarios y benévolos para todo lo que arguya sincero y modesto deseo de complacer.

7.^a A los señores Comensales toca, y no á nosotros, hacer el elogio de la frescura y pureza de nuestros «Laticinios» que todos, en su triple aspecto de líquidos, butirosos y caseicos, han sido previa y esmeradamente esterilizados, y dimanen de las femíneas y pectorales fuentes más recomendables por su riqueza nutricia, su nun-

ca exhausta turgencia, y su perfecta limpieza de toda contaminación nociva.

8.^a Como innovación arriesgada, el acreditado Repostero del Club trae tímidamente á vuestra aprobación gustativa, una variada serie de postres que califica de *inhumanos* con ingenioso acierto, porque en su confección no entra elemento alguno perteneciente á la síntesis corporal de los seres que los señores Comensales nos perdonarán si los llamamos sus semejantes; y espera, confiado en vuestra indulgencia, que con esta variante sin pretensiones disidentes, aunque tal vez algo aventurada, se interrumpa felizmente la monotonía de un banquete compuesto hasta el final de idénticos ingredientes y principios epulatorios.

Réstanos desear á los Sres. Comensales, que á todos les aproveche con igual fruición este humilde testimonio de nuestra voluntad en servirlos.

Hecho en las oficinas culinarias del Club á 1.^o de Mayo de 1882.—*El Jefe, el Despensero, el Repostero.*

PREMEDITACION



II

Vistas ya y paladeadas, en cierto modo, las viandas diversas y escogidas que acabo de enumerar; leídas y saboreadas las advertencias que alhajaban y avaloraban el correcto diseño de aquel Banquete, que algunos espíritus restringidos, timoratos ó meramente rutinarios, podrán á dicha calificar de anómalo y sorprendente; pero establecida también (dentro de los límites ideales de la contemplación imaginativa) la complicidad que en este CRIMEN tienen aquellos de sus lectores que se hallen hastiados y fati-

gados con la enfadosa monotonía de su régimen alimenticio ordinario; no creo sea hora esta ni lugar, de entablar superfluas controversias con los censores y polemistas malhumorados, cuando no dispépticos, que enemigos de toda novedad y siempre intransigentes si no se trata de halagar sus propias aficiones, pudiesen disentir en este caso de las opiniones y gustos de don Iscariotes, aquel varón excelente que á las austeridades y abstinencias peculiares del estudio y del saber, asociaba en ocasiones todos los sibaritismos, regalos y delicadezas de la sensualidad más refinada; bien así como en la amarillenta infinitud del desierto, surgen á veces oasis de verdura, que al laso peregrino proporcionan sombreado asilo y dulce refrigerio.

Ni por lo que á mí hace, sueño tan siquiera en rehuir y conjurar la nube preñada de prejuicios é indignación, que en el negro cielo de la malevolencia, se cierne quizás en este momento

sobre mi cabeza; testa bien inocente, toda vez que yo aquí no hago sino exponer; soy un simple mandatario, y me contento con ejecutar las instrucciones últimas de una voluntad para mí querida y sacratísima.

Prescindiendo pues en absoluto de mi personalidad exigua, y sin rebajarme tampoco á defender las ideas del Maestro contra la ruindad de sus inculpadores, seguiré cumpliendo con estricta y serena fidelidad la misión que me ha sido confiada, pasando á la segunda parte de este CRIMEN TERCERO, la cual será la exacta reproducción de unas notas taquigráficas que encontré acompañando al anterior *Menú* y contienen el brindis, ó mejor dicho la oración elocuentísima improvisada por Val de Ur al terminarse el Banquete; discurso que con fruto podrá servir de modelo en análogas coyunturas, y que en todo caso contribuirá poderosamente, espero, á que la memoria del ilustre Paleógrafo

con cuyo albaceazgo me honro, sea más estimada, siendo también más conocida. ¹

EL ALBACEA

¹ Ya pudo verse en el «*Testamento*» que don Iscariotes no ambicionaba la estima, sino por lo contrario el desprecio de las gentes; pero también he dicho en una nota la manera cómo debíamos entender, á mi juicio, aquel deseo suyo; manera que de sobra disculpará las palabras aparentemente contradictorias que motivan la presente advertencia.

Permítaseme ahora, por vía de pura recreación y pasatiempo, traer aquí cierto episodio del tiempo en que ni por pienso podía yo sospechar que mi buen Maestro abrigara en su estómago concupiscencias antropofágicas, ni saber tampoco que las hubiese adquirido, desarrollado y sistemáticamente cultivado en el corazón de África; pues todavía no habíamos intimado con amistad tan estrecha como lo hicimos después. Mas es el caso que en la ocasión á que me refiero, estábamos Val de Ur y algunos de sus fervientes, que siempre le seguíamos, reunidos en amena tertulia, verificando experiencias de *sofaldo explorador* (como festivamente solía el Maestro designar la práctica de la Gynecophilia ó ciencia de las mujeres) y regalándonos al propio tiempo, entre manipulación y manipulación, con un riquísimo cochifrito de lomo y cordero

Segunda parte: BRINDIS

*(El Crimen es consumado en el Comedor.—Re-
papílanse los autores.—Habla Val de Ur).*

Señores:

Ya que la ausencia de nuestro dig-
nísimo Presidente el Rvdo. Tragadel-
fuss Maneater, y el ataque de gastral-
gia por fortuna liviano que padece, me

condimentado con arte pimentosa, y que re-
mojábamos, cual es razón, con refrescante
vino. Mas de pronto don Iscariotes dando de
mano á su labor, exclamó como inconsciente,
con cierto dejo acibarado y nostálgico: «¡Más
gustosas fueran tajadas humanas!» ¡Nosotros
que tal oyéramos! Pasmados y regocijados sol-
tamos el trapo ahorcando el respeto, y entre
risas, vayas y algazara, le preguntamos que si
él las catara alguna vez. A lo cual el Maes-
tro, sonriéndose reposado con maliciosa é in-
dulgente compasión, que por entonces no
comprendí, nos respondió sin esquivar la pre-
gunta, pero también sin darle directa contes-
tación:

«No creais, frívolos deglutidores de carnes

obligan hoy, haciendo sus veces, á usar de la palabra en este augusto triclinio; surjo del asiento, alzo la copa y apuro el flavo líquido que contiene, por la próspera y diuturna vida de nuestra Asociación meritísima, cuyas instituciones os son de sobra conocidas para que yo aquí las ensalce; y también bebo por la universal realización del noble y legítimo fin que todos nos hemos propuesto.

»ajenas, que sea la naturaleza humana tan
»opuesta y refractaria á la Antropofagía
»como pareceis suponerlo inexpertos y cas-
»quivanos. Decidme si no, el origen y deriva-
»ción de locuciones tan usuales y frecuentes
»cuales son: «*Comerse á besos*», hablando de
»dos amantes; «*Me la comería*», tratándose
»de una belleza que por extremo nos encanta;
»«*No lo puedo tragar*», si aludimos por lo con-
»trario á repulsivo majadero; «*Devorar con la*
»*vista*»; y algunas otras no menos claras apro-
»piadas, expresivas y pintorescas. Explicadme
»también si no, la frase de un mi amigo, que
»viéndose acosado y aburrido por cierto pa-
»riente odiosamente posma, rastrero y here-
»dípeto, que á todo se rebajaba en vista del
»ansiado y póstumo galardón, le dedicó en su
»testamento esta cláusula hermosa y significa-
»tiva:—Mando á fulano la parte de mi persona

Este fin, conforme lo acabamos de demostrar con prácticas probaciones, consiste en absorber con moderada, prudente y anual periodicidad, viandas humanas, ínterin por el orbe, con el proselitismo irresistible del ejemplo aunado con la predicación, se vayan expandiendo nuestras enseñanzas, que no sólo son tributo que rendimos y satisfacción que concedemos á los requerimientos de la higiene mejor entendida, sino que también se armoni-

»que suele ser reputada por menos limpia en
»nuestro organismo, para que al fin se la coma
»después de mi muerte, ya que toda la vida
»me la estuvo lamiendo.—¿No comprendéis
»con evidencia abrumadora que todos esos di-
»chos, giros y figuras revelan en nuestra raza
»atávicas y primordiales inclinaciones, á duras
»penas refrenadas por abusivo consuetudinaris-
»mo?—Aprended además, oh efebos inapeten-
»tes de fibras y músculos consanguíneos, que
»existe un Código,^a en el cual la devoración
»concomitante ó subsiguiente de la víctima
»viva, fresca ó pasada, es condición eximente
»para el matador.»

Así nos enseñaba el Maestro, y no sabíamos si bromeaba. (*Nota del albacea*).

^a El de los Zoarios.

zan y compadecen con las normas y las reglas de la lógica más estricta, de la argumentación más exigente.

Pues ¿habrá cosa más razonable y natural, señores, que sustentar nuestro cuerpo y renovar nuestras fuentes vitales con elementos hermanos? ¿Y puede darse, por lo contrario, aberración más intolerable, ofuscación más triste, mezquindad más lamentable, que imponer á nuestro régimen de reparación la heterogeneidad más inconexa de materias alimenticias, y la confusión más desordenada de substancias nutritivas? Y entiéndase bien que aquí no aludo en lo más mínimo, ni quiero buscar apoyo para nuestra tesis, en los halagos é incentivos del paladar, que tanto exceden en nuestro caso á las delicias macilentas que son clorótico patrimonio de esos banquetes amorfos y exangües en que el hombre aparece tan sólo como consumidor y jamás como consumido; porque no me place esgrimir esta arma poderosa y segura para alcanzar de nuestros adversarios facilísimo triunfo, y porque también estimo que factores de este género son torpemente secun-

darios é impropios de toda especulación filosófica, si bien á veces amenísimos cuando las sollicitaciones de la boca obliteran y agotan los manantiales del intelecto.

Legítimo, señores, he dicho que era el objeto por nosotros perseguido, y con inquebrantable convencimiento lo sostengo; bastándome considerar que nada cimentado á la vez sobre la doble y firmísima base de la experiencia y de la razón, puede ser condenado jamás, sin arbitrariedad y tiranía, por mandatos preceptivos. Pero á mayor abundamiento—y si es que con ello no estorbo ni enfrío la cocción que en este momento se verifica en vuestro laboratorio digestivo—permitidme resumir aquí algunos de los fundamentos históricos y jurídicos, que forman el sólido respaldar en que descansa mi persuasión, que también es la vuestra.

Paseándonos, pues, con ligereza placentera por los dilatados campos de la tradición, ¿no vemos en el origen, al magno Kronos ó Saturno dando á sus fauces anchurosas y divinas el agrado y el consuelo de abrirse para su propia

prole? ¿No observais conmigo á Thyestes que engañado ó no por Atreo (cosa que está todavía muy por dilucidar), acoge en su vientre miembros á quienes había dado el ser? ¿No recordais á Polyphemo, el Cíclope vigoroso y bueno, que con apetito certero, y sin más arte ni esfuerzo que alargar su forzada mano y apretar levemente sus quijadas enormes, se daba el regalo de los comestibles intrusos y varoniles que invadieran su caverna? Y si adelantamos un paso más en la serie de los tiempos, ¿no contemplais con el Dante al cráneo de Ubaldino eternamente roído por Ugolino della Gherardesca? ¿No leéis en los cronicones y consejas, aquellos relatos de *Ogros* ú *Oigures* que tanto gustaban de infantiles y tiernas masticaciones? ¿No parais mientes en esas catástrofes del mar, donde los supérstites libres al fin de toda hipocresía y so color de hambre insuperable, se vengan de su anterior abstinencia proporcionando humano é inesperado desquite á sus ínsitas predilecciones? ¿Y no supísteis jamás, por último, de esas tribus, de esas gentes, de esas naciones, cuyas festividades más pom-

posas, más solemnes y más lucidas eran y son celebradas con mutuas y jubilosas interdevoraciones; y mil y mil otros casos que yo aquí citara si no me cohibiese el temor de fatigar vuestra paciencia, y todos entresacados de las páginas más brillantes que contiene el libro de oro de nuestra alimentación?

Pues bien, señores, otorgando al mito (no tan mito) la parte que le corresponde en tales y tantos ejemplos; y concediendo á los hechos comprobados la fe que les debemos, nadie podrá negar, que aquél recibe de éstos espléndido coronamiento de presumible credibilidad, y que en todos los tiempos y lugares ha latido y palpitado dentro del abdominal recipiente de los hombres, una atracción indomable hacia las sabrosas virtudes de sus semejantes; por lo cual nosotros ahora —sin que esto sea decir que debamos imitar servilmente á aquellos heroes egregios y voraces que se hartaban con sus propios hijos,—hemos de reflexionar, sin embargo, que si tanto hacían ellos con su misma descendencia, bien podemos á nuestra vez sustentarnos á

expensas de seres ignotos é indiferentes, por quienes ni un pitoche se nos importa; deduciendo en consecuencia que los gustos y aficiones de que en este festín hacemos gala, reciben al amparo de la historia y de la práctica universal, la más irrefragable de las sanciones.

Mas veamos ahora si dentro de la esfera jurídica—que no es sino el gráfico trasunto de la costumbre—encontramos asimismo autoridad que nos garantice. Y desde luego, señores, puedo anticiparos que en ninguna legislación positiva, en ninguna compilación nomística, he visto jamás que fuese prohibido el hecho de comerse los unos á los otros, máxime si con la debida sapiencia y parsimonia son observadas acertadas restricciones, hijas habidas por el buen gusto en su consorcio con la economía.

En vano recorro los códigos, desde el vetusto Pentateuto hasta las Pandectas justinianéas, desde las promulgaciones gesticulatorias y antecesoriales de los mal llamados salvajes hasta las ordenanzas que hoy envilecen á los

pueblos que usurpan el epíteto de cultos, en ningún texto vislumbro (por mucho que mire por las ventanas de los párpados y las guarnezca con el cristal amplificador de la lupia), rastro ni vestigio alguno que se oponga á la absorción, por parte nuestra, de humanos despojos; y con omnímодо consenso reina sobre tan interesante asunto el más aprobatorio de los silencios. ¿Qué debemos inferir de esto, mis dignísimos Comensales, sino que nuestra digestión de esta noche se desliza pertrechada con todos los caracteres de la legitimidad más inconcusa?

¡Ah! No se me oculta, señores, que con glutinosa unanimidad los fárragos legislativos preponderantes en el mundo, coercen con vínculos y grilletes infrangibles las facultades que la naturaleza nos tiene concedidas para la occisión, haciendo del hombre el único ser perjuro y sementido á quien le sea lícito, para comer ó por simple capricho, dar muerte á sus más fieles amigos que son los Zoarios inofensivos y cariñosos, siéndole vedado en cambio inmolar, bajo ningún concep-

to, á sus adversarios más terribles, nuestros congéneres odiosos y succulentos.

Ni tampoco ignoro que esta prohibición de matar que tan abusivamente restringe y paraliza la libertad del hombre, desde que por lamentable retroceso la esclavitud antigua quedó abolida de las instituciones, es también el argumento último, la flecha de Partho, la lanza encantada y diamantina, con la cual nuestros impugnadores pretenden taladrar y romper la coraza de nuestra doctrina; pues mal puede, dicen ellos, consentir el fin quien tiene prohibidos los medios, y mal pueden las leyes tolerar que comamos seres humanos, cuando se oponen á que les quitemos la vida.

¡Mas, pobre argumento, señores! ¡Flecha debilísima! ¡Miserable lanza de blando plomo que se embota y enroma al primer choque contra el acero impenetrable de la evidencia y de la buena fe! ¡Sofisma inconsistente que pulverizado se disipa al más leve soplo de la realidad!

Díganme sino aquellos adalides de la contraria hueste ¿dónde dejan, don-

de abandonan, en qué océano de tinieblas sumergen y ahogan el axioma incontrovertible de «quien calla otorga?» ¿Con qué derecho, con qué razón, con qué sombra de motivo tienen olvidada y postergada tan palmaria verdad? ¿Ignoran, por ventura, que la causa primera de toda acción es la existencia? ¿O querrán sostener que un precepto legal puede á la vez ordenar y no ser; que un mandato jurídico, como sería el de la abstención de vituallas *homíneas*, puede tener fuerza imperativa, y sin embargo no estar promulgado, y sin embargo no figurar en la legislación? Y además, señores, ¿no comprenden los infelices que en sana moral el fin es independiente de los medios; pudiendo ser malo aquél y éstos excelentes, ó perversos los segundos y óptimo el primero; ó buenos los dos extremos, ó depravados ambos, sin guardar entre sí necesaria correlación de calidad?

¡Apartaos, apartaos de tan falso camino, secuaces empedernidos de la alimentación *anantrópica*! ¡Aguzad otros raciocinios! ¡Blandid nuevas espadas! ¡Vibrad con vuestra diestra

más certeras jabalinas; que de lo contrario creeremos que vuestra decantada ley al permitirnos por una parte, con su silencio, el uso de carnes humanas para nuestra refección, y al quitarnos por otra la facultad de darles muerte, admite también por ende la absurda, deletérea, malsana y asquerosa consecuencia, de que las podamos consumir cuando cualquier circunstancia independiente de nuestra voluntad, como la enfermedad ó el acaso, las haya privado de la vida, con lo cual sólo en tiempo de guerra, peste ú otra mortandad podríamos dar á nuestra inedia el pasto suficiente! ¡Oh dilema sarcástico y repugnante por demás: ó no repararéis nunca las fuerzas con los principios que vuestra complexión requiere, ó lo hareis con estos mismos principios emponzoñados y putrefactos, cuando en ellos pululen los gérmenes de inmunda disolución! ¡Donoso razonamiento! ¡Ocurrencia chistosísima!

Dejadme, mis estimados Comensales, dejadme que abra paso por mi garganta á la descortesía de la risa; dispensad que me invada la hilaridad, y

dadme venia para que clame á esos apóstatas de la naturaleza, á esos renegados viles de toda sana fisiología: «¡No, vuestra ley no es ley! ¡No, vuestros mandamientos no son mandamientos, si así los entendeis! Traducidlos al revés; tomadlos á la inversa; y confesad conmigo, que hombres pueden despojar á hombres de la vida, cuando al hacerlo ceden á los impulsos de la nutrición, siendo esto la circunstancia única que exime al matador de toda responsabilidad, y tácitamente nos autoriza á todos para arrebatarse al prójimo el dominio eminente de sus músculos y otras dependencias, cuyo consumo es tan indispensable para nuestra conservación como grato y saludables para nuestros estómagos!.... Y esto rezan vuestros códigos, si dentro de su mutismo quieren ser sinceros y eficaces: Anantrópicos, entendedlo!»

Bien pálidas ahora y bien deslavadas os parecerían cualesquiera otras razones que yo invocase en favor de nuestras prácticas, si las comparáseis con mis conceptos anteriores, que templados al fuego de la indignación,

serán llamados, espero, á implantar en el muro de vuestras almas adictas, la cuña cada día más robusta y penetrante del entero convencimiento. Pero á las veces ocurre que, en tareas de esta clase, el albañil más experto y diligente agrieta la pared con el esfuerzo de la madera; y bueno es entonces que suspenda el martilleo, y acuda á cegar la fisura con acertada mezcla de silíceos componentes en cal incorporados.

Por esto mismo, señores, y como mampostero que soy del templo de nuestra creencia, considero acertado interrumpir en este punto toda vehemencia polémica, y consolidar la obra con la argamasa reparadora de un texto irrefutable, recordándoos que existe una sentencia que nadie fuera osado á rebatir y dice: «*Omnis caro fœnum.*» «Toda carne es heno, es alcacer, es forraje»; y siempre que el autor ¹ de esta máxima tan oportuna y feliz no distingue entre clases de carne, séanos grato dar por sentado que al masticar la de los humanos, no

¹ Véase la Biblia. (*Nota del albacea.*)

nos diferenciamos esencialmente de los herbívoros más inocentes.

Y si todavía, por imposible, el raspador de algún miramiento, de algún escrúpulo, de alguna fruslería de conciencia viniese á importunaros, exco-riando acaso en vuestras almas la rancia película de prejuicios mohosos y obsoletos, tened presente, os lo ruego, el ayuno riguroso que nos imponemos durante los cinco días que preceden nuestro festín, y cuyas consecuencias de inanición pueden y deben exigir, con exceso de motivos y sin rémoras ni contemplaciones, todo género de indemnización.

Confirmada y evidenciada ya con claridad deslumbradora la legitimidad de nuestros fines, por medio de los dos reflectores combinados de la historia y del derecho, pocas, poquísimas palabras me bastarán, para que con igual intensidad resalte el segundo de los atributos ó calificativos que al principio he puesto á nuestras intenciones, diciendo que á más de legítimas eran nobles y elevadas; suplicándoos, señores, que no veáis en esta

aseveración pleonasma ni redundancia alguna, ya que bien pudieran nuestra Sociedad y las esperanzas que en ellas ciframos ser dotadas de todos los requisitos de la legalidad más intransigente, y carecer sin embargo de aquel matiz, de aquel brillo, de aquel lustre inapreciable, que no está en mano de la ley depararnos, y que sólo podemos adquirir y conservar con la pureza de nuestras miras, como al brillante le son precisos, para irradiar sus fulgores, la talla de sus facetas y su exquisito pulimento.

Pues también es nuestra agrupación á modo de preciosísima joya, ó magnificando la comparación, á manera de un sol esplendoroso que tiende á difundir sus rayos por el universo entenebrecido, desentrañando y exhumando de los abismos del olvido, de la ignorancia ó del terror, no ya las ruínas temblorosas y vacilantes, sino la mole intacta y veneranda del *deipnoterio* colosal ó milesecular triclinio, en que desde las longincuas edades y las épocas inmemoriales, concurrió la humanidad á congregarse en gigantícos festines, y tomaron inmortal asien-

to los Babilonios y los Ninivitas, y los Persas y los Medos, y los Griegos y los Romanos, y todas las gentes, y todas las naciones, y todas las multitudes, que afanosas se abalanzaban á celebrar entre aquellas columnatas enormes y achaparradas, las ancestrales é ingentes orgías, donde impávidas derramaban torrentes de sangre humana, y consumían, si se les antojaba, las carnes de sus esclavos.

¿Qué más gloria, qué más honra, qué más nobleza nos puede caber, señores, que penetrar nosotros también en aquel sacro recinto, franquear el camino á los que nos siguieren, dar nueva vida y nuevo calor á aquellas soledades augustas y desiertas, y resucitar en ellas, alegres y triunfantes, la fiesta mayestática de la Antropofagía?

Y si se nos objeta, mis queridos Comensales, que no poseemos siervos, que la esclavitud ha desaparecido barrida por la civilización, que el hombre es libre, contestemos que es el reparo vil impostura é impudente mentira, ya que tenemos á los proletarios, y miseriosos, que cautivos de su liber-

tad tristísima y acosados por ella, diariamente se nos presentan á vender su propio cuerpo ó el de los suyos, para que benignos y compasivos lo utilicemos en pro de nuestras inclinaciones, eximiéndoles á ellos, por módico precio, del fardo abrumador de su existencia horrible.

¿No queda con esto victoriosamente esclarecida y patentizada la excelsitud de nuestros propósitos? ¿No somos los regeneradores de nuestra raza depauperada por amnesias sucesivas que borran de su memoria fueros inestimables y prístinos privilegios? Y por último, aun si prescindimos de nuestra adecuación perfecta con las leyes vigentes y de la intrínseca grandeza de nuestras condiciones, ¿no acabo de estampar en ellas el sello intachable, el heráldico y nunca manchado escudo de la generosidad, del altruismo, de la caridad más acrisolada, cuando he dicho y lo repito, que somos los salvadores, el amparo, el recurso postrero de los desdichados que nos imploran (huyendo del suicidio vulgar é improductivo) para que libremos del hambre á sus familias, comprándolos piadosos y

comiéndolos después? — Espero con plácido sosiego la réplica de nuestros detractores.

Concededme ahora, señores, que dedique breves frases de sincero y agradecido elogio á los artistas insignes el Jefe, el Despensero, y hasta el pinche más humilde, que con su pericia y trabajo han contribuído á dar la mayor suma posible de grandiosa pompa á este *symposio* solemne y memorable.

El autócrata indiscutido á quien están confiados los destinos de nuestras cocinas, orillando una vez más, con tacto y destreza incomparables, los arduos obstáculos profesionales ú otros de que se ven erizados los actos cual el que estamos celebrando, ha logrado hoy como siempre—con un punto de perfección bien difícil de alcanzar en este mundo donde todo es mezquino y disforme—ha logrado, digo, convertir las inquietas y torturantes ansias de nuestras hambres reunidas, en el éxtasis lánguido y voluptuoso que á las harturas acompaña, cuando son selectas y delicadas; á una que trocando

por cortos instantes la espumadera ó el trinchante por la péñola del escritor, acertó á trazar con frases escogidas en la tersa cartulina de los *menús*, congruentísimas observaciones que avivasen las hogueras de nuestro deseo, y á poner á cada manjar elegante y compendioso nombre, maravillosamente apropiado para sacar filo al esmalte, ó quizá también, señores, á la porcelana de vuestra dentadura, si es que se me tolera esta maxilar indiscreción.

Brindo, pues, porque de las distintas cabelleras de honor arrancadas á las víctimas occisas hoy en nuestro matadero, y que por lo común se reservan para la Directiva, una—la más poblada y lujuriente—sea entregada á nuestro Jefe, advirtiéndole que soy el primero en ceder gustosísimo la que por reglamento, no por mis merecimientos, me corresponde.

En cuanto al Despensero, relevantes y convincentes pruebas nos ha dado también él de su actividad incansable y constante abnegación; pues no perdonó esfuerzo por cumplir su arriesga-

do cometido, despreciando toda suerte de peligros y jugándose la vida más de una vez, por abastecer nuestros almacenes.

Puedo asegurar, señores, que me siento profundamente enternecido, al par que por mis fibras todas vibra y zigzaguea el interno estremecimiento que suele producirnos lo verdaderamente grande, generoso y sublime, cuando en la mente me represento á aquel hombre luchando contra el mar embravecido, desafiando las iras de los elementos desencadenados, exponiéndose á cada instante con sin igual arrojo á la muerte más cruel; todo ello por salvar de los salsos abismos á unos cuantos náufragos, cuyas uñas bien adobadas exornaran la brillantez, y enriqueciesen más y más la opulencia de nuestros festines.

No insistiré, señores, porque lágrimas de admiración ascienden á mis ojos; fórmase en mi laringe un nudo emocional; y ganoso de disipar estos síntomas afásicos—pues aún tengo por breve tiempo que suscitar acaso en vuestra paciencia pruriginosa irritación—bebo por nuestro benemérito

Dispensero, que á costa de tantas angustias y fatigas incalculables, tiene surtidos y provistos con abundancia tranquilizadora los parques, sótanos y bodegones donde se engruesan y perfeccionan las humanas piaras destinadas á nuestro consumo.

Mas no todo ha de ser encomios y ponderaciones; y si bien reconozco en el Repostero las mejores intenciones de conseguir nuestra complacencia, no me es posible prestar mi asenso á la atrevida, lamentable é insulsa innovación de sus «Postres *inhumanos*», ni á las razones especiosas que aduce para justificarla.

¡Pues qué! ¿Imaginaráse por ventura el infeliz, que son nuestros esófagos tan débiles é incapaces, que al finalizar una comida repelan y regurgiten arrepentidos, sea dicho con metáfora, sus anteriores degluticiones? ¿Pensará que son nuestras convicciones tan endebles y efímeras, que porque á él se le antoja, habremos de rechazar y renunciar cobardes ó acaso embriagados (como rastrera y solapadamente tiende á insinuarlo), nuestras

creencias mejor ancladas en el fondo berroqueño de nuestro dogmatismo? ¿Pretenderá, con sarcástica blasfemia, que lo que agrada y deleita en los comienzos, pueda tornarse en nauseoso recuerdo y empachosa remembranza, cuando es llegado el desenlace? Absurdos y más absurdos propios de los seres abyectos y degenerados que arrastra en su corriente cenagosa el aluvión de la nesciencia, y no viven fortalecidos por los cánones inflexibles que gobiernan nuestros instintos, encauzan nuestros hábitos, y rigen nuestra voluntad.

Sepa pues el señor Repostero, que no estamos dispuestos á transigir con esas variaciones sospechosas y reprobadas hasta el día por los Hominívoros más ilustres y respetables, y por cuantos al impulso incontrastable de nuestras enseñanzas, progresan y se convierten al credo del Antropofagismo. Aténgase á nuestras fórmulas de antiguo sancionadas por el tiempo y la costumbre; y si quiere evitar una pronta despedida, dése á cultivar con labor más fecunda el ancho campo de la Repostería, en cuyas fertilísimas glebas germinan y se desarrollan, con

altivez orgullosa, flores y cogollos tan frondosos y lozanos como los *Tocinos del cielo*, los *Orejones*, los *Cabellos de angel*, los *Huesos de santo*, los *Píos nonos*, las *Yemas de los dedos*, y otros, que mi insuficiencia en achaques de dulcería experimental no me permite enumerar ahora, pero cuya nomenclatura fuera lo bastante elocuente para condenar al ostracismo más vergonzoso, todo género de tentativa hacia una perturbación tan inútil como vituperable.

Voy á terminar, señores, exponiendo á vuestras luces jamás anubladas por las calígines y vapores del más fastuoso banquete, algunas reformas y mutaciones que, guiado por la inspiración reveladora que del estómago á mi cerebro asciende, creo conveniente introducir en ciertos rodajes meramente adjetivos de nuestra Sociedad.

Ya que para nosotros, al menos en el territorio de esta gran República, ¹ pa-

¹ Conviene recordar que este fraternal banquete se celebraba en Filadelfia, Pensilvania, U. S. of A. (*Nota del albacea.*)

rece que van cesando los días de la execración; ya que se forma en la opinión una tendencia marcada para reconocernos derecho á la existencia y viable individualidad; y que nuestros propagandistas, con celo y perseverancia imponderables, han logrado recabar en muchas partes, sino el amor todavía, al menos el respeto á nuestras doctrinas; me huelgo grandemente con poderos ahora manifestar mi anhelo de que el nombre incoloro, insípido y vermiforme de «Hominívoros» con que hoy se nos conoce—y que por nuestra mengua algunos confunden con la perogrullera designación de «Omnívoros» —sea sustituido, con franca y paladina ostentación, por el que nuestro Círculo blasona de merecer, y que de hoy más, gloriosos, ufanos y florecientes, nos intitulemos ante la faz del mundo: *El Club de los Antropofagistas.*

Humillante, señores, y depresiva hasta no más, se me antoja esa grotesca costumbre que impone á nuestros comensales más impacientes y famélicos, la obligación de llevar en el

rostro trabas infamantes, mordazas y bozales, hasta que no se sienten á desflorar las primicias del apetito.

Cierto, que por medio de tan soeces y groseros artefactos, pudieron ser conjuradas alguna vez, entre los concurrentes, lamentables y recíprocas devoraciones; muy cierto también, que nada más irresponsable y temible que la ingenua espontaneidad del hombre, quien exacerbado por el acicate de la desnutrición que implican los cinco días consecutivos del previo ayuno prescrito por nuestro reglamento antes de nuestras solemnidades, y no menos estimulado por la viva y rolliza presencia de su alimento favorito, pretende á todo trance rellenar sus vacuidades, sin distingos ni dilaciones. Pero no es esto razón congruente para que algunos de nosotros nos prestemos, sin que nuestra dignidad proteste, á la farsa irrisoria y degradante de los aparatos antes mencionados, ni para que mecánicamente se nos fuerce al atrofiamiento de nuestras expansiones y á la emasculación lastimosa y detestable de nuestras bucales preeminencias.

Yo mismo, señores,—y bien lo sa-

beis cuantos alguna vez fuisteis mis vecinos en esta mesa—habré dado quizás al más cercano, por vía de inocente prolepsis y hacer boca, inofensiva dentellada. Mas sobre que siempre me fué devuelto el inocente mordisco, bien se os alcanzaba á todos que yo entonces únicamente trataba, sin aviesas intenciones, de sorber contadas é higiénicas gotas de sangre, á guisa de bitter, ajeno, Amer Picón ú otras drogas repulsivas con que se envenenan los hombres, que ajenos á nuestras creencias, viven sepultados en los horrores de la barbarie. Con todo, no dejo de comprender que á algunos de nuestros catecúmenos más recientes, pudiesen disgustarlos y aun retraerlos tales manifestaciones, hijas de un temperamento exuberante é incoercibles apetencias.

Por esto mismo propongo, haciendo caso omiso de todo interés personal, que nuestros adeptos, en reuniones como la de hoy, sean repartidos en tres clases ó secciones graduales y progresivas, que concurren á restaurar sus fuerzas en tres comedores iguales en lujo y comodidad, pero distintos entre

sí por lo que á la separación se refiere.

El primero se reservaría para los que conceden mayor estima á los alimentos *homíneos* pasados por las llamas y artificiosamente aderezados.

Al segundo, acudirían quienes sienten grata é invencible predilección por las carnes saladas ó no, pero siempre crudas é inmoladas con prudencial anticipación.

Y el salón tercero, sería el sacro penetral de nuestro santuario, el verdadero cenáculo en que se congregasen los socios propiamente devoradores, los Antropofagistas de cepa y abolengo, que gustan de conquistar el sustento con alguna lucha, y cebarse en el cuerpo desgarrado, cálido y palpitante de la presa. Ocioso es añadir, que en evitación de una desgracia siempre posible, pondríamos á la disposición de dichos respetables miembros, las reses más amansadas que existiesen en los rebaños, colocándolas además en condiciones tales, que el previo combate entre el comensal y la víctima resultara ameno y apasionante, pero en manera alguna temerario y peligroso.

Concluyo, señores, emitiendo mi voto más galante y fervoroso por que al fin les sean franqueadas las puertas de nuestro Círculo, á esas soberanas de toda gracia y hermosura, á esas dispensadoras de encantos, arrobamientos y delicias, á esas damas y señoritas que cediendo á la gentil atracción de sus aficiones—más atendibles que las nuestras porque son más delicadas—solicitan de nosotros, honrándonos con su petición, el favor de ser iniciadas en los ritos y misterios de nuestros ágapes fraternales.

Y por una concatenación de ideas—cuya asociación, por palmaria, fuera baldío deducir—propongo asimismo, que el día en que venustas mujeres iluminen estas estancias con el mágico centelleo de sus miradas y la dulce refulgencia de sus sonrisas, sea también el designado para el estreno é inauguración de nuestra ceremonial vestidura, de ese uniforme ostentoso que hemos resuelto llevar en nuestras festividades, y consistirá, según no lo habreis olvidado, en lucir coronando el cráneo, vistosa y enhiesta garzota de polícromo plumaje, en tanto que lo

restante del cuerpo, despojado en absoluto de toda textil hipocresía, pero honestamente ungido y encubierto con opaca mixtura de agallas, campeche y regaliz, combinados con escrúpulos de nitrato de plata, no ofrecerá á la vista relieve ni concavidad alguna que pueda ofender las timideces del más esquivo pudor.

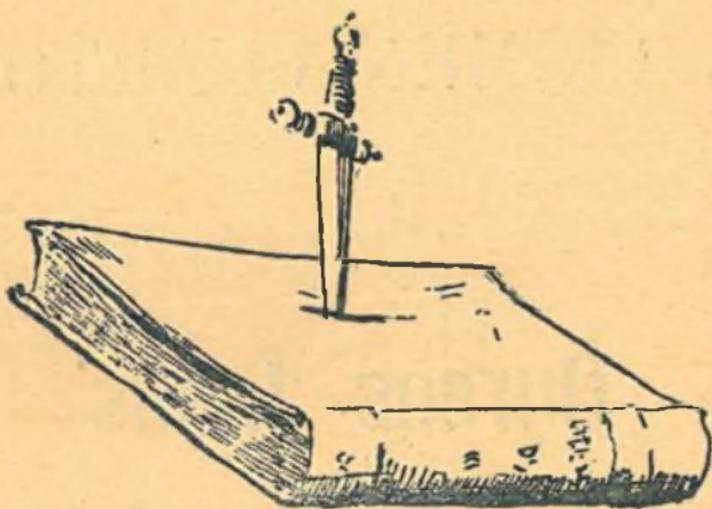
Nada más tengo que manifestaros, señores Comensales; y trasiego para mi fuero interno esta copa postrera y desbordante, por la salud de nuestras lindas y futuras compañeras.

HE DICHO



CRIMEN CUARTO

Áureas lavas



PREMEDITACIÓN

Razones especiales me han obligado á incluir entre estos CRÍMENES el intitulado *Áureas lavas*, que es el presente; cosa que sin los motivos aludidos yo no hubiera hecho; primero, porque el mencionado CRIMEN no reviste las condiciones impuestas por Val de Ur para su inserción en este libro, ya que ni lo he encontrado entre los papeles del Maestro, ni es inédito, puesto que no ha mucho recibió el bautismo de la publicidad en los amantísimos brazos de su padre putativo *El Protoplasma de Asturias*, diario ovetense. Y en cuanto á la segunda causa de abstenerme, no era otra, sino que el escrito de referencia se ciñe á la exacta y verídica relación de unos acontecimientos que son de-

masiado conocidos y recientes, para que al hablar de ellos ahora, pudiese yo suscitar en lo más mínimo el interés, ni tan siquiera una atención fingida, pero siempre urbana, satisfactoria y deseable, por parte de los lectores.

Pues, ¿habrá quien ignore hoy los pormenores del metálico y vesubiano cataclismo que tiene amedrentado el comercio, paralizada la industria, perturbado el crédito, entorpecidas las transacciones, y trae al retortero cuantos cerebros, meollos, caletres, ingenios, cajas, carteras, bolsillos y otras flaccideces se hinchan ó vuelven á desinflarse al compás de monetarias insuflaciones? ¿Habrá quien no sepa que allá por Italia, en plutonianos y codiciados campos, se enseñorea *El descomunil y formidable Tesoro*, bajo la custodia hostil, recelosa y guerrera de las Potencias, que todas mutuamente se amenazan, y ninguna es osada á romper el *statu quo* ni echar-

se sobre la presa, temiendo que la abundancia ilimitada del oro, aunque se le tase y mida en el mercado, sea funesta para todos; ya que la sola existencia de aquel gigantesco y hasta ahora inexplorado yacimiento, ha sido poderosa á descoyuntar, trastornar y dislocar toda seguridad y toda confianza? ¿Habrá en España quien no se entristezca, al contemplar la corrup-tela y la desmoralización aumentadas, fomentadas y multiplicadas por la eficiencia ponzoñosa y concentrada de ese nuevo *peligro amarillo* que atrae todos los vicios, y todas las felon as, y todas las vilezas, como la piedra imán recoge y conglomerera la férreas basuras dispersas en su derredor? Pero también,  habr  quien no sienta consuelo y regocijo, viendo al humilde ensalzado y rebajado al soberbio;   la orgullosa Francia y   la altiva Albion, tan ufanas un día de su riqueza colosal, llorar ahora lágrimas de sangre sobre sus irrisorias reservas de oro infecundo

ya; y á nosotros los españoles, á nosotros los parias de Europa, los de la triste plata, los del zarrapastroso billete, los del fementido presupuesto, encumbrados en los cielos de la prosperidad, trocada nuestra flaqueza en robustez, y en opulencia nuestra miseria?

Tales hechos son del dominio público; y por esto mismo resultaba ocioso que yo viniese aquí, con este CRIMEN, á recordar el principio de ellos, y á suscitar tal vez en los pesarosos, renovados disgustos y amarguras, nombrando á deshora la soga en casa del ahorcado.

Sin embargo y á pesar de lo dicho, una sola razón que comprende cuantas otras se pudiesen formular, acudió á torcer el rumbo de mis propósitos primitivos, moviéndome á dar cabida en este volumen á lo que yo primero pensaba rechazar; y esta razón vencedora y decisiva no es otra sino que las actuales *Áureas lavas* son el último escrito, el documento postrero, el final

recuerdo, que prescindiendo del *Testamento*, nos ha sido legado por la bien cortada pluma de mi llorado Maestro, quien la tomó en 12 de Abril para redactarlo, y el 18 había entregado su alma á la infinitud, expirando en el mismo Nápoles, según lo tengo relatado en su Biografía, desnucado por el peso brutal de una torpe mujerzuela, que precipitada desde una ventana por la trepidación del convulsivo suelo, dió consigo sobre la paleográfica cerviz de D. Iscariotes, y de quicio se la sacó.

En semejantes condiciones harto se comprenderá que me fuese imposible pasar por alto esta gráfica y valiosísima reliquia del gran Profesor, y espero que lejos de verme censurado por haberla comprendido en estas páginas, habré de cosechar, por lo contrario, albricias y gratitud.

Es mi objeto trazar ahora con rasgos tenues y ligeros, algunos detalles relativos á esta producción de Val de

Ur, la cual es una carta informativa dirigida por el Maestro al estimable *Protoplasma de Asturias*, cuya repetida mención en este libro cuantas veces fuera conveniente, no arguye en modo alguno intento por mi parte de un reclamo innecesario para dicho renombrado periódico, sino únicamente deseos de puntualidad y narrativa conciencia.

No habrá de cierto, entre los que me lean, quien haya olvidado la febricitante ansiedad y avidez con que durante el pasado Abril esperábamos en este Principado y en toda España, noticias fidedignas acerca del terremoto vesubiano que á la sazón tenía conmovidas y quebrantadas las amenas ítalas riberas, donde el cóncavo zafiro de un cielo inalterable, del que pende la nunca allí obscurecida margarita del sol, es bóveda grandiosa de un templo de maravillas. Y con tanto mayor afán deseábamos nuevas, cuanto que las trasmitidas por la prensa ex-

tranjera y las distintas agencias internacionales, sobre ser tardías y discontinuas por demás, nos parecían adolecer de cierta insignificancia y frivolidad á todas luces impropias de los acontecimientos.

Así las cosas, mi buen amigo el director de *El Protoplasma* hubo de saber, no sé cómo ni por dónde, que don Iscariotes Val de Ur se hallaba entonces en Nápoles, dedicado á ciertos estudios de arqueología sexual; y recordando los vínculos de amistad y respeto que en tiempos ya remotos me unieran con el ilustre Maestro, me pidió dos palabras de recomendación para él, con el objeto de escribirle sin pecar de indiscreto, y pedirle pormenores referentes á la erupción.

Tuve gran gusto en acceder á los deseos del director, quien á vuelta de correo recibió la contestación de Val de Ur conforme más adelante la transcribo, y conforme también vió la luz en aquel diario; cayendo en Oviedo,

no diré como una bomba—porque me displace impetrar de la anarquía explosivas y aborrecibles metáforas—pero sí como un bólido estupendo y rutilante, difundiéndose después por el orbe, y colmando de pingües y legítimos beneficios las gloriosas pero necesitadas arcas de *El Protoplasma*, quien habiendo girado á don Iscariotes el importe que éste pedía por su trabajo, tuvo la fina atención de concederme en las ganancias una parte mucho mayor de la que yo merecía; por lo cual, desde aquí me complazco en reiterarle las gracias, y tenga mis presentes palabras por ligerísimo testimonio de mi agradecimiento.

Nada más tendría que añadir á este preámbulo, si en aquella misma época y relacionándose con la crónica del Maestro, no se interpusiese un episodio grotesco y una ridícula peripecia, de la que mi escrupulosidad de albacea publicador me obliga á dar cuenta

á los lectores, aun á trueque de aburrirlos con futesas y naderías.

Sébase pues, que á los pocos días de divulgada, leída y comentada con pasmo universal la consabida carta de Val de Ur, recibí yo otra cuyo contenido era este:

«*Sr. D. Rafael Urdeval, telarañista.*

OVIEDO.

»Muy señor mío: Conociendo los
»lazos de simpatía que median ó me-
»diaron entre usted y don Iscariotes
»Val de Ur, le participo—por si quie-
»re comunicárselo á él—que en la
»carta de dicho señor, que campea en
»*El Protoplasma de Asturias*, relati-
»va á la catástrofe de Nápoles, y en
»la parte donde avalúa y computa el
»oro que chorrea del Vesubio, apare-
»ce un gran disparate; pues su amigo
»confunde los billones con los trillo-
»nes, no sabe lo que trae entre manos,
»y ha cometido en su cálculo un *lapsus*

»fenomenal, diciendo *veintitres trillo-*
»*nes y cien billones* en vez de *veintitres*
»*billones y cien mil millones* de francos
»que son los expresados por la cifra
»que él aduce. Puede usted pues aconsejar de mi parte á ese señor Paleógrafo que repase la Aritmética, y vuelva á estudiar cómo se leen cantidades, ó de lo contrario que cuide mucho de no meterse en cifras de muchos ceros de varas»

¡Zas! Ni nombre, ni apellido, ni siquiera punto final: era un anónimo. Por lo demás, letra buena, menuda, no disfrazada al parecer, aunque algo temblona como de viejo libidinoso, muy legible, sin escrófulas ni viruelas de ortografía; letra, en suma, que á no ser por la grosería y la indecorosa ausencia de la firma, hubiese revelado en su autor una nulidad soportable.

Después de recorrer semejante epistolario guiñapo, la sorpresa y el asombro me indujeron á hacerme, no mu-

chas, sino tres cruces precisamente. La primera en la frente, cual convenía, haciéndoseme imposible y absurdo que don Iscariotes, hombre versado en todas las ciencias, pudiese cometer en punto tan sencillo como para la inmensa mayoría es la numeración, un error tan exorbitante y garrafal. La segunda me la pinté en el nacimiento del abdomen muy devotamente, pasmado una vez más ante la virtud y eficacia de mi Maestro, que á pesar de la enorme distancia de espacio y superioridad que lo separaban de cierta gentuza, solo su nombre bastaba para que con virulencia tanta se alborotase y brotase la sanies de los inmundos y siempre enconados diviesos de la envidia. ¿Y la tercera cruz? Pues la tercera, ya la tenía trazada en la clavícula izquierda; pero la borré enseguida por temor á profanarla; pues de súbito invadieron mi alma sentimientos de violencia que no admiten sagradas cruces sino otra cosa bien distinta; fuí

presa de la cólera; la ira y el despecho rugieron en mí contra el torpe que así se permitía mofarse de un sabio que aunque estuviese equivocado, no le llegaría él á la vira de la suela de sus babuchas; contra el incivil, que en vez de tomar la pluma para llamarme comedidamente la atención sobre el error que presuponía, lo hacía en términos procaces, sarcásticos y malignos; contra el cobarde, que para zaherir á mansalva al insigne Profesor, se parapetaba tras el seguro pero siempre ciscado paredón del anónimo.

Espero que cuantas personas hayan chupado algunas gotas de vergüenza con la láctea alimentación materna, ó se hayan criado á expensas de pechos mercenarios pero decentes, comprendan y hasta compartan mi cólera en el caso de referencia; y que nadie me tachará de exagerado en la indignación ó demasiado quisquilloso en el sentir, aduciendo que todo pudo haber sido una broma de gusto inelegante

y rusticano sabor, pero al fin disculpable por la parvedad de la materia que en ella se trataba. Pues semejante excusa y sincrética tolerancia carece para mí de todo valor, ya que sin que lo pueda remediar, me inspiran los anónimos, por ínfima que sea su clase y fútiles sus consecuencias, un asco insuperable; y siempre he profesado repulsión y aborrecimiento por sus autores, que emergiendo trémulos del muladar donde se hartan de fango, tiran la piedra y esconden la mano, ofenden miedosos y vuelven á zambullir y tapar la cara en el fimo.

En cuanto á quisquilloso, ruego se observe que en el fresco papelucho no era yo personalmente el aludido, sino mi Maestro; que si bien á él no se le diera tres vainas de habichuela ó de cualquier otra leguminosa, ni tampoco una higa, aunque el mismísimo Arquímedes resurgiese de Siracusa á reprehenderlo, sin embargo á mí que he sido y sigo siendo su ferviente admi-

rador, muchísimo me dolía verlo puesto en solfa por un ignoto pelafustán; y á poco que se tenga entrañas discipulares, límpidamente se comprenderá que por entonces se me atragantase la paciencia, pareciéndome poca cualquier protesta y nada cualquier enojo.

A todo esto, ¿se habría equivocado con efecto don Iscariotes? ¿Perpetraría el imperdonable desaguisado de no haber expresado correctamente cantidades en un trabajo tan ajeno á las Matemáticas santas, y á veces bien prostituídas? ¿Tendría razón el incógnito bergante al suscitar aquella tracamundana de billones ilustrísimos y excelentísimos trillones?

Se me hacía cruelmente necesario depurar los hechos, dando al sabio lo que era del sabio, y al necio lo que le pertenecía. Y no se crea que digo *cruelmente* porque con seriedad temiera que el Maestro hubiese incurrido en error, sin tener no obstante la cosa

por imposible, porque el error es humano; ¡pero cuán incierto é improbable aquí!

Lo que sí me tenía sobresaltado, confuso y congojoso era mi propia incompetencia en aritméticos achaques; pues si bien nuestra actual numeración es cosa tan ñoña que cualquier niño de siete años, si no es un memo desahuciado, la sabe de carretilla, sin embargo, soy una triste excepción; y tras de que me encuentro ya un poco apartado por el tiempo de aquel feliz y primer septenario de la vida, tengo tan cortos alcances, ó con tantas nieblas y vapores me tienen ofuscado el cerebelo mis habituales telarañerías, que cuando me encuentro frente á frente con una cantidad que exceda de cuatro guarismos, se me muda la color, balbucea mi inteligencia, trepidan mis facultades y pierdo la expresión.

¿Qué no me acaecería en el presente conflicto, donde tenía que habérmelas con una 'sarta formidable de catorce

horribilísimas cifras? ¡Dios de los millones enganchados y enzarzados como las rojas cerezas que con codiciosa mano sacan de bien repleta fuente los golosos infantes, ampárame en este angustioso trance; dáme luz y denuedo para vengar á mi buen Maestro, y volver por los fueros de su aritmética honra hollada y triturada por la pentáfila planta de un vil anonimal!

Tal era la plegaria fervorosa que dirigí al cielo de los Newton y de los Laplace, cuando con tembloroso gesto cogí para ponerme en los autos:

1.º Un ejemplar del diario en que figuraba la carta de Val de Ur, que coloqué á mi diestra, en tanto que á la siniestra estaba su acusadora temeraria y pedantesca.

2.º Un pequeño pero luminoso tratado de Aritmética rudimentaria, compuesto por mi estimado compañero el Director de la «Escuela de párvulos precoces y fenomenales», que también tiene á su cargo «El Asilo

de Ancianos decrepitos y satiromaníacos».

3.º Un terrorífico tomo de Aritmética superior, que corresponde al «Curso de Matemáticas» escrito por el ilustre francés Silv. Franc. Lacroix, miembro de la Academia de Ciencias de París, que nació en 1765, y en 1843 dió que hacer á la pala y al azadón del sepulturero detestable, de quien Dios se sirva librarnos por muchos años.

4.º Un lápiz marca A. W. Faber del núm. 3, que no siendo ni muy duro ni muy blando, es el más á propósito para los usos del escritorio; y una hoja de cierto papel cuadrículado, extrafino, que aunque se llame papel «Quijote», tal vez no sea de Argamasilla, sino extranjero, puesto que al trasluz de la pasta se leen las palabras significativas «The best», que no me suenan á manchegas.

Con tales armas, empecé la brega que fué penosísima sobre toda ponde-

ración y dilatada por extremo; pues á cada paso tropezaba con los obstáculos infinitos que me oponía mi inexperiencia, y no bien salía de un abismo, volvía á caer en otro más hondo de tinieblas y confusión.

¡Cinco horas estuve luchando; cinco horas combatiendo con unidades, decenas, centenas y millares; cinco horas arremetiendo millones y cerrando con las escuadras pavorosas de los billones! Pero al fin la victoria quedó por mí, ó mejor dicho por el insigne Val de Ur; y sufrió ignominiosa derrota y escarmiento nuestro adversario follón que bien parecía que se recelaba de la triste suerte que iba á ser la suya, cuando al entrar en liza ni se alzó la visera ni declaró su nombre.

Mas, ¡cuántos sudores y fatigas me hubiese yo ahorrado, cuántas inocentes cantidades dejaran de derramar su negra sangre por mis cuartillas, si en vez de pertrecharme para la batalla con el pesante arnés del hoplita, ciñe-

ra las livianas armas del accenso, del ferentario ó del vélite ligero, y tremolara, á guisa de belicosa insignia, cualquier Diccionario francés-español, como por ejemplo, el de Nemesio Fernández Cuesta, clamando al ruín enemigo lo que aquél dice en el artículo BILLIÓN, lo que sabe toda persona que haya leído un poco, y lo que solos él y yo ignorábamos aquel día:

«En el siglo xvi, billón significaba
»en francés lo que hoy entre nosotros,
»siguiendo la etimología, es decir, un
»millón de millones. Una significación
»análoga tenían el trillón, el cuatri-
»llón, etc..... Pero después, los france-
»ses adoptaron la división de tres en
»tres cifras; de modo que billón, desde
»mediados del siglo xvii, viene á sig-
»nificar mil millones, trillón lo que
»nosotros llamamos billón, cuatrillón
»mil billones, etc.»

De todo esto, y de mil otros ejemplos que pululan en libros y tratados, se deduce lo que fuera una trivialidad

consignar aquí, si á ello no me obligasen la ocasión y el justo deseo de entregar al ludibrio de las turbas en estas páginas, al atrevido zampatortas que pretendió enmendar la plana á Val de Ur; conviene á saber: que existen y se emplean en el mundo, para expresar las cantidades archimillonarias, dos formas ó maneras, que llamaremos la española y la francesa, tan lógica, tan razonable, tan natural la una como la otra;—que ninguna de ellas merece el disparatado calificativo de disparate, tan gratuitamente usado por aquel censor insipiente y asinario;—y que esto es cosa corriente para quienquiera se precie de medianamente culto, menos para él, que no solamente no es culto, sino que demuestra singulares dotes de patanidad; y para mí, que en punto á ciencias, repito que estoy dejado de la mano de Dios, y soy un purísimo bolo, si se me dispensa la redondez del vocablo.

Infiérese también con evidencia gra-

ta, que siendo cosmopolitas las rocas y los sillares poderosos que componen el altivo castillo del saber de don Iscariotes, quedaba éste en plena libertad de elegir, sin desbarrar, cualquiera de los dos sistemas numerativos que mejor le acomodase. Y por último se saca en consecuencia, que quien debe repasar—no ya la Aritmética, sino que también los primeros elementos de la buena crianza y de la educación—y quien debe cuidarse cauto de no meterse á dar lecciones de muchos ceros á la izquierda y de muchísimas varas de majadería á la derecha, es aquel maestro de mohatra, aquel sabidillo de pega, aquel dominículo de chicha y nabo; en fin, aquel menguado ablandabrevas, cercanísimo pariente á buen seguro de ese otro, que no habiendo visto más torre que la de su lugar, negaba que la de monsieur Eiffel pudiera ser más alta; y que habiendo topado costras en el cuerpo de su oislo—como no conocía

más hembras—figurábase que las mujeres todas tienen cuero de paquidermo.

Sirvan las anteriores frases de himno á mi triunfo que me costó aquella noche una cefalalgia intensa, y varias pesadillas todas iguales entre sí é interrumpidas por temerosos despertares, durante las cuales me parecía que me ahogaba entre torrentes de cuatrillones entreverados de botarates.

Al día siguiente, y por si paciera por esos prados de la ignorancia algún otro bien encornado rumiante de idénticas hierbas que el anterior, consideré que era mi deber rehabilitar públicamente la fama de Val de Ur con tal torpeza atropellada, y mandé insertar en las columnas y pilastras de la prensa un artículo reivindicativo que no transcribo ahora, en recompensa por la paciencia *Jobiana* que demostró el lector, si es que hasta aquí pudo seguirme, viendo cómo aquel crítico bambarria echándola de listo y presu-

miendo de agudo, calóse hasta el occipucio la triple montera del grosero, del villano y del ignaro, y observando una vez más cuán cierto es que algunos van por lana y vuelven trasquilados.

El cuento se acabó, y perdóneseme por la moraleja, que aunque viejecilla y catarrosa, con todo se conserva, y puede sin afeites presentarse en cualquier parte.

EL ALBACEA



CRIMEN CUARTO

ÁUREAS LAVAS

Nápoles 12 de Abril de 1906.

Sr. Director de **El Protoplasma de Asturias.**

OVIEDO.

Muy distinguido señor mío: Contesto á su atenta del 9, en la que recomendado y presentado por mi convencional amigo y discípulo que fué en ocasiones don Rafael Urdeval telarañista, me pide pormenores circunstanciados y detalles más precisos de los que por telégrafo se pueden transmitir, acerca del feroz cataclismo que en estos días asola la región sin duda más hermosa de esta hermosa Península.

Innecesario era, señor Director, que apelase usted á cualquier padrino para dirigírseme en demanda de nuevas; porque experimento sumo gusto en

complacerle, y nunca dejará de tenerme á su grata disposición, siempre que en justa correspondencia, se avenga á revestir su agradecimiento por mi trabajo con pecuniarias y palpables apariencias, cuyos contornos y perfiles procuraré delinear con sobriedad en cualquiera de las muchas frases incidentales que de mi pluma habrán de brotar en el trascurso de esta carta incomparablemente más importante y grave que todo lo que pudiera usted concebir en su fantasía.

Suplícole, por tanto, me perdone esta previa y pequeña digresión monetaria, cuyo carácter económico no quita, sino que acrece, su oportunidad; y tenga usted la certeza de que no habré de usurpar abusivamente su atención, ni socaliñarle su dinero, relatándole por menudo con palabras conmovedoras y frases plañideras, las lúgubres escenas de ruina y desesperación que aquí se desarrollan; ni buscaré en el monócromo tintero colores inencontrables, para pintarle lo que algunos llaman la horrenda majestad de este siniestro y plutoniano festival; pues por una parte, mi cora-

zón compasivo como el que más para las miserias humanas, pero rebelde á toda expresión sentimental, jamás supo bañarse en llanto literario; así como por otra, mi espíritu cristalizado en eruditas y paleográficas disquisiciones, nunca vió en los espectáculos de la naturaleza, por violentos ó apacibles que fueran, sino manifestaciones reducibles todas por los matemáticos y los físicos, á números y cantidades.

Paso ahora, sin prolongar más este exordio con intempestiva prolijidad, á referirle una noticia de colosal momento, un fenómeno de monstruosa trascendencia, que deja muy atrás cuantas maravillas contemplaron los siglos, y fueron desde el origen pasmo y admiración de la humanidad; pudiendo el hecho á que aludo—si no se observan adecuadas y radicales precauciones—ser fuente y causa de una catástrofe mundial infinitamente más dolorosa que el conjunto de desgracias parciales debidas al Vesubio, por muy deplorables que ellas sean.

Abreviando, señor Director, pongo en su conocimiento, que los torrentes de materias licuefactas arrojadas por

el cráter infatigable, no los constituye una lava ordinaria, un *magma* indigesto, rudo y promiscuo de sustancias heterogéneas en ignición; sino que todos, *absolutamente todos*, son verdaderos ríos de oro purísimo y derretido; y que hoy, la inmensa región vesubiana se halla propiamente anegada bajo una pavorosa inundación del codiciado metal.

Algún tiempo tardará la prensa en propalar por el orbe tan portentoso acontecimiento; pues el Gobierno italiano, temeroso con razón de las incalculables consecuencias que el hecho entraña, no sólo ha establecido una censura severísima, sino que desde hoy ha ordenado el cierre de los correos y telégrafos, y procede á la detención de todos los reporteres y periodistas extranjeros, á quienes, sin embargo, suministra en la cárcel una abundante, gratuita y hasta lujosa alimentación; he visto la lista de los platos, y declaro que es inmejorable. No obstante, hay que desconfiar; pues algunos suponen que en esta tierra clásica de los tósigos y venenos, nada tendría de particular que algún mise-

ro corresponsal sucumbiese por indiscreto y charlatán, ora mojando los labios en traidora copa de Chianti ó Siracusa; ora respirando el letal aroma de alguna flor sutilmente emponzoñada; ora absorbiendo cualquier pastelillo de inocentes apariencias y funestísimo condimento.

Con tales trabas y peligros, señor Director, sorpresa podrá causarle que la presente carta llegue á sus manos. Pero me valgo de un mensajero segurísimo, calabrés, avezado á sortear asechanzas oficiales en operaciones de bandidaje, y que mediante la natural propina, sabrá cumplir su misión con destreza y lealtad; después de lo cual y recibida la misiva, será usted completamente dueño de gobernar á su antojo la acción expansiva que tanto los sucesos como su publicidad requieren; y también de retirar de ésta todo el provecho y utilidad virtualmente contenidos en ella.

Y por esto mismo, me permito encarecer á usted el valor de estos renglones que no puedo estimar en menos de 10.000 liras, pagaderas en plata precisamente ó en billetes de aquel

Banco de España, pues el inmenso trastorno que ha de sufrir el oro, lo excluye desde ahora de las transacciones comerciales. Dada la resonancia ilimitada que con estas cuartillas habrá de adquirir su ya tan acreditado diario, y supuestos los esfuerzos por mí realizados en las actuales coyunturas, no dudo que aquella suma le parezca ínfimo estipendio de mi arriesgada información y exiguo tanto por ciento de la fortuna que hoy, por mi conducto, llama á las puertas de la digna Redacción de *El Protoplasma de Asturias*.

Llegado es el momento de revelar-le á usted el modo cómo los habitantes de esta atribulada costa llegaron á ser sospechosos de que eran áureas las evacuaciones y preciosísimo el flujo, que de las ardientes y viscerales concavidades de su formidable y *oro-gráfico* verdugo dimanaban.

Por lo pronto y desde los primeros instantes de la erupción, pudo notarse que las lavas en vez de correr por las trepidantes laderas del volcán con la pausa pegajosa y torpe que acostumbran, se deslizaban, por lo

contrario, con fluidez inusitada que usted sin inconveniente me permitirá calificar de elegante y feliz. Esto llamó de singular manera la atención de las gentes, al par que otros indicios no menos sorprendentes y precursores, venían á confirmarnos en la creencia de que se trataba de un fenómeno por todo punto digno de especial estudio.

Así es, por ejemplo, que á todos nos llenaba de estupor la metálica y nunca vista amarillez de los polvos y escorias vomitados por el cráter; y dichos residuos, sometidos al examen microscópico, denunciaron la presencia de finísimos cristales en forma de agujillas ó pajuelas de sesquicloruro de oro.

Extraño era por demás, que en Nápoles, algunas techumbres y cubriciones de sólida construcción, se hundiesen bajo la presión de una capa de fofas cenizas que sólo en algunas partes alcanzaba un espesor máximo de cuatro centímetros; y analizadas las mencionadas cenizas, se hizo patente que en notable proporción se componían de tenuísimas parcelas de oro nativo.

Chocaba sobremanera á los médicos y oculistas, que muchos infelices fuesen víctimas de súbita ceguera y blefaritis aguda por sólo el efecto del ambiente, que por lo demás no dañaba de mayor modo á otros órganos del cuerpo; y avisados de los anteriores análisis, atribuyeron sin vacilar las oftalmias sufridas á los efectos del oro, cuyas moléculas innumerables esparcidas en la atmósfera, y reflejando por sus mil facetas con intensidad deslumbradora los relámpagos y llamaradas del volcán, causaban por ende la inflamación de los párpados y la hiperestesia retiniana.

En parangón corroborativo de tales síntomas fisiológicos y materiales, puedo citarle otro, señor Director, de índole puramente psicológica, y que no por proceder de mi deficiente y personal observación, deja de presentar significativa importancia. Quiero hablar de cierta atracción involuntaria é irresistible, de cierto magnetismo fatal y subyugante que las corrientes de aquellas lavas—cuya esencia todavía se ignoraba—ejercían sobre las turbas; las cuales, á pesar de sentirse

sobrecogidas por trágico espanto, no huían, sin embargo, por lo general, con la natural, lógica y espontánea presteza que el caso requería, sino que se dejaban arrastrar por atávicos é indomables instintos hacia los ígneos aludes que las amenazaban; justificando una vez más por lastimero é inconsciente modo, el *Quo non mortalia pectora cogis, auri sacra fames?* del Mantuano vulgarmente llamado Virgilio, cuyos restos y los de sus muchas concubinas, yacen incorporados, según es fama, á las glebas y terrones del tormentoso suelo parthenopéo.

Tales eran pues, señor Director, los pródromos y premoniciones que en toda la extensión que abarca el terremoto, suscitaban suspicacias sobre la áurea naturaleza del telúrico derrame que se estaba verificando. Mas no tardaron mucho las dudas en verse desvanecidas por la experiencia directa é incontrovertible, que como suele en tales eventos, partió de un origen obscuro y humildísimo, llegando poco después hasta el más alto grado de ofuscante evidencia y científica luminosidad.

Es el caso, señor mío, que á uno de los carabineros que á la sazón se hallaba prestando sus servicios en el campo, donde más arreciaba el peligro, de súbito le rozó el cerviguillo una mole ó proyectil que al pronto lo dejó sin sentido. Vuelto en sí, encontró á su lado el cuerpo que le había herido; y como notara que brillaba con singular refulgencia, dedujo que debía de tener algún valor, sin percatarse no obstante de que fuese de oro; y resolvió dirigirse á la capital, tanto porque le curasen la descalabradura, como por vender ó pignorar al autor de ella.

El propio día, casi á idéntica hora y en el mismo Nápoles, ocurrió análogo percance á un *lazzarone*, quien aprovechando el pánico y la confusión que atronaban las calles, lejos de dejarse dominar por vanos terrores, se recreaba mariscando, y desvalijaba en aquel momento el mostrador de una tienda de comestibles finos. De repente, reparó que en el bolsillo derecho de su astrosa chaqueta se precipitaba un bulto de peso más que regular. Echó mano; y encontrándose con una pepita igual á la del carabinero, con-

cibió la misma idea que éste; y la casualidad hizo que ambos á una concudiesen á la mansión de un honrado israelita que se dedicaba á tráficos usurarios, y á cada uno le dió una moneda de veinte liras por lo que valía, mal tasado, dos ó tres millares de ellas. Pero antes hubo de preguntarles el origen del hallazgo; ellos se lo contaron; no calló el prestamista como la prudencia lo demandaba, sino que propaló la voz; y pronto cundió por todo Nápoles y sus contornos la noticia estupenda y prestigiosa de que el Vesubio arrojaba piedras de oro.

Bien excusado fuera por mi parte, señor Director, describirle el frenético tumulto y la revolución convulsiva que agitó al pueblo entero cuando oyó semejante rumor, cuyos resultados sumados á los sísmicos y naturales horrores del momento y á las tinieblas que nos rodeaban, convertían nuestra ciudad y nuestros campos en caóticos abismos.

Alarmáronse las autoridades; practicáronse pesquisas minuciosas; halláronse varios lingotes parecidos y aun mayores que los precedentes; y por úl-

timo, una comisión de sabios, cuya abnegación jamás se pudiera enaltecer bastante, arrimándose á los distintos ríos de ardiente lava, hasta el punto de quemarse materialmente las barbas, los examinaron con detenimiento y llegaron á la conclusión ingente y por todo extremo imponderable, de que dichos ríos eran de oro purísimo y derretido, según he tenido el honor de manifestárselo en un principio, señor Director.

Y aquí, aunque yo emplease cuantas palabras en los lenguajes del universo mundo sean más apropiadas para expresar la intensidad y el paroxismo—desde los alaridos de los salvajes que gustan de sonoras y vigorosas onomatopeyas, hasta los vocablos más comprensivos de los pueblos cultos que buscan en las abstracciones amplitud para el pensamiento—ni aun así conseguiría representar á usted la colosal, prodigiosa é hiperhumana exaltación que aquí reina, desde que se sabe que de la tierra brota aquel manantial de riqueza inagotable, pero estéril é infecunda por su misma copia y abundancia.

No por las oscilaciones del suelo se hundió el mercado en Nápoles, según falsamente se dijo; ni se desplomaron algunos templos, ni se vino abajo la Fábrica de tabacos; sino que todos estos edificios, que estaban atestados de gente cuando tomó vuelo é incremento la magna nueva, fueron destruídos al impulso brutal de la plebe y de las muchedumbres, que ávidas de arrojarse hacia aquel «Eldorado» que las fascinaba, no reconocían ya trabas ni sujeción de ninguna especie.

Por idénticas razones los presos desesperados y furibundos pretendían evadirse de la cárcel; pues preferían, con evidente buen sentido y lógico criterio, darse por la Campania á la fácil y pingüe rapiña del áureo maná, que perecer asfixiados en sus celdas. Y no por otro motivo los dementes, más cuerdos á buen seguro que los sanos en aquel momento, pugnan por salirse del manicomio, y encerrar dentro á sus médicos y guardianes enloquecidos y trastornados, dando con esto á la humanidad un plausible ejemplo de maduro juicio y notable sensatez.

¡Y ojalá, señor Director, todo aquel populacho, toda aquella caterva de energúmenos que era en aquella ocasión el pueblo napolitano, permaneciese recluída tras un triple muro de bronce poderoso y puertas adamantinas! Pues así fueran evitadas innúmeras desgracias, siendo incontables las víctimas que por codicia se precipitaron á las llamas, y encontraron horrible muerte en aquellas olas implacables de metal fundido; se dice que el número de estos desdichados pasa de cuarenta mil.

Hasta los mismos forasteros, los turistas, gente en su mayoría culta y bien educada (aunque usted, por ventura, opine lo contrario) cediendo al universal y contagioso vértigo, se abalanzaron á la montaña, no por sacar moldes en una lava despreciable y vulgar—según fútilmente se anunció, pues nadie por causa tan pueril se expusiera á perder la vida—sino por arrancar á todo trance oro y más oro á las infernales entrañas de la tierra puestas de manifiesto para el castigo de los hombres. En los hoteles y fondas se echan hoy de menos á muchos

ingleses que se supone hayan sucumbido en holocausto á su rapacidad. ¡Descansen en paz los infelices britanos, y séales perdonada su criminal ofuscación!

Hoy por fortuna, la paz y una tranquilidad relativas renacen por estos contornos; porque el Gobierno, tan pronto como se convenció de que era cierto aquel inmenso y trascendental suceso, supo adoptar cuantas enérgicas precauciones se imponían en aquel caso. Desde un principio, con severidad inusitada fueron suspendidas las garantías constitucionales á la mayor altura posible; lo cual, según demuestra la reciente experiencia de Barcelona, ¹ constituye el universal paliativo

¹ Alude aquí mi respetable Maestro á un acuerdo de gimnástica eficacia, decretado á fines de 1905, en Barcelona, por el Gobierno que á la sazón regía nuestros destinos, el cual dispuso que las susodichas Garantías fuesen aprehendidas, maniatadas con arte, y colgadas en vilo por espacio de varios meses; después de lo que, la hermosa capital catalana quedóse como nueva. Esto lo saben en España, hasta los perros, las ratas, los gatos y otras ibéricas alimañas, pero acaso lo ignore la hu-

y panacea contra todo género de males públicos y privados. Fué movilizado el ejército en pie de guerra y concentrado en torno del gigantesco tesoro, prohibiéndose preventivamente á todos los moradores salir de las ciudades. La Campania toda y la tierra de Labor fueron acordonadas, estableciéndose además una trocha formidable desde Terracina á Vasto, es decir, por toda la anchura de la península; y asimismo han sido llamados los acorazados y cruceros más poderosos para que guarden y vigilen con rigor las costas del mar Tirreno correspondientes á la región napolitana. También se habla de ciertas medidas fiscales y

manidad extranjera, por cuya razón he juzgado imprescindible detenerme en la presente nota, sin que esto tienda á significar que yo abrigue presuntuosa confianza (por lo que á mi coparticipación atañe) de que estos CRÍMENES sean leídos en remotas naciones.

Por lo demás, no dudo que les sea grato á nuestros políticos, ver la excelencia del procedimiento suspensorial de las Garantías constitucionales, reconocida y confirmada aquí por un hombre del fuste y de la talla de don Iscariotes Val de Ur. (*Nota del albacea.*)

aduaneras, en cuya eficacia se confía para cuando se restablezca la circulación normal de los trenes. Una de las más acertadas parece ser la que impondrá á toda persona que pretenda exportar oro de la provincia (por pequeña que sea la cantidad y cualquiera la clase, labrado, acuñado ó en pasta), la obligación de pagar en el acto y al contado en cereales, leguminosas ó tubérculos, el duplo del valor de la suma que llevase en metal, tasándolo según el precio que tenía ó la utilidad que reportaba, cuando se produjo la catástrofe.

No por entregarse á tan perentorias atenciones, descuidan nuestros gobernantes los manifiestos deberes que el agradecimiento les impone hacia los Soberanos por su caridad inagotable en estas críticas coyunturas; hacia aquel de los gremios ó corporaciones que más se hubiese distinguido en Nápoles por su valor ó filantropía durante los momentos de mayor peligro; y hacia la Ciencia que siempre milita en la vanguardia del altruismo y de la generosidad; como tampoco son echados en olvido los so-

corros é indemnizaciones á que son acreedoras las familias de las víctimas difuntas en este cataclismo sin nombre ni precedentes entre cuantos registra la historia.

Así es que los ministros reunidos en Consejo acordaron por unanimidad, que cobrada para sí mismos una prudencial cantidad remuneradora de sus gestiones laboriosas, había lugar á donar á Sus Majestades los Reyes de Italia, una tonelada de oro; otra para el cuerpo de bomberos de Nápoles, los cuales con admirable bravura y arrojo intentaron desde un principio, pero sin éxito, extinguir los fuegos del volcán, con sus modernísimos aparatos llamados *Infernidas*, de invención lusitana. Y por último se resolvió entregar cuatro toneladas de oro al Sr. Rinaldi, el heroico sabio que despreciando la muerte, se mantuvo constante y sereno, por el bien de todos, en su observatorio, al pié del formidable cañón que es el Vesubio.

Respecto á las familias de las víctimas, pueden quedar satisfechas y consoladas por cuanto á la crematística se refiere. Pues, si los duelos con

pan son menos, ó buenos, como dijo el otro, señor Director, y según reza uno de los refranes más humanos de su hermosa lengua, no resulta escándalo suponer que cuando vienen acompañados de oro nativo y afinado, se reduzcan, encojan y ovillen casi hasta la más completa insignificancia. Por tal razón también, y vista la fácil abundancia de los socorros, no creo que las familias se vean expuestas jamás á formular con insaciable y proterva concupiscencia el deseo execrable de que surja un nuevo terremoto para ser llamadas á percibir, mediante nuevas muertes, nuevas recompensas. Porque á cada una de ellas se le concedió en oro un peso equivalente al promedio de kilos que según las leyes fisiológicas era lícito atribuir al ó á los miembros de la misma perecidos en la catástrofe, después de estudiadas escrupulosamente las distintas condiciones de edad, sexo, adiposidad, etc. de los que faltaban; facultándolas además para exportar libérrimamente su peculio á donde mejor les viniese en ganas.

Pero á pesar de tan exquisitas y li-

berales disposiciones, indigna calumnia le parecerán á usted, señor Director, los fraudes, subterfugios, imposturas y añagazas que con tal motivo se suscitaron, dándose el caso de presentarse al cobro desvergonzados intrigantes, quienes afirmaban que antes del siniestro, su familia y descendencia se componía de cincuenta ó más individuos; procurando estafar la crédula bondad, intentando despojar á la verdadera desgracia de los auxilios que necesitaba, y blasonando, de este modo impío, impudente y falaz, de prolíficas virtudes que para el único Abraham y otros pocos distinguidos patriarcas fueran reservadas.

Viudas he visto, señor mío, que barrenando todas las leyes de los humanos afectos y del recato, alzaban al cielo sus brazos blasfematorios, en son de regocijo y gratitud por aquel feliz cataclismo que las eximía del yugo del esposo, á una que las brindaba con los halagos de la fortuna. Y algunas lobas y hienas (que no mujeres), pude contemplar, que á gritos vociferaban su sentimiento por no haber sido bígamas cuando menos, con lo cual

percibieran dos veces ó más el tributo remuneratorio de la sangre y de la muerte. Y esto ha sido, señor Director, uno de los rasgos que en mi alma instilaron mayor acritud y amargura, durante aquellos días funestos en que hube de interrumpir mis estudios por falta material de luz, y otras no menos sensibles incomodidades.

Pudiera desde ahora dar punto á esta epístola trazada en rudo papel que para nada recuerda las tersas membranas de Pérgamo, y escrito con caracteres que la costumbre que tengo de escudriñar vetustos documentos, va transformando paulatinamente en letras unciales y hasta runiformes, ilegibles para los profanos. Pero no consideraría como cumplida la misión que á instancia de usted he asumido, si no le bosquejase, siquiera á grandes rasgos, la extensión, importancia y magnitud del aurífero venero que en estas comarcas se dilata.

Suponiendo que una sola de las corrientes (y son seis) que del Vesubio se despeñan, mida 10 metros de altura por 200 de ancho, y tres kilómetros de longitud, obtendremos un volumen

absoluto 6.000.000, *seis millones* de metros cúbicos; los cuales, si fuesen de agua, representarían un peso de otros tantos millones de toneladas. Pero siendo así que el oro fundido tiene en igualdad de volumen una densidad ó peso específico de 19,25 veces mayor que el agua, resulta que el peso total de la masa de oro derretido contenida en aquel río, asciende á 115.500.000, *ciento quince millones y quinientas mil toneladas*, que en plata (á razón de un franco los cinco gramos, y por tanto de 200.000 francos la tonelada), sumarían un valor total sintetizado por esta pasmosa cifra: 23.100.000.000.000, sean *veintitres trillones y cien billones de francos*; ¹

¹ Aquí fué donde dióse á balar la madre del cordero y también á rebuznar el pollino, si con piadosa metáfora he de designar así al Aritmomaniaco de quien he hablado en la premeditación de este CRIMEN, y que abroquelado tras el escudo nunca limpio de la animalidad—pues ella revela siempre ruindad y bastardía—hizo ridículo disparo contra la ciencia invulnerable del Maestro. Y conste que al poner aquí al incógnito pedante simbólica y cuadrúpeda botarga, lo hago sin áni-

cantidad que habría que multiplicar por el correspondiente coeficiente de cotización, para expresar su equivalencia en oro.

En manera alguna, señor Director, osaría yo garantizar la exactitud de los precedentes cálculos y guarismos; pues mi espíritu amoldado, desde luengos años hace, á la serena inter-

mo de afrentar al pollino, bestezuela que si bien en sus verdes mocedades suele entregarse á múltiples y viciosas holganzas, sin embargo, aplacada por los años, sólo le queda su proverbial ignorancia, mediante la cual desconoce infinidad de cosas, y entre ellas, muy especialmente, la doble significación que en la Aritmética universal tienen la palabra *billón* y las que en orden ascendente la siguen. Con todo, autorizo benignamente á cualquier persona que tuviese en ello profundo interés, para que exprese la anterior cantidad á la española, que también es la inglesa, leyendo: *veintitres billones y cien mil millones*; ya me contentaría yo con ellos, y ustedes con el pico. Véase que no puedo ser más magnánimo ni menos codicioso; pero compréndase también que no estoy facultado para alterar, sin fundamento alguno, el texto de Val de Ur, por mucho que el Maestro pida venia á renglón seguido por lo que él llama, con tanta modestia, su inexperiencia de los números. (*Nota del albacea*).

pretación de arcáicos problemas, más se complace y acierta en los festones sinuosos y ondulantes de los papiros y palimpsestos, que no en las rigideces cuadrangulares é inflexibles recititudes propias de la ciencia Aritmética.

Pero perdonándome, si lo tiene á bien, mi mayor ó menor aproximación á la verdad rigurosa, se sentirá usted conmigo suspenso y maravillado al considerar la prodigiosa millonada de millones de francos que hoy esterilizan nuestro suelo, y cuya evaluación, si la hemos de investigar y abarcar con la inteligencia, más parece que depende de los cómputos astronómicos, que de la contabilidad de cualquier Banco, por opulento y diligente que usted lo quiera suponer, advirtiéndole de nuevo que aquí hemos tratado tan sólo de un torrente de metal fundido.

Tampoco mi completa inopia y deficiencia en el conocimiento de los cánones económicos y financieros me permite detenerme, como quisiera, en las infinitas consecuencias que tamaño acontecimiento pudiera acarrear al

mundo, ya sea que las consideremos desde el punto de vista puramente monetario y comercial, ya sea que pretendamos penetrar los caliginosos horizontes del derecho internacional. Pero su propia pericia en tan abstrusas materias, señor Director, y no menos su sagacidad ingénita, suplirán mi ignorancia, sin que yo necesite emplear más palabras para ponderarle este aspecto gravísimo de la cuestión.

Tan sólo me resta añadirle que en las altas esferas oficiales, cunde la persuasión de que las Potencias tomarán cartas en el asunto, y de que todas ellas (incluso el Japón, los Estados Unidos y el Principado de Mónaco) se disponen á mandar á estos parajes fuerzas de mar y tierra, tanto para custodiar aquel erario colosal é impedir que nadie, surtiéndose del Vesubio, abarate y reduzca á cero el precio del oro en el mercado, como porque pretenden que aquel *plácer* vastísimo les pertenece á todas en mancomún; pues si bien se extiende, dicen, en territorio italiano, no por esto deja de haber sido elaborado en las entrañas del globo, que son propiedad de todas las nacio-

nes. Ya le tendré á usted al corriente de cualquier complicación que en este sentido sobrevenga.

Pero puedo anticiparle desde ahora, señor Director, que varios atrevidos geólogos, vestidos de escafandros incombustibles y acompañados de un notario incombustible también que dé fe, se aprestan á bajar en el cráter incandescente, por investigar si aquellos raudales de oro proceden ó no del subsuelo italiano; y asimismo, algunos metalúrgicos de los más conspicuos se proponen estudiar el modo de convertir en hierro aquel áureo yacimiento, asegurando que así habrá de ganar más la industria universal, y se eviten acaso sangrientas guerras; al paso que insignes químicos y agrónomos afirman, que con los huesos y las grasas de los innúmeros cadáveres disueltos y calcinados en las metálicas cataratas, se formó un fosfato, ó mejor dicho un *necrato de escorias* fertilísimo, y susceptible de devolver en pocos meses á esta región todo su verdor y vegetal lozanía.

Acababa de escribir los anteriores renglones, cuando se me anunció que

el cuerpo de Empedocles—el famoso sabio de Agrigento que por vana y censurable ostentación se arrojó en las ignívolas fauces del Etna, 444 años antes de J. C.—había aparecido flotando sobre uno de los candentes ríos que hacia el mar se orientan.

Al punto me personé en el sitio del suceso, donde todos reconocimos al Filósofo venerable, y yo el primero, señor Director; pues si bien no lo hubiese visto en los días de mi vida, el concepto tan claro que de él tenía formado, así como su estado de frescura y milagrosa conservación, no daban lugar á dudas; y además, como signo perentorio de identificación, llevaba los pies descalzos pues le faltaban las sandalias, las cuales, como es sabido, no conservó más que breves instantes después de su voluntario despeñamiento en el cráter que muy presto las volvió á regurgitar.

Tanto en los más eruditos como en los que notoriamente despuntan por su rusticidad incurable, causó general sorpresa la presencia de ese cadáver, que tragado hace más de dos mil años por la tierra siciliana, viene ahora á emer-

ger por el Vesubio; y se sospecha, ó que la historia y la tradición se equivocaron de cráter al suponer que el sabio se precipitara por el del Etna; ó que existe entre ambos volcanes una secreta, cómoda y hasta ahora ignorada comunicación.

La plebe de Nápoles en masa tributa á Empedocles en este momento una delirante y triunfal ovación; y se habla de ascenderlo á sustituto de San Jenaro á quien los napolitanos dejarán cesante, porque se muestran muy sinceramente disgustados con él, por su inercia y apocamiento durante la actual erupción. De todos modos, el hallazgo de los restos del célebre griego compensa, hasta cierto punto, la pérdida por demás dolorosa de algunas preciosidades arqueológicas destruídas por las iras del Vesubio.

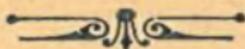
Y aquí termino, señor Director. No me cansaré de instarle porque desconñe de cuantos datos pudiera leer en los periódicos oficiales ú otros, porque amañados por la arbitrariedad y mutilados por la censura, sólo pueden transmitir noticias apócrifas por necesidad, y se concretan á reproducir los

detalles correspondientes á erupciones anteriores, principalmente las de los años 1793, 1832 y 1850.

Ruego á usted me perdone y retribuya en la forma que le tengo indicada las fatigosas pero imprescindibles dimensiones de esta carta, y me ofrezco su muy atento s. s. q. b. s. m.

PROF. ISCARIOTES VAL DE UR

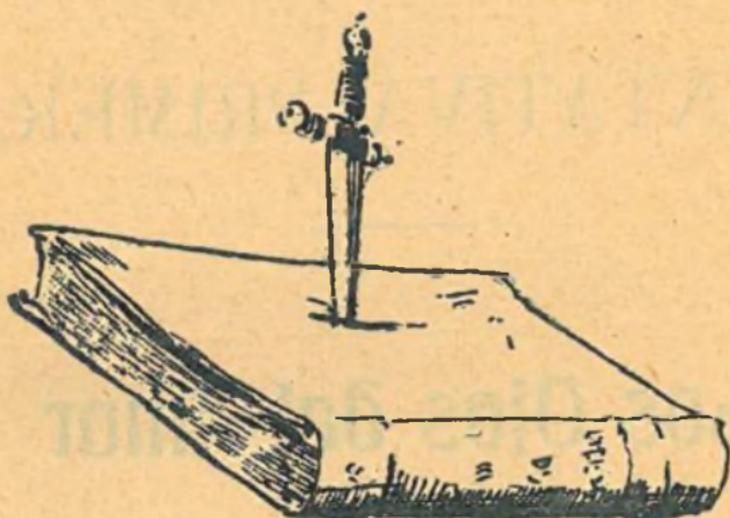
Paleógrafo



Tentativas escriturales y delictuosas

TENTATIVA PRIMERA

Los Ojos del Amor



PREMEDITACIÓN

Dos palabras, antes de comenzar, concernientes á la designación de «*Tentativas delictuosas*» que aplico exclusivamente á los dos últimos números de este libro, siendo así que al principio manifesté que el mencionado nombre era un paliativo que yo ponía al flagicioso título de CRÍMENES LITERARIOS, exigido por Val de Ur para el conjunto de esta publicación en todas y cada una de sus partes.

Bien obvio está, que al valerme de semejante atenuación, me extralimitaba y algo me salía de los deseos del testador; pero mi intención era buena y merecía perdón; porque ya tengo dicho que muy duro se me hacía llamar CRÍMENES, sin más ni más, lo que yo consideraba no ya como deli-

tos, ni como faltas, ni como actos indiferentes tan siquiera (si es que los hay), sino como virtudes cardinalísimas y fragantísimas flores del ingenio más peregrino que en mi vida he conocido.

Con todo, hube de reflexionarlo mejor; y ocurrióseme, que ya que estaba resuelto á no ceñirme estrictamente, en este particular, á la voluntad demasiado cruel del difunto, era natural que procurase retirar de mi venial infracción todo el fruto posible; y muy lógico, al par que más conforme con las instrucciones de don Iscariotes—pues más valía faltar en sólo dos de los elementos que no en los seis abarcados en esta colección—que yo reservase el rótulo de CRÍMENES para aquellas composiciones que ofrecieran mayor amplitud y abundancia, y concediese en cambio el beneficio de la atenuación á esas otras que fuesen de menor bulto y más reducidas dimensiones, como *Los Ojos del Amor* y *El Cuadrúpedo-dios*, las

cuales, por este motivo, vienen incluídas aquí en la categoría de *meras tentativas escriturales y delictuosas*, prescindiendo en absoluto de su importancia idiosincrásica, y de la mayor ó menor elegancia de la factura.

Establecido y prefijado este punto necesario, premeditemos ahora sobre la primera de dichas dos «*Tentativas*» que es en la que centellean Los Ojos del Amor.

Dice Mark Twain..... ¿Y quién será ese señor? preguntará tal vez aquel desfacedor de vegetales entuertos, que oyendo calificar en la mesa á una patata (frita por añadidura) de *solanácea*, creyó que se la ofendía, y ya se aprestaba á romper por ella en el escudo facial del imprudente botánico la tetracuspídea lanza de su tenedor, cuando acudió el cocinero y seneció la contienda, tomando por su cuenta la honra de la *Parmentiera*.

Pues bien, ese señor Mark Twain.....

Pero más vale que el tuberculoso paladín se ponga en comunicación—por medio de esa cuerda, sogá, beta ó maroma que diz que atraviesa el Atlántico desde el esternón hasta las paletillas—con Mr. Veltroose, el presidente de cierta república sita allende los mares, la cual se resiste á subirle el jornal, por más señas, so pretexto de que es un obrero como otro cualquiera, aunque mejor retribuído, y que le deben bastar los milloncejos que anualmente se cobra por estrechar la mano á mucha gente, intervenir á destajo en mil líos y pependencias, ocupar de balde bien enjalbegada casa, exponerse á muchas bombas y meterse en muchas honduras; por todo lo cual anda el hombre un tanto mohino, cabizbajo é hipocondríaco estos días. Pero cabe en lo posible, con todo, que conteste; pues no le falta amenidad en el trato, cierta urbanidad en los modales, ni exactitud en la correspondencia; y con tan

bellas prendas, bien extraño se me hiciera que no diese respuesta sobre quién es Mark Twain ese señor que digo que dice:

«Todo espíritu humano—y me refero á los que no han abandonado sus respectivos cuerpos—puede comunicarse con otro, á cualquier distancia, sin preparación alguna *artificial* que tienda á producir un estado de simpatía favorable á la transmisión..... Téngase por cierto, que mientras estoy escribiendo esto que ahora escribo, alguien habrá, en cualquier otro punto del globo, que esté escribiendo lo mismo; y todo se reduce á saber quién de los dos inspira primero al otro su actual pensamiento».¹

¡Ahórcate, Marconi, y bien te pese no haber conservado ni un hilo tan

¹ Mark Twain.—«Una apuesta entre millonarios». Traducción francesa de François de Gail.—P. 106 y 114.—(*Nota del albacea*).

siquiera en tu ya caduco y ruinoso sistema, para colgarte de él ahora! Pues he aquí que surge luminosa y galana en propincuo horizonte, la joven Telepatía, la Frenofonía, la Telegrafía mental, mediante la cual podremos libremente, en todo momento y en todo sitio, correspondernos unos con otros, sin más oficinas que los aposentos de nuestra cabeza, sin más empleados que nosotros mismos, sin más pila que nuestro cerebro, sin más flúido que nuestra voluntad, sin más tarifa que un puro cero, y sin más hilo—pues algún cabito habíamos de guardar para los casos apurados como este en que te ves, oh Guglielmo,—que el de nuestra sesera, que tantas veces habremos devanado con ligereza imprevisora en cualquier carretillo de mala muerte, sin percatarnos de que allí teníamos la Central de nuestros Correos, y la propia Dirección general de nuestras Comunicaciones.

Así, al menos, opina Mark Twain; y yo también, pero no hace mucho tiempo. Y aquí precisamente está el hito ó sea el enlace y la soldadura que une la susodicha teoría con esta «*Tentativa primera*», que al pronto parece que no conserva con aquélla relación de ninguna especie.

Pues es de saber que cuando en Polanes, entre los papeles entregados á mi solicitud por la póstuma confianza de don Iscariotes, topé con el que decía *Los Ojos del Amor* y lo hube leído, estuve tentado á tirarme dolorosamente del cartílago nasal y de otras agarraderas subalternas, para averiguar, estimulando la conciencia, si estaba despierto ó malamente dormido; y no menos, á dar al aire tres ó cuatro zapatetas, con toda la agilidad que me permitiese cierta obesidad naciente, para sacar en limpio si estaba vivo ó lamentablemente difunto; tales eran la estupefacción y el asombro que de mí se apoderaron al

enterarme del documento, y eran mayores aun que cuando en el mismo Polanes averigüé, según se recordará, que el Maestro había construído una *Cefalia* ó Máquina pensadora. Mas para nadie debe ser sorpresa, que tratándose de un hombre tan extraordinario y excepcional como Val de Ur, todo sea sorpresa.

Y cierto que el caso presente no requería menos de lo que hice en aquella coyuntura; porque así como el que no padece craniana desnudez y capilar desamparo, tiene la convicción arraigada de que por derecho exclusivo y quirritario, digámoslo así, le pertenecen sus cabellos y melenas; y el que no albergando en el asilo de su boca artificiales mercenarios, puede jurar que los masticantes que en ella residen, son autóctonos de verdad é hijos de su propia carne; así también tenía yo la evidencia absoluta de que aquellos *Ojos del Amor* eran míos, mísimos, inmensísimamente míos;

sin que esto quiera decir, no obstante, que yo me tenga por el Amor, ni por Eros, ni por Cupido, ni por cualquier otro rapazuelo alado, pérfido, flechador y divino; como tampoco significa que en mí exista pretensión alguna de poseer unos ojos que compitan con las universales maravillas de la creación, ora por su magnitud fascinadora y grandimirante, ora por su expresión seductora y voluptuosa, ora por ambas cosas á la vez.

Hablo del dominio literario; y en este sentido, acallando ya los arranques inoportunamente festivos de esta pluma inconcina y traviesa en ocasiones hasta lo intolerable, digo que aquellos *Ojos* me pertenecían.

Porque, ó estoy en este momento más loco de lo que es decente y mi memoria aventada y expirante sólo me sugiere recuerdos adulterados y falaces, ó me cabe la seguridad omnímoda, innegable, íntima y profunda, de que yo, en 25 de Noviembre de 1905,

escribí una composición por mí exornada con el título que á esta «*Tentativa*» distingue; de que se la dediqué á una señorita—cuyo nombre omito, porque en pisando las lindes del imperio femenino blasono de prudente y silencioso,—la cual por entonces sobresalía en Oviedo entre todas sus congéneres, por su gracia exquisita, su venustidad imponderable, su talento maravilloso y la refulgencia subyugante y avasalladora de sus avíos oftalmoscópicos; de que el día 26 entregué á tan gentil inspiradora una copia de mi trabajo; y por último, hasta la evidencia me consta, que el 27 lo publiqué en los fustes y chapiteles de mi habitual y amable confidente «*El Protoplasma de Asturias*».

Hechos son estos, que aun á falta de pruebas materiales y á no ser el completo derretimiento y volatilización subsiguiente de mis facultades mnemónicas, tendría yo por tan ciertos como que he nacido algún día

(ó noche, que ni sol ni luna hacen al caso) y algún otro habré de morir.

Pero cotejémoslos ahora con otros acontecimientos mellizos y paralelos que en idéntica época—y después de veinticinco años durante los cuales, por voluntad de fortuna, se interrumpiera toda relación entre el Maestro y yo—estaban ocurriendo en la apartada Polanes, donde también Val de Ur y también el 25 de Noviembre de 1905 (pues aparece la fecha al pie de su manuscrito) escribió una composición también denominada *Los Ojos del Amor*, exactamente igual á la mía en todos sus giros, frases, palabras, puntos, comas y tildes. También él se la dedicó á una señorita, que también ella atraía por allá la atención de las gentes, por las mismas dotes y prendas que yo he dicho de la primera y que, por singular acaso, tenía el mismo nombre de pila que era Alicia, constando además el apellido de las mismas letras, de tal suerte que el uno es anagrama del

otro. En fin, como remate y digno fin de fiesta para tantas *coincidencias*, el propio día 26, también el Maestro llevó su lucubración á la interesada y se la leyó con gran reposo y solemnidad, según ella misma me lo declaró, cuando atravesé sus umbrales y fuíla á ver con el objeto de disipar mis dudas; las cuales, bien lejos de desvanecerse, trocáronse en un báratro de ne-gruras y confusiones, que no hay palabra humana que las exprese, cuando observé que aquella joven tenía no ya parecido, sino que era la imagen fidelísima, la viva figura, la pura representación de la otra Alicia, hasta el punto que dijérase la misma duplicada, con la única diferencia de que hablaba con graciosa impericia el castellano y no me conocía.

No habré de relatar aquí los pormenores de aquella entrevista, porque sería alargar demasiado las dimensiones de esta Premeditación que no es una novela. Baste saber que cuando salí

de la visita, estaba plenamente convencido de que don Iscariotes había terminado y depositado su trabajo en aquellas lindas manos, cuando no era materialmente posible que tuviese conocimiento del mío.

Pues he de revelar aquí, que si bien yo le profesase al Maestro devotísimo respeto, no dejaba de abrigar entonces, para mis adentros, ciertos escozores y reconcomios sobre la eventualidad—no de un plagio ni de una burdísima copia sacada por él de algún ejemplar de *El Protoplasma*, cosa que Val de Ur con su extremado talento para nada había menester—sino de algún capricho facecioso por parte suya, de alguna chanza ó mystificación por él tramada, para embozar y traer al estricote á este su mísero testamentario. Porque mala yerba siempre crece; y no conseguía yo extirpar de los terrones de mi alma, con todas sus raíces, aquel dicho maligno que ya he citado, y que corría

propalado por lenguas crotalinas, á saber, que el Maestro era gran aficionado á trazar burlas macabras de pésimo jaez..... Pero véase cuán temerarias eran mis sospechas en este caso, y cuán horrible es la calumnia y parecida á esos morbos, que aun después de curados, suelen dejar en nuestro cuerpo rastros indelebles y fétidias consecuencias.

Convencido estoy de que nadie habría, siendo medianamente sensato, que de momento no dejara de serlo, y conmigo no se pasmara sufriendo de puro maravillado algún síncope violento, con tales peripecias que fueran parte á destemplan la armonía del juicio, no ya de este infeliz Telarañista que siempre lo tuvo harto destemplado, sino de la misma diosa Razón que diese en volver por este valle lacrimoso. Porque son muchas y estupendísimas las consideraciones que se desprenden de cuanto acabo de referir.

Vemos en primer término que no erró Edgardo Poe al hablarnos de reviviscencias y reencarnaciones, ni son hueros engendros de su fantasía lo que nos da á entender en *Eleonora*, y con más precisión, en los Recuerdos de *M. Augusto Bedloe*,¹ donde así llamado aparece un caballero norteamericano, el cual, *sin saberlo*, era *el mismo* que un oficial inglés apellidado Oldeb—obsérvese que este nombre es el primero invertido²—muerto cincuenta años antes en Benares, cuando la sublevación de los Cipayos.

Claro está que en nuestro caso, algo varía la especie; puesto que las dos señoritas que en él figuran, no son sucesivas, digámoslo así, pero simul-

¹ «Eleonora» y los «Recuerdos de M. Augusto Bedloe» forman parte respectivamente de *Los cuentos extraordinarios* y de los *Nuevos cuentos extraordinarios* del citado Edgardo Poe. (*Nota del albacea.*)

² La *e* final de «Bedloe» se come, en bocas inglesas; porque de otro modo, ni sale la cuenta, ni hay quien la saque á flote. (*id.*)

táneas y sincrónicas. Sin embargo, no es aventurado, aunque anómalo, suponer (dada la similitud de las facciones y cualidades, la hermandad del ingenio, la identidad del nombre bautismal, y la correspondencia de las letras en ambos apellidos), que fuesen una sola y misma persona coexistente en dos cuerpos iguales, pero separados; ya sea que la belleza y el talento, cuando unidos rayan en cierto grado de perfección, guarden entre sí concordancias inalterables; ya sea que nada se oponga á que la *Homopersonalidad* (identidad de la persona) se reparta entre dos seres materiales é independientes entre sí, desde el momento que con tanta frecuencia se nos ofrecen ejemplos de *Heteropersonalidad* (pluralidad de la persona), concentrados y manidos en un individuo único.

Vemos asimismo, con lo expuesto, cómo es cierta la teoría frenofóni-

ca de Mark Twain, y cómo quedan por modo palmario demostradas sus aserciones telepáticas, cuyas bases y principios fundamentales reposan y se resumen, según él, en las nociones que contiene el traído refrán: «en nombrando al ruín de Roma al punto asoma»; en esos cruzamientos de cartas, que ocurren con tanta frecuencia cuando se nos antoja escribir á un corresponsal, de quien aquel mismo día recibimos una á modo de *contestación anticipada* y antefechada, relativa al mismo asunto por el que le preguntábamos á él, ó le dábamos órdenes; en esas intersecciones de eventos y sucesos que en la vida se nos atraviesan, como cuando nos hallamos, por ejemplo, muy ahuecados y complacidos con una invención, un cálculo, una obra que creíamos sólo nuestra, y de súbito nos encontramos con que otro, sin hurto ni malicia, ya la tenía pergeñada por cuenta propia; y en multitud de casos todos impre-

vistos, que á ciegas llamamos *coincidencias* por falta de otro nombre, y que el mencionado autor aduce con gran ciencia y analítica sutileza, negando que en ellos tenga intervención alguna eso que apellidamos *casualidad*. Todo lo cual queda plenamente comprobado y fortalecido con lo que me acaeció y he narrado; pues atestigo y afirmo una vez más, que día hubo, y muy fijo, y muy preciso, y muy real, y no soñado, en que me senté á mi mesa de escribir, tomé pluma y papel, y púseme á discurrir y trazar lo que otro á luenga distancia estaba, en aquel mismo instante, discurrendo y trazando.

No menos notable se me hace, que el Maestro en aquella circunstancia fuese *consciente* de su acción; es decir, que supiese á las mil maravillas que en aquel instante estaba imperando sobre una voluntad ajena, cual era la mía, y dictándome materialmente, desde una infinidad de kilómetros, pa-

labras y conceptos que yo recogía como propios y trasladaba al papel, mientras él por su lado hacía otro tanto. Y adviértase que la conciencia de don Iscariotes entonces, se deduce, sin que sea posible dudarlo, de la presencia en su manuscrito de este lema: «*Scribit unus, alter cogitat*», es decir: «Uno escribe y otro piensa», frase significativa, reveladora, deslumbrante, que yo en un principio pasé por alto ó poco menos, porque no comprendía su alcance.

Sólo un punto me falta por aclarar aquí; y es cerciorarme de si Val de Ur, cuando se propuso transmitir por el espacio y por medio de su propia virtud el flúido de su pensamiento, sabía quién era la persona á la que se lo iba á comunicar; ó por lo contrario, si lo despidió con inciertas emanaciones, cayese á donde cayese, y recogiéselo quien lo recogiese. En una palabra, ¿sabía y quería el Maestro que yo, precisamente yo, Rafael Urdeval, tela-

rañista, y su discípulo preferido en otro tiempo, fuese ahora el recipiente privilegiado, la urna predestinada, el vaso de elección llamado á contener los efluvios de su mente y de su voluntad poderosa, dispersos por la inmensidad? Cuestión es esta que admite ser discutida, no lo niego; pero, sin que se me acuse por fatuo y presuntuoso, fuerza me es reconocer que todas las probabilidades se unen en favor de esta última opinión, y militan conmigo. No pretendo, sin embargo, imponerme á nadie, y dejo á cada cual muy dueño de formarse en esto, el juicio que estime conveniente.

Por lo demás, y dado el enciclopedismo de Val de Ur que era omniscio ó poco le faltaba, fuera pueril extrañarse de que hasta el fondo penetrara los arcanos de la Telepatía, y practicándola pisara los límites de la perfección. Pero también es cierto que la evidencia siempre ofusca y deslumbra, y que sus irradiaciones son tanto más

intensas cuanto que se reflejan en el espejo de hechos insólitos y nunca vistos.

Por esto mismo, y á pesar de las explicaciones aducidas, juzgo ahora muy lícito que cualquiera libremente dé suelta al escepticismo, sin temor de que nadie se lo censure, sobre todo considerando que hasta la fecha, el antedicho factor *conciencia* había sido excluído—tanto por lo que al agente como por lo que al sujeto se refiere—de todas esas *coincidencias* ó *fortuitudes* que diariamente ocurren, á las que he aludido ya, y no son sino casos telepáticos rudimentarios *no preparados*, pues prescindo de otra clase de sugerencias; al paso que en las circunstancias que hemos estudiado, en esta ocasión tan decisiva, contundente, amplia y probatoria, palpablemente se observa, dentro de una periferia vastísima, la acción irresistible y *deliberada* de una voluntad superior ó sea la de Val de Ur, sobre otra inferior y des-

prevenida, que era la del que esto escribe; sin que precedentes de ninguna especie, ni experiencias anteriores, ni aprestos de cualquier género, viniesen á facilitar ó coadyuvar al fenómeno. Y no por otra razón reconozco al Maestro indiscutible derecho de prioridad y propiedad sobre esos *Ojos del Amor*, que tan gallardos giran y sidéreos parpadean en las órbitas de nuestro común trabajo; por esto los inserto como suyos en este libro, y por esto también como suyos los elogio.

Termino advirtiéndolo, como consecuencia secundaria pero no despreciable de lo demás, que si bien el Maestro cometiera la actual *Tentativa*, que aunque puesta en prosa, es á manera de madrigal tierno y florido en el concepto, nuevo en la forma, cadencioso y bien sonante en la dicción, simbólico y discreto en la fábula; y si bien se la dirigiera después á la gentil señorita á quien va dedicada, no por esto, digo,

hemos de colegir que don Iscariotes, al declinar de sus años, contrajese la costumbre y el resabio de galantear y requiebrar doncellas cual pocho pisaverde, ni muchísimo menos de poner cerco á virginales fortalezas, con las armas doradas pero quebradizas y romas de retóricas y poesías, que más relumbran que hieren, y más son para pavonearse en saraos y torneos, que no para triunfar en rudas y temerosas lides; aprovechando esta oportunidad para manifestar aquí, que muy distintos fueron en todo tiempo los procedimientos obsidionales del Maestro y muy diferente la estrategia seguida en los asedios, por quien de ningún modo, ni en el ocaso de la vida, se avino á trocar jamás la tizona tajadora del campeón, por el espadín fruslero y supervacáneo del cortesano.

Téngase pues como seguro, que la intención de Val de Ur al escribir lo que ahora comento, fué llana y sencillamente llevar á cabo una experien-

cia de Telepatía ó Frenofonía, tanto más brillante y lucida, cuanto que se combinaba y armonizaba con el curiosísimo caso de *Homopersonalidad* que he mencionado, el cual á su vez se sintetizaba en aquellas dos Alicias, ó mejor dicho, en aquella única y ubicua belleza de Oviedo y de Polanes.

Expuestos ya por mí estos prolegómenos, y asimilados, espero, por quienes hayan hecho el sacrificio de enterarse de su contenido, confío en que la lectura de *Los Ojos del Amor* sea tres veces amena, si se observan los tres requisitos siguientes:

1.º Evocar en la fantasía la seductiva figura del hada cuyos son dichos *Ojos*; para lo cual no hace falta conocerla, y bastará con que cada uno se finja, siquiera vaporosamente, la astral imagen de la gracia, vista á través de la etérea gasa de los encantos.

2.º Fijarse, si para ello no surgiera algún obstáculo de fuerza mayor,

en las galas literarias derramadas á barba regada por Val de Ur en su lucubración.

3.º Estudiar, aunque sea muy por encima, el problema científico tan interesante que aquí se plantea y se resuelve sin posible controversia.

EL ALBACEA



TENTATIVA PRIMERA

LOS OJOS DEL AMOR

Á la Srta. D.^a Alicia Gloriano

Reina del bien decir y de toda subyugación.

I) Te quiero contar, Alicia, un cuento explicativo de tu belleza inmejorable; te quiero contar un cuento.

II) Mucho antes de las épocas y de los tiempos; lejos, muy lejos de los espacios mensurables, el Elohím supremo y mayestático congregó los inúmeros sabaoth de su milicia, mu-

cho antes de los tiempos, y muy lejos de los espacios.

III) Y dijo: «¡Escucha, incontable ejército de mi omnipotencia! Aquel que hiciere y fabricare la más insigne maravilla, será cerca de mi faz, y le daré un rayo más de gloria en el incontable ejército de mi omnipotencia!»

IV) Así ordenó la augusta Voz, y los cielos se estremecieron; y las legiones se dividieron en tres Coros prontos á rivalizar entre sí, y á ejecutar cada cual una insigne maravilla, porque la augusta Voz había ordenado, y los Cielos se estremecieron.

V) Y allá por las perennidades de los azures ilimitados, las divinas falanges trabajaron con ardor y rivalizaron entre sí, ávidas de ganarse un rayo más de gloria, allá por las perennidades de los azures ilimitados.

VI) Y las obras fueron concluídas. Y el Elohím convocó de nuevo á sus legiones, que trémulas se postra-

ron ante el Trono terrible, porque sus méritos iban á ser juzgados y las obras eran concluídas.

VII) Y el primer Coro avanzó mandado por los Seraphines, que en sus manos llevaban los Soles y las Esferas, y el fulgor de las Auroras, y la pompa esplendorosa de los ígneos Ocasos, maravilla del primer Coro mandado por los Seraphines.

VIII) Y los Cielos rutilaron con intensa llamarada; y al par que el Elohím suspendía en el empíreo las estrellas y los luceros, y por los horizontes desplegaba las matutinas y vesperales coruscancias, los Cielos rutilaron con intensa llamarada.

IX) Mas el segundo Coro vino presidido por las Dominaciones; y consigo traía las Músicas inefables, los Rythmos numerosos, y las delicias arrobadoras de las sublimes Armonías, maravilla del segundo Coro presidido por las Dominaciones.

X) Y los Cielos resonaron al vi-

brar de los halleluiahs; y las eternas bóvedas retumbaron con los clangores triunfantes del Hosannah, que para siempre, desde entonces, en los Cielos resonaron.

XI) Mas el tercer Coro acudió regido por los Principados, y envuelto en áurea nube que contenía las Fragancias, los Aromas sutiles, y los éxtasis deleitables de los balsámicos Esluvios, maravilla del tercer Coro regido por los Principados.

XII) Y por los Cielos se esparcieron las suaves emanaciones del cinamomo y el perfume embriagador de la mirra, á una que hasta las hieráticas excelsitudes del firmamento, se elevaban las argénteas volutas del incienso, que por los Cielos se esparcieron.

XIII) Y el Elohim complacido en su corazón ya se alzaba á formular su fallo, cuando al pie del Trono surgió un Angelillo, de todos el más pequeño, desecho de los Coros, olvido de los Cielos; y anonadóse en presen-

cia del Elohím complacido en su corazón.

XIV) Y el Soberano de los mundos le habló así: «¿Quién eres y qué deseas, oh Angelillo, de todos el más pequeño, desecho de los Coros, olvidado de los Cielos? Dílo y te escucharé». Así le habló el Soberano de los mundos.

XV) Y el Angelillo contestó: «¡Señor, Amor me llamaste al darme vida; y parte quiero ser en el certamen de tu gloria, que también me siento bastante á labrar insigne maravilla. Señor, Amor me llamaste!»

XVI) Y los Cielos se rieron, porque grande era la osadía del ínfimo Angelillo á quien apenas asomaban las plumas, y pretendía luchar solo con los Querubes, las Virtudes y las magnas Potestades. Y mucho se rieron los Cielos.

XVII) Mas el Elohím bondadoso y paternal, pronunció estas palabras: «Vé, Angelillo, y trabaja según tus

»fuerzas, que también eres bastante á
»labrar insigne maravilla, y quiero ser
»contigo bondadoso y paternal».

XVIII) Y conseguida la venia del Elohím, retiróse el Amor á cumplir su ofrecimiento, tardando en realizarlo breve rato de eternidad, después de conseguida la venia del Elohím.

XIX) Mas terminada su tarea, tornó á presentarse llevador de dos brillantes de prodigioso grandor, que negros como la noche despedían sin embargo destellos incomparables de cósmicos incendios, envidia y estupor de los Ángeles deslumbrados. Con ellos se presentó, terminada su tarea.

XX) Y luego observaron todos que los brillantes vivían; y no eran sino unos Ojos, que en sí encerraban la luz de las Auroras, el prestigio de las Armonías y los encantos de las Fragrancias. Y los brillantes vivían y eran unos Ojos.

XXI) Y el Elohím de suma sapiencia proclamó justiciero: «¡Te doy

»el premio, Amor; porque las joyas
»que has forjado son parcelas de mi
»Ser y maravilla, en que vencidos se
»compendian los seráphicos primores
»y las arcangélicas exquisiteces, obra
»de mis legiones. Te doy el premio,
»Amor!»

XXII) Y en diciendo, ocultó providente en la parte más arcana de sus tesoros infinitos, las joyas magnificentes del Amor, que fueron riqueza y galanura de sus tesoros infinitos.

XXIII) Y pasaron los siglos, las eras, y las edades; y Dios te hizo, Alicia, hermosa entre las mujeres, después de muchos siglos.

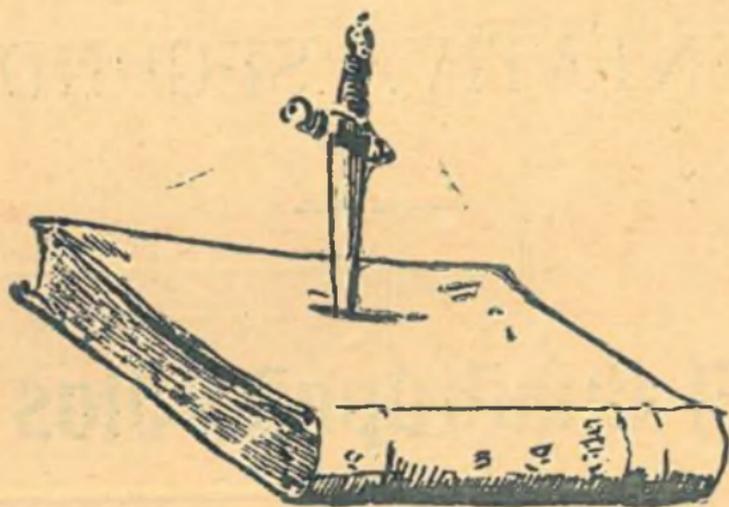
XXIV) Pues colmándote munífico con pródigo regalo, para tí retiró de las arcas de su gloria y te ornó con aquellos Ojos, que poseen á la vez las delicias arrobadoras de las Músicas inefables, los lánguidos ensueños de los balsámicos Efluvios, y la pompa esplendorosa de los mágicos Orientes. Y así munífico te colmó con pródigo regalo.....

XXV) Te he contado un cuento,
Alicia; un cuento explicativo de tu
belleza inmejorable.



TENTATIVA SEGUNDA

El Cuadrúpedo-dios



PREMEDITACIÓN

Esta segunda y última «*Tentativa*» ha sido extraída por mí de una carpeta del Maestro, en la cual estaban contenidos por separado y esmeradamente atados con balduque bicolor, cuatro otros escritos de índole semejante á la de El Cuadrúpedo-dios, por cuanto los cuatro se refieren asimismo á judaicas peripecias, siendo sus títulos respectivos: «*El postrer exceso de Noé*», «*La venganza de Putifar*», «*Historia de la impúdica Susana y de dos castos ancianos*» y «*Las hijas de Lot*»; interesantísimo este último, no solamente por lo ameno de las descripciones y lo palpitante de los acontecimientos, sino que también porque Val de Ur define y establece en él, con razones al parecer irrefutables, la naturaleza de la

sal en que se vió petrificada la mujer del repetido Lot, y rechaza en absoluto la hipótesis, absurda según él, de que fuera cloruro de sodio, aceptando en cambio la muy probable de que sería sulfato de magnesia.

Además el Maestro nos da á entender en el mismo trabajo, que la mayor de las hijas del mencionado patriarca, mientras ella huía con su familia, por motivos que son de sobra conocidos para que yo aquí los recuerde, también torció la vista, y miró hacia atrás en dirección á Segor; pero como lo hizo con sigiloso recato y solamente con el rabillo del ojo, según vulgarmente se dice, también vió menos que su descarada y petulante madre, y fué más leve su castigo; pues únicamente se le cristalizó el brazo derecho, siendo presto curada por la solicitud cariñosa de su padre y hermana, quienes acudieron á tiempo con enérgicas fricciones, dadas en seco para evitar el derretimiento del miembro salificado, y

con tal éxito las practicaron, que al ponerse el sol y dos horas después de la destrucción de la Pentápolis, ya no le quedaba á la curiosa emigrante rastro alguno del percance, ni tampoco deseos de volver más la cabeza; hasta que con el trascurso del tiempo se le pasó el espanto, y pudo moverla en todo sentido á su guisa y buen talante.

Esto dice don Iscariotes, amén de otros muchos puntos que abarca y desarrolla en la leyenda intitulada «*Las hijas de Lot*»; y en las demás, con igual precisión en los pormenores y gran elegancia en el estilo, refiere y pinta sucesos relativos todos á la era bíblica, bañándolos en una luz por demás sorprendente y desconocida.

Por desgracia, ni la premura del tiempo ni las dimensiones del presente libro, me han permitido incluir en él los cinco escritos á que acabo de aludir; y me he decidido á insertar aquí El Cuadrúpedo-dios, tanto

porque es el más corto de ellos, como por la circunstancia de que estando puesto en lengua francesa, ningún trabajo ni demora me costaba trasladarlo á la castellana, como lo he hecho; al paso que los restantes vienen expresados en hebreo, muy puro y selecto es cierto, pero obscurecido por muchas abreviaturas y la total ausencia de puntos-vocales, exigiendo por consiguiente su interpretación completa, más horas y atención de las que yo, por entonces, podía disponer.

Ahora bien, ¿cuál es la verdadera naturaleza de estas cinco composiciones en general y de *El Cuadrúpedos* en particular? ¿Forman parte de ciertas tradiciones orales que el Maestro pudo haber recogido en las distintas Sinagogas y rabínicos colegios que solía frecuentar? ¿Son hojas sueltas de algún libro que no conocemos, de algún Talmud ignoto, copiadas por él con religioso respeto? ¿O son, por lo contrario, meras fábulas é invencio-

nes, hijas de su mucha lectura y de su derrochadora fecundidad?

Cuestiones son estas que no me atreveré á dirimir; pero conjeturo, sin embargo, que la última suposición sea la menos probable; porque se hace difícil creer que un sabio como don Iscariotes se entretuviese en puras niñadas, y sin más base que la fantasía, tomase la pluma por simple recreo y distraimiento; sin que esto sea negar, empero, que al ejemplo de aquellos ilustres Andantes que hallaban grato descanso en el continuo pelear, también el Maestro echase sus peñoladas al aire, buscando con ellas reposo para sus graves y profundísimas investigaciones.

Otro punto existe en esta misma «*Tentativa*», que no dudo suscite en algunos espíritus deseos de aclaración; pues es indudable que, á primera vista, la singular leyenda de que estamos tratando, parece que encierra en la trama de su factura, y como ribe-

teando las orillas de la tela narrativa, alguna franja misteriosa, algún esotérico bordado, algún festón parabólico, si es que á nadie repugnan tales comparaciones.

¿Cuáles serán pues—tal vez se me pregunte—los fines del mencionado adorno, y cuál su significación? ¿Querrá el autor con el símil chabacano de su rancio Becerro, resucitar la opulenta miseria de Mídas y aburrirnos con la millonésima edición del abandono y desventura en que se ven sumidos los Cresos que se aislan en su fortuna? ¿Será su intención satirizar á esas doncellas ricas y casaderas (ó á esos donceles, que el sexo poco importa si cambiamos detalles adventicics), que ansiosas de indagar si sus novios las pretenden por amor ó por codicia, se exponen á crueles desengaños; y también ridiculizar, de pasada, á esas mujeres inferiores y grotescas (ó á esos hombres, que el género no da más, si permutamos contingencias accesorias),

que habiendo descargado el costal de sus majaderías sobre los sufridos lomos de un consorte tinto en modales, dinero y linaje, pero ciego cual geófilo topo, la echan de señoronas, arrinconan las conyugales andaderas, y tomando vuelo por su cuenta, al primer paso dan un traspié, y al segundo ni sus propias narices berroqueñas resisten el batacazo? ¿Alude la leyenda á aquellos seres reprobables y pululantes que sólo tienen por dioses á su vientre y á su bolsillo? Y pasando por último á consideraciones de otro linaje, ¿cómo habremos de entender aquí la extraña figura de Aarón, ese varón venerable y pontificio, que si bien es notorio que incurrió alguna vez en idolatría, ó por lo menos tuvo la debilidad de patrocinarla, sin embargo jamás creyéramos sacase de ella torpísimo lucro, ni se dedicase á metalúrgicas supercherías, ni muchísimo menos que maridando la impostura con sacrílega rechifla, se riese para su capote, ó para

sus barbas, como quien dice, del engaño en que vemos caer al ingente Moisés?

Tanto por lo que toca á esta serie interrogativa como por lo que á la procedencia del Cuadrúpedo-dios, atañe, fuerza me es guardar silencio, y dejar á otros intérpretes más sagaces el cuidado de resolver el problema, si es que lo hay.

Lo que sí concedo sin vacilación alguna, pues bien á las claras está, es que de toda la composición se exhala un vaho purificador, una suerte de fumigación saludable y propia para combatir los miasmas que desprenden las letrinas de la avaricia cuyo excremento es el oro, y desemponzoñar el tufo hedentinoso de las cloacas en que sus adoradores buscan un alimento alternativamente tragado y restituído.

Pero mucha distancia hay de esto á sostener que el autor, cuando escribió su obra, tuviese el propósito de exhumar algún simbólico fósil, algu-

nos restos carcomidos de roñosa ética, y de usurpar al fabulista sus atribuciones tediosamente moralizadoras. Francamente, no lo creo; y por esto tengo dicho, que al primer pronto, la actual «*Tentativa*» ofrece visos de parábola, pero sólo al primer pronto. Pues estimo que hay algo, y aún mucho, de vicio y de manía en la disección exegetica, y en ese afán de sacar una por una, de los escritos, las fibras de la intención, y de arrancarles por parejas los nervios ilativos.

En resumen de todo lo dicho, mi opinión modestísima es:

1.º Que el Maestro compuso *El Cuadrúpedo-dios*, no por puro pasatiempo artístico, sino en aras de la erudición, y concentrando en su trabajo elementos y noticias cuyas fuentes deben de ser curiosas y respetables por extremo, dado el consumado saber de don Iscariotes y su perspicacia crítica incomparable.

2.º Que su objeto directo, en este caso, no ha sido dirigirnos una lección embozada en el ropaje más ó menos transparente de un apólogo ó de una ficción, sino lisa y llanamente relatar—después de haberlo desentrañado quizás de antiguos documentos rabínicos—un episodio interesante, el cual á su vez contiene enseñanzas y sugiere reflexiones, como las tiene que contener y sugerir cualquier escrito razonable, sin que para ello necesite ocultar misterios en el pensamiento, ni hermenéuticas brumas, ni clandestinas alegorías.

Abrigo el deseo y la esperanza de que el lector así lo entienda; pero si por acaso, ó por otro motivo cualquiera ajeno del acaso, no compartiese mi modo de ver en este asunto y quisiese á todo trance poner remedio al malestar de la duda, quédale un recurso que con público secreto me cabe la satisfacción de comunicarle aquí; y es que

evoque la sombra del propio don Iscariotes.

Para lo cual, se dispondrá con previas y lustrales abluciones, lavándose las carnes con una mixtura ó cocimiento de nabos, ortigas y perejil, durante tres días consecutivos; al siguiente, llegada que sea la hora meridiana, presentaráse correctamente vestido (con levita, sombrero llamado de copa y guantes, si tales prendas poseyere; pero jamás paraguas aunque lloviera), en el sitio más concurrido del pueblo donde habitare, llevando consigo un espejo grande que, llegado el caso, depositará en manos de algún fiel amigo que lo sostenga con perpendicular rectitud; después de lo que, frente á la reflejante luna, despojaráse, con la mayor honestidad y decencia posibles, de todas sus opacidades y galas indumentarias; y sin otros tegumentos que los naturales, usando de palabras rítmicas y sonoras, conjurará la sombra del Maestro, quien sin más dilación que

la precisa para volverse del sitio donde estuviere, aparecerá en el espejo, y al punto contestará cuanto fuere más oportuno á las preguntas que se le dirigieren.

Este procedimiento me ha sido recomendado en época ya distante por el mismo Val de Ur que me garantizó su eficacia. Pero confieso que para ponerlo en obra yo mismo, me será grato esperar un tanto más; pues sobre que me son algo antipáticas las fórmulas y ritualidades de la ciencia nigromántica (ó necromántica según se debiera decir) cuyo solo nombre engendra en mí escalofríos, respingos y despeluzamientos, no creo que la ocasión presente sea tanta, ni que á tanto se extiendan mis deberes ó derechos de albacea, que yo pueda, sin pecar de inconsiderado, molestar al testador, llamando á mi posta su alma desde el otro mundo, todo ello por complacer á unos cuantos curiosos impertinentes.

Con todo, puede intentar el experimento quienquiera lo desee, que por eso lo acabo de indicar con intención benévola.

EL ALBACEA



TENTATIVA SEGUNDA

EL CUADRÚPEDO-DIOS

(Leyenda judaica)

Y es el caso, oh tú que me leas, que en aquellos días dióle al Becerro por sentir marasmo y desprecio de sí mismo. Fatigado ya de su estulta y mineral tiesura; harto de los serviles, plañideros y concupiscentes homenajes de los Ben-Israel cuya abyección rastrera él taladraba con áurea y penetrante pupila; temeroso de Moschés el Taumaturgo cuya gran privanza con Iaveh y diuturna permanencia en la Montaña le tenían sobresaltado, así dijo para sus adentros el adorado Rumiante:

«¡Vhah! ¡Cruel pesar me atormen-
»ta y tristísima pena me consume! ¡Fe-

»lices y venturosos innúmeras veces,
»aquellos Baalim de los Pelischtim y
»de los Kenaanitas, que vivos y li-
»bres atruenan con sus mugidos ale-
»gres, las frescas oquedades de los
»templos hospitalarios, duermen vo-
»luptuosos y lánguidos en la paz um-
»bría de los santuarios aromáticos, ú
»hocican á su antojo por los pingües
»altares en los que siempre abundan
»las flavas primicias del trigo ó de la
»espelta, y siempre palpitan renovadas
»las carnes de las víctimas!

»Pero yo, perdido y sepultado en
»las candentes arenas de este páramo
»desolado, ni tan siquiera poseo ani-
»males prerrogativas, porque única-
»mente tengo artificial figura; ni pue-
»do agradecer las inanes ofrendas de
»los descendientes de Ieudáh, ese ma-
»ná fungoso que se pudre y corrompe
»al rayar los matutinos albores; ni esas
»codornices, de no sé dónde llovidas,
»burladoras de mis de-»seos; ni esas
»preces vocingleras é infecundas, dis-
»tantes cada vez más de las endureci-
»das regiones de mi cerebro.

»Mas otra duda me panza acerba
»y dolorosa. No por mis propias pree-

»minencias, no por mi excelsitud
»prestigiosa, no por mi divinal esen-
»cia, me rinden estrepitoso culto los
»prófugos de Misraím; pues codiciosa
»protervia anida en sus corazones, son
»ruines siervos del oro, y quizá tan
»sólo en mí veneren mi tesimal esto-
»lidez. Pero habré de cerciorarme y
»desvanecer mis recelos, como el so-
»plo impetuoso del simún inexorable
»desmorona, barre y arrasa, con las
»tiendas y los hombres y las armas y
»los camellos, los cúmulos deleznable
»del abrasado polvo que me rodean, y
»que hasta las brumas temblorosas
»del horizonte inalcanzable, se suce-
»den y se confunden.

»Aumentaré mi metálica vileza,
»y despojándome de este valor estéril
»que exaspera mis incertidumbres, des-
»cenderé á la degradación del plomo
»inadorable; pero también me exor-
»naré con nuevas cualidades; pues á
»mis miembros daré cadenciosa sol-
»tura, y moviéndolos cual las auras
»apacibles inclinan y muellemente
»mecen los juncos cimbradores, lla-
»maré á los Ben-Israel, y bailando
»en su presencia con armoniosa gra-

»cia, sabré si me divinizaron por otros
»merecimientos y privilegios que mi
»necio cuerpo de oro».

Así pensaba en su mente la Res augusta, melancólica, y resentida; y transformando en humilde plomo su ser preciosísimo, lanzó por el espacio sonoro bramido, que en la cenicienta lóbreguez del desierto infinito, retumbó cual clangor de espantable trompeta, al par que en las nebulosas alturas del Sinaí, relampagueaban los ígneos fulgores del Elohím supremo, vengador y justiciero, y en la noche transparente remugían en lontananza las hirvientes ondas del rojo y milagroso mar, sepulcro del Pharaón.

Y en oyendo la voz angustiada del Becerro, acudieron los Ben-Israel arrancados al sueño, y en las tiendas no quedó ni un hombre ni una mujer. Y los robustos adolescentes y las vírgenes venustas agitaban en sus manos címbalos y salterios, ó tañían sistros melodiosos y bien templados laúdes. Y todos llevaban hachas encendidas, y todos se prosternaron.

Mas, cuando pasado el primer ins-

tante de religioso anonadamiento alzaron la vista, pudieron observar entonces la transmutación del cuitado Ternero que, sobre su elevado pedestal, ejecutaba con paso gentil ondulosa y rítmica danza, reveladora de facultades nobles muchísimo más que su anterior inercia de lingote soez.

Pero los Ben-Israel, disipado de súbito hasta el último vestigio de piadoso acatamiento, se indignaron en su corazón y clamaron iracundos:

—«¡Raca! Volvamos la cabeza y »marchémonos, porque ya no es de »oro».

Así dijeron; y se retiraron todos, menos el hermano del Taumaturgo, Aarón, el mago de luengas barbas y mitra resplandeciente, aquél cuya palabra tremenda tantas veces conminara y aterrara al altivo déspota del Nilo, y que poco antes, ganado y seducido por las dádivas impuras y las promesas de Israel, fundiera con las joyas y preseas de las hijas de Ieudáh, la esfigie de la divina Bestia; la cual después del cruel y ultrajante desengaño, se

mantenía otra vez inmóvil, taciturna y cavilosa.

Y Aarón—que bien contaba en su alma que la Estatua inapreciable pasara á ser suya cuando regresase á la llanura el amado del Elohim y restableciese el culto del tonante Iavéh—Aarón afligido y defraudado ante aquella masa de plomo, exclamó con dolor:

—«¡Perdona, Vítulo sagrado, perdona á tu ofuscado pueblo de recia y díscola cerviz, y recobra clemente tu forma primera! ¡No procures tu propia ruina, que en ella me arrastrarías, Ídolo veleidoso! Si no eres de oro, ¿cómo quieres ser dios? Pero si es que cansado de tu prístina substancia te place variarla ahora, escucha á este tu rendido esclavo; muéstratenos, oh dios, con existencia propia; desecha, ya que así lo anhelas, tu dorada funda y vive; que en viviendo sólo unos instantes, fenecerán tus zozobras, y aplacado tornarás á ser la inmota deidad inestimable de brillo omnipotente é irresistible bajeza!»

Y el gran Becerro esperanzado y complacido acogió las súplicas de Aarón, y resolvió intentar esta segunda prueba que plenamente disipase sus recelos, ó con reiteración le demostrase el acierto de sus temores. Y rechazando de sí la fría densidad del metal, usurpó los cálidos atributos de la hermosa vida; pertrechóse de huesos, de fibras y de tendones; por sus venas corrió la fluidez de la sangre generosa, y sobre su cuerpo se extendió finísima y lustrosa piel. Y alzando de nuevo el testuz, lanzó por el espacio estridente bramido.

Y de nuevo concurrieron los Ben-Israel, creyendo en su corazón que la Res habría recuperado su áurea bestialidad. Y todos se prosternaron.

Mas, cuando pasado el primer instante de religioso anonadamiento alzaron la vista, pudieron observar entonces que el Ídolo sobre su alto pedestal resoplaba impaciente y bufaba con vigor, y que en apetecibles músculos se había convertido su mole corpulenta. Y el pueblo regocijado voceó con algazara:

— «¡Halleluiah! He aquí que tene-
»mos carne, y succulento alivio se nos
»presenta en las penalidades del éxodo
»abominable!»

Esto voceaban los Ben-Israel; é irreverentes y famélicos inmolaron al Becerro, y se lo comieron aderezado con ajos arábigos, aceite y cebollas de Raphidím.

Pero una vez saciada el hambre y aplacados los deseos, las turbas fueron consternadas, viendo que ya no más tenían dios; y entraron en furor porque ya no existía el áureo Cuadrúpedo creado con sus tesoros y las alhajas de sus mujeres. Y el pueblo embravecido, volviéndose contra Aarón, clamó:

«¡He aquí que nos has frustrado,
»arrebátándonos con tus artes y pres-
»tigios lo que nos pertenecía; y he
»aquí que por tu culpa ya no más
»tenemos dios! Pero derramaremos
»tu sangre, si con tus propias riquezas
»no nos labras otro dios.»

Y Aarón, sabedor de causas y cosas,

prudente les construyó otro Becerro, pero de oro falso y engañosas apariencias, y erigiólo en el excelso basamento, donde la Imagen falaz siguió recibiendo las plegarias, el incienso y las ofrendas de los hijos de Ieudáh.....

Y Moschés el Taumaturgo, cumplidos los días de su alejamiento en la santa y fulgurante Cumbre, descendió con las legíferas tablas á la inmensa planicie; é irritado al contemplar el inmundo Simulacro sello de la apostasía, arrojólo al fuego, pulverizólo, y mezclando aquel polvo en cenagosas aguas, repartiólo entre la muchedumbre para que lo bebiese. Y todos los que lo bebieron murieron de muerte.

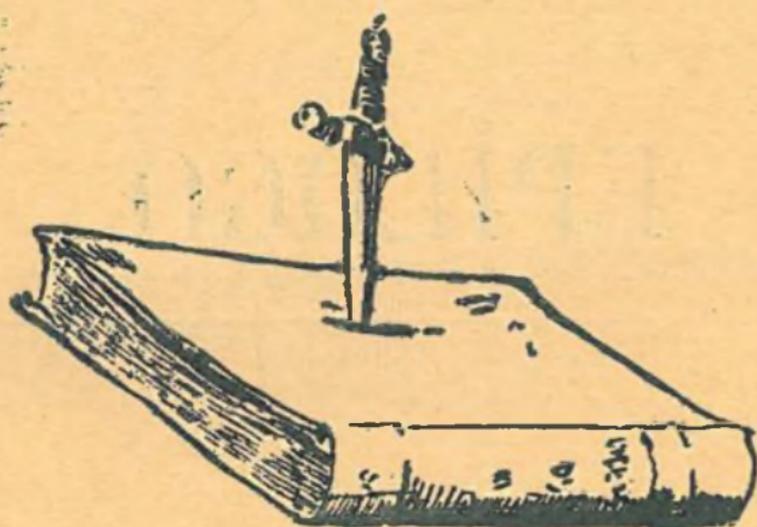
Pero ninguno pereció de cuantos hubiesen gustado la encarnación pingüedinoso del primer Ternero, sino que todos fueron colmados de bienes y ventura; pues habiendo comido carnes que fueran oro, en oro también se cambiaba lo que por ley de naturaleza devolvían á la tierra; y el metal, cuando ellos así lo deseaban, tornaba á transformarse en ricas viandas ina-

gotables; en tanto que Aarón, astuto y satisfecho, se reía con cautela de la fraternal ignorancia.....

Y desde aquellos días, oh tú que me has leído, aprende que es inmortal el judaico Becerro, y jamás le pesó de su fungible transmutación; pues eternamente palingenésico y perenne como las Razas, renació y renacerá siempre de las estercóreas entrañas de sus primitivos adoradores y de las de los hijos de sus hijos, hasta la consumación de los siglos.



EPÍLOGO



EPÍLOGO

Alcanzado ya este punto terminal de mi carrera, y tocando con la mano la blanca y ansiada meta que al partir se me hacía inaccesible en la lejana cumbre, no sin cierta melancolía vuelvo la vista por contemplar el penoso camino recorrido, que cual plateada cinta se desliza y serpentea hasta el horizonte ilimitado; y no sin cierto pesar deposito en la fresca hierba, por descansar, las alforjas, el báculo y la entallada calabaza del peregrino, que me han acompañado en esta etapa tan larga para mis flacas energías; pues

á todo se apega y acostumbra el hombre; y el mismo nauta, durante luengos días traqueado por las olas tumultuosas, siente á las veces vaga tristeza cuando arriba al seguro puerto, y abandona la ligera nave en cuyo seno surcara la perfidia de los mares. Pero también es dulce el reposo cuando es cumplido el deber; y siquiera por breves momentos, grato es enjugar la frente, reclinar el fatigado cuerpo y cobrar nuevos alientos, para una nueva jornada más dura y prolongada quizás que la primera.

Y no es otro el caso en que me veo, ya que los cuatro CRÍMENES y las dos TENTATIVAS que publico, interpreto y también traduzco en este libro, no constituyen sino bien cortas y contadas unidades entre las mil pre-seas autográficas que fueron confiadas á mi celo de testamentario, y que hasta la obstrucción se acumulaban, engalanándolos, en los estantes, gavetas y aun por los suelos de la morada

donde encarcelado palpitara un tiempo, el genio del conspicuo Profesor don Iscariotes Val de Ur, mi Maestro; siendo á manera de firmísimos jalones espetados en el discurso de su vida tan infaustamente tronchada por la parca inexorable, ó mejor dicho, á modo de flameantes luceros que tachonan el purísimo firmamento de su memoria, y en los que compiten con mutua porfía é iguales destellos ofuscantes, la gravedad en el saber y lo jocundo en el decir.

Cuento, sin embargo, con que el eximio Paleógrafo, desde las vertiginosas alturas donde estará descifrando ahora los eternos palimpsestos del Todo y de la Nada, dirija propicio sus ojos apiadados y agradecidos, hacia este mi primer esfuerzo por dar ejecución á sus póstumos deseos; y no menos, con que me depare los benéficos efluvios de su protección y complacencia en el inmediato viaje que, por segunda vez, como lo tengo anun-

ciado, he resuelto emprender á la remota Polanes, por recabar allá con toda detención y crítico discernimiento, cuantos elementos y materiales me sean necesarios, para construir la historia fiel de los veinticinco años durante los cuales don Iscariotes ejerció su magisterio magno, en aquel insigne centro universitario; y con ella encabezaré y enriqueceré la segunda colección que edite de sus CRÍMENES LITERARIOS.

En cuanto al presente volumen, y por lo que á mi humilde colaboración de albacea, biógrafo y anotador pertenece, suplico al lector ilustrado y caritativo, tenga benevolencia conmigo y reflexione, que entregado toda la vida á las usanzas pedestres y no nada sublimes de la Telarañería, mal me podía avenir ahora con cinceladuras de frase y exquisiteces de pensamiento; pues, por muy tenues y enredados que en ocasiones se presenten los hilachos y filamentos de mis octópodos favoritos,

más sutiles aún y vedijudos se me antojan los copos, hebras y madejas que se enmarañan y retuercen en el huso embrujado y demoniaco de la Literatura.

Por lo demás, téngase la evidencia de que fuera para mí señalada dicha y singular ventura, disponer no ya de este cálamo renuente, emborronador y salpicante, sino de fabulosa pluma arrancada de las propias alas del ave Phénix y mojada en preciosísima tinta de oro líquido y desleídas pedrerías, para haber labrado, con sus mágicos puntos, un prodigioso marco de intachables *Premeditaciones* para estos CRÍMENES ejemplares del gran Maestro, y poderme ahora despedir dignamente. Pero tales plumas y tintas tales, mejor se hallan en los almacenes intangibles, pródigos é inagotables del buen deseo, que no en las buhonerías estrechas, desproveídas y destartaladas de la realidad; y por esto, sólo con la voluntad, no con los he-

chos, me encuentro á la altura de mi cometido.

Perdóneseme también, á más del desgarbo y desaliño de la frase y del estilo, el no haber incluido en este tomo las «*Gemas eróticas*», conforme lo da por hecho, en el Prólogo, mi docto y respetable amigo el Sr. Marqués de Valero de Urría. Y cierto que mi omisión en este caso no responde tanto, lo digo con franqueza, á las censuras asaz infundadas y acedas que él dirige á esas joyas del Maestro, suponiéndolas gratuitamente producto de mi desmeдрada orfebrería, como á que á pesar del esmero de mis cuidados, se me han perdido ó traspapelado tres de las mencionadas *Gemas*, á no ser que alguna mano impía y burladora de mi siempre despierta vigilancia, me las haya substraído por arte latrocinaria; y no pudiendo yo ahora ofrecer al público, con toda su integridad, aquel maravilloso aderezo de amor, he preferido conservarlo en el estuche del silencio,

en tanto no aparezcan las extraviadas alhajas.

Mayor tolerancia aún habré menester—sino por la monotonía de mis «*Premeditaciones*», bien difícil de evitar tratándose de documentos procedentes todos de un mismo origen y de sucesos no inventados pero impuestos por la veracidad—al menos, por ciertas repeticiones de pormenores y detalles meramente accesorios, y acaso contradicciones secundarias espero, más siempre chocantes y repelentes, en que temo haber incurrido, tanto por las deficiencias de mi memoria tristemente minada y desgastada por los Arácnidos y sus labores, como por la prisa en que me he visto de sacar á luz este libro antes de mi partida á Polanes, dando las cuartillas á la imprenta, sin conservar copias ó borradores que me sirviesen de guía en las tareas sucesivas.

Motivos son todos estos independientes de elegancias y perfiles pura-

mente plumísticos, pero suficientes y sobrados para implorar nueva indulgencia, y la imploro; mas no con actitud deprimida, temblorosas las carnes, erizado el vello y demudado el semblante, sino serena la mirada, alisado el pelamen, sosegada la arteria pulsativa y alta la frente, cual conviene al hombre que en cumplimiento de una misión sagrada y por obediencia á la voluntad postrera de un ser querido, venerado y difunto, tiene que presentarse ante jueces imparciales, pero en modo alguno ante un tribunal de verdugos improvisados que son, sin que haya duda, los peores de los verdugos; bien seguro y convencido, por otra parte, de que en toda coyuntura, sólo puedo recelar de mis iguales en fuerzas y tamaño; pues me tengo por demasiado pequeño para que un rayo me aniquile, como no se empequeñezca y rebaje aposta para dar en el hito de mi nulidad; y también soy demasiado grande para que me ofenda ó

destruya la picada de un insecto, como no sea de algún díptero pónzoñoso, chupador de carroñas carbuncosas y comensal de la muerte.

Y á propósito de dípteros, ellos son —que no otra cosa— quienes me fuerzan á interrumpir aquí esta plática epilodal para mí tan amena, como tal vez insulsa y desabrida para mis antagonistas, digo mis lectores; porque tal es el enjambre de múscidos estivales que en este momento zumba, vibra, pipiritañea, se posa, huye y torna á posarse en cosquillosos extremos de mi persona, que sólo puedo comparar su número con el de los necios ó estultos que, según nos enseña la Escritura corroborada por la experiencia, es infinito. Y para vengarme de ellos —no de los tontos que todavía nada me han hecho, al menos por lo que respecta á este libro, sino de los múscidos inevitables— estamparé aquí, á guisa de punto final, la frase delicada con que Val de Ur definía las moscas,

diciendo desdeñoso, cuando le molestaban, que eran: «unas ininteligencias superfluas, trompetudas y dañinas, pero asesinables á placer, que revuelan y zanganean por el ambiente».

RAFAEL URDEVAL

Telarañista



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Anteportada	I
Portada	III
Propiedad	IV
Dedicatoria.	v
Carta-prólogo	IX
Testamento de D. Iscariotes Val de Ur, con algunas advertencias de su discípulo y albacea.—I.	3
II.	25
Biografía de D. Iscariotes Val de Ur diligentemente escrita por su discí- pulo y albacea.—I.	31
II.	40
III	50
IV	62

	<u>Páginas</u>
V	82
VI	95
 CRIMEN PRIMERO: <i>Máquina cerebral.</i>	
Premeditación	99
Máquina cerebral; The new universal, radilectrical, litterary Company limited.—I. Consideraciones preliminares	119
II. Cómo funcionan nuestros aparatos que son cerebros humanos artificiales	125
III. Amplitud de miras de nuestra Compañía	131
IV. Beneficios generales que nuestra Compañía tiene que reportar al mundo	140
V. Beneficios particulares	146
VI. De algunos aparatos accesorios y manuales que nuestra Compañía pone en venta	157
VII. Nuestros proyectos para el porvenir	166
VIII. Conclusión	175
 CRIMEN SEGUNDO: <i>Dogmas éticos.</i>	
Premeditación	179

Dogmas éticos, séase morales, ó más claro anoopneumatológicos-telematoscópicos, predicados por un Can lleno de experiencia en un Concilio de Zoarios.—I. Exordio	213
II. Execración.	216
III. Invocación y plegaria	220
IV. Exposición de la doctrina	225
V. Peroración	234

CRIMEN TERCERO: *Banquete anual*

Premeditación I	243
Banquete anual, primera parte: Menú.	245
Premeditación II	253
Segunda parte: Brindis.	257

CRIMEN CUARTO: *Áureas lavas*

Premeditación	289
Áureas lavas	313

Tentativas escriturales y delictuosas

TENTATIVA PRIMERA: *Los Ojos del Amor*

Premeditación	345
Los Ojos del Amor	371

TENTATIVA SEGUNDA: *El Cuadrúpedo-dios*

Premeditación	381
El Cuadrúpedo-dios	395
Epílogo	407
Índice	417
Erratas	421
Colofón	423



ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Donde dice:</u>	<u>Léase:</u>
32	23	lacería	laceria
66	5	transcediesen	trascendiesen
67	12	quebrantamiento,	quebrantamiento
99	3	RRIMER	PRIMER
119	5	Broadwag	Broadway
122	1	y recto sentir	recto sentir
126	17	<i>quia</i>	<i>quid</i>
133	25	el público	al público
264	24	Pentateuto	Pentateuco
266	11	de Partho	del Partho
269	19	saludables	saludable
272	4	en ellas	en ella
278	22	degluticiones	degluciones
289	13	baustismo	bautismo
326	29	se echan	se echa
334	1	absoluto	absoluto de
395	14	Iaveh	Iavéh



ACABÓSE DE IMPRIMIR
«CRÍMENES LITERARIOS» EL DÍA 22
DE DICIEMBRE DE 1906
EN LA TIPOGRAFÍA DE URÍA HERMANOS
— OVIEDO —

400828004



I. VAL DE UR

CRIMENES
LITERARIOS

CA

8

2035